

ANTOLOGIA



**20^{mo} ANIVERSARIO DEL CERTAMEN
17^{mo} Certamen Literario de Poesía, Cuento y Ensayo
Universidad Politécnica de Puerto Rico
Decanato de Artes y Ciencias
Departamento de Estudios Sociohumanísticos**

Al maestro, mentor y amigo,
faro que acompaña
al escritor naciente.

Mensaje especial

A 20 años de amorosa labor literaria, nos sentimos orgullosos de nuestro crecimiento como un foro para la validación de escritores. Los recuerdos son todos buenos y sobre la marcha es que aprendemos los unos de los otros. Los textos literarios que a continuación leerán son el producto de nuestra sociedad. En cada uno de ellos en sus voces, hallarán la radiografía de las pasiones y preocupaciones que vivimos diariamente. Voces que ya demuestran madurez y profundidad, en la mayoría de los casos. Otras, que deberán continuar enriqueciéndose. El arte de escribir debe ser como esa cima inaccesible a la que invitaba Quiroga. El disfrute de crear, debe ser la mayor motivación. Felicitamos a los ganadores de premios y menciones y en especial a las escuelas superiores por la labor que realizan.

Crear es ser.

Iris Miranda, Editora
Coordinadora del Certamen

POESÍA

**Comunidad
Primer Premio**

LUNA

Por Miguel A. Arzola Barris

La Luna es tórrida, circular, sensual,
cuando se refleja inmensa en la metáfora
desnuda del agua sobre la negra soledad
del mar, con su húmedo olor a salitre inadvertido
en el ocio indolente de la perezosa arena,
enamorada de marinos blasones coralinos,
al borde crepuscular de un poema de caracolas.

Te acercas, estela diáfana, cuando abres la voz áspera
del líquido elemento en su eterna fragata de espumas,
y te bañas, frágil melodía llameante que no quema
las orillas plateadas de las playas cuando las descubres
y avivadas te aguardan sobre las crestas donde acechas
e intensamente respiras, anónima, callada, inconclusa.
Me escuchas, cuando apresurada en ti naufraga
el esquivo silencio del miedo de la infancia despabilada
de mi sombra entorpecida como la irascible esperma
confidente del olvido en las barcas envejecidas de los días.

Te presentas y te guareces, en el salado suspiro que traspasa
la memoria lasciva del inconsciente vidrio cristalino
de embelesados ojos nocturnos, silenciosos, amorfos,
en las raíces de la sangre que aprisionan los surcos
ahuecados de las macilentas manos sin palabras.
Inundas y alcanzas, en soplo insinuante, los apagados labios
de la carne que zozobra solitaria en las acrobacias del viento
y el anhelo de sembrar en los barbechos del cuerpo la simiente
del beso y el abrazo que esparces en tu rastro lumínico

sobre la noche de arrinconadas esperanzas y vaticinios lúgubres.

Mueres, en mi insomne temblor desvelado, cuando tiento
y escucho sorprendido la pasión de tu sonoro canto ceniciento
sobre la vereda de mareas que llegan en ecos secretos
hasta llenar el tiempo de la perecedera noche en reflujos
de olas y pleamar de senderos taciturnos de futuros regresos.
Flotas, y aguardo el conjuro de tu radiante figura compartida
en los agobiados asideros del aire vacío, fundido en algas
de plumizas gotas zurcidas de sueño y fogatas sigilosas
que se encienden sobre el veloz espejismo de la arena
cuando revive incendiada y vociferante te reclama,
afanosa, inequívoca, desarmada, en alucinada tierra caliza.

Está oxidada la luz de la Luna, en su sordo clamor chamuscado
de tinieblas desvestidas, sobre la mesa donde bebemos juntos
mi propio cuerpo paralítico y el tétrico abismo insondable
del cuerpo de la noche del mar infinito, encerrados en el vértigo
donde aguardan el inesperado cargamento de los días del dilatado
regreso de contradictorios hilos desconcertantes, iluminados
de placer y pálidos misterios obscenos, desdichados, mordaces.

En la madrugada, en el mudo color blanco de hielo,
en la maldita calma de la carne ciega de la vida,
se descalza el dolor gris interior de las interminables horas
y el aturdido sentimiento ermitaño y canalla de los labios
insolentes que esperan para arrumbar los seductores
malecones del faro refulgente de la Luna detenida
sobre la marea tentadora que desgarrar la larga sombra.

***No puede anclar la Luna su proa amanecida en mis destrozadas
praderas de sargazos cortantes para mitigar la terrible angustia
de cal mojada que vivifica la encrucijada de mi existencia.***

Segundo Premio

Andropausia Prematura

Por Iván Collazo Rodríguez

En este instante
si mi memoria
(y el registro civil)
no fallan,
tengo 29 años.
Por la solemne falta
de solemnidad
y esta cara sin prisa
podría pensar
que he madurado.
Ya no importa Borges
ni su preciso perfil de plata,
ni sus plagios bien pulidos,
pues ya
no le doy a la nostalgia
ni se me nublan los nudillos
y me acuesto en mi desnudo
que es como decir
mi diván de turno.
Atrás quedó
la cara dura,
porque indignarse es un espanto
y cada vez
adoro más a los livianos.
Tendré a fondo
algunos años
para luego
tener que expi(r)arme,
y solo resta
escribir a diario
mentir a diario
inventarme y reinventarme
y maldecirme
y besarme

en un inmenso acto
para entonces
publicar
mis evangelios
más logrados.
A este paso que voy
ya no espero por nadie,
y la luna
es un botón
un simple botón
que brilla
un ombligo celeste
nada más
nada especial
precisamente.
Atrás también quedaron
esas fotos
que son un crimen.
Aquí y ahora
tengo:
esta nómina de huesos
cicatrices en el rostro
metales por dentro
amantes etéreas
episodios de piel
en mi cabeza,
libros a salvo
y tantos perdidos,
demonios de esquila
y ángeles finitos.
En este instante,
a mitad del juego,
casi se me pasa el tren
pero de pronto recordé
un diálogo sofista

en una clase repleta de silencios
donde pude comprender
que todo pasa
y que al crecer
más breve
se te hace el tiempo
y desde hace tiempo
estoy convencido,
porque a los 29
casi siento
que me he perdido .

Ahora
soy nadie y soy otro
y le saco el *deo* a los barrocos
porque estar inédito
es inevitable,
nunca y nadie
nos entienden.

Pero nada escapa
sin algunos beneficios.

A esta edad
a los 29
a pesar del halo fugaz
que enmarca
mi rostro
de la beatitud a medias
del carpe diem
y de este conjunto
de surcos
que desdibuja mi imagen
en el espejo,
me puedo permitir
una amante
(o dos)
impúdica y feroz

sin tener
que arrancarme los ojos
sin pensar
que soy Edipo.

Tercer Premio

...espérame...

Por Eddie S. Rivera

...es preciso que los planos sobre superficies de maderas reposen,
creando niveles de melodiosa luz,
espérame en la esquina de la cuadra, que llego en un instante,
seguiré dando vueltas en elipse hasta llegar a la parte sedentaria de mí,
en busca de ideas revueltas por la luz del cristal...

...debe ser el sentido y cierta orientación hacia flores pardas,
resplandecientes de energía, por ser dóciles, amables, respetadas;
pero una sola aparece en sueños de superficies blancas
una de innumerable habilidades, espérame sonriente,
danza en el cristal, con la certeza fiel que le acompaña y comienza...

...a qué sabrán los besos de una flor que despierta en un jardín cerca del sol...
a qué sabrán tus besos, qué se sentirá estar contigo, cómo sería un amanecer,
a tu lado hablando en la orilla del mar ...por que me consta que eres natural,
que te apasiona la naturaleza, igual que a mí... ¿por qué quiero y que de soñar?
Despierto o no y en mí sueño resides tú... tu deslumbrante sonrisa y
presencia...
espérame con vida, lo siento.

Menciones

Amores perros

Por Iván Collazo Rodríguez

“...y recuerda a los viejos perros...”

Charles Bukowski

Vodka
ha salido
a husmear la noche.
Ayer estuvo
paseando por el barrio,
marcando territorio.
Se ha convertido
en un gigoló nocturno.
De tan solo presentirme
aligera el paso
y fluye
bajo la noche.
Se detiene
a izquierda y derecha
a dejar su rastro.
Ya no es aquel indefenso
que trajo mi madre un día.
Le cabía en una mano,
anónimo y peludo.
Ahora sale
a husmear
su lado oscuro.
Hago
una investigación
a fondo
de toda su lujuria
google site.com:
“ el celo de las perras se percibe a varios kilómetros de distancia”.
Pronto nos venderán
mapas electrónicos
con GPS incluidos

para detectar
las aventuras de los canes.
Y terminaré
tomando en cuenta
toda
su asesoría sexual,
sus consejos más brillantes.
Si Vodka fuera un *sapiens*
sería un espécimen
de raza aria
o tendría un sombrero bolchevique
30 grados bajo cero.
Olería
los bares nocturnos de Ámsterdam
buscando un poco de licor.
Si Vodka fuera hombre
(*sucede que a veces me canso de ser can*)
marcaría territorio
en el *Red Zone*
buscando en las vitrinas
su infiel amante.
De nada vale
recitarle a la Beauvoir.
Si yo estuviese en su lugar
sería un labrador impuro
un sato famélico y astuto,
un pacifista,
intercambiando huesos
por placer
bajo la luna llena.
Así pasan los días
y el gigoló
sigue desaparecido
“*el celo de las perras se percibe a 5 millas de distancia*”.
Finalmente llega

y pide algo de comer.

What's up, dog?

Come infinitamente,
bebe infinitamente.

Duerme
del mismo modo.

Al despertar
entra a la biblioteca

y se va
sin despedirse.

Se lleva
mi Kama Sutra.

Desde que quise ser humo en tu arcoiris

Por María C. Medina Jirau

En la silueta de tus sales
sumerjo burbujas
me arrodillo ante mi dios carcelario
le ofrezco una fugitiva lagrima
en el puntero de mi llama.

En este abrevadero de palabras
mis pensamientos zozobran
deploro el naufragio de mi cielo
guardo el soplo de mis manos
para tus blancos arpegios.

Cuando éramos niños, ¿Recuerdas?...
Guardabas ilusiones en tus bolsillos
Yo, hilaba sueños en mi columpio de osadías
ovillábamos artificios
arropados en candores.

Había una sinuosidad arcana en el aire
la enervante hilaridad que embelesa
un atisbo de coquetería en sigilo
versos tímidos guarecidos
bajo las alas de un zumbador.

Al roce de nuestras manos
aquella enredadera de margaritas
enlazaba el ojo incisivo de nuestros secretos.
Luminaria de una eterna madrugada
esculpida desde nuestro universo.

Hoy, tallamos caracolas mustias
labramos angosturas en la orilla
cincelamos páramos en el insomnio
fulgores de cenizas
en la trinchera del camino.

En el epílogo de nuestro génesis
vibras en la cadencia de mi abrazo naranja.
Recojo un enjambre de amaneceres
para tus pupilas
aunque sólo acunemos humo
en nuestro vientre poético.

Diario

Por Natalia M. Pacheco Tallaj

Hoy, diecinueve de mayo de mil ochocientos setenta,
me siento en la ventana de la alcoba,
tal como sentada estuve ayer,
mirando al que amo sufrir en miseria.
Mas, con él, hablar no puedo,

ya que mi marido testarudo no lo permitiría,
por el indiscriminado racismo que lo posee.

...

De mi casa no he salido en tres años,
so capricho de mi esposo,
que considera el mundo exterior algo peligroso,
y con segregación le echa la culpa a los africanos,
sin admitir que su violencia es la culpable.

Mas considerándolos peligrosos,
los hace mis vasallos,
y los obliga a servirme como la reina que no soy,
y que no quiero ser.

Pero el que más pena me da es aquel del que estoy enamorada,
que lucha encadenado por volar libre.

...

A pesar de ser subestimada en mi intelecto,
bajo discriminación por ser mujer,
so desamparo que me impera,
he estudiado los orígenes del que yo amo.

Proviene del grupo de los Yorubas
que habitaban en el reino de Oyo en Nigeria.
Su ascendencia probablemente arribó a Puerto Rico
alrededor del año 1519.

...

A estas alturas,
no lo veo triste nomás, no,
sino con furia,
y ojos que se le prenden en fuego caliente al ver a su amo cruel,
mi arrogante marido.

Las llagas y heridas ya le cubren el cuerpo,
a él y a todos los otros,
que viven en una pocilga descuidada de sangre,
por culpa de los desgraciados de mi raza,
que por ser indignos racistas aristócratas,
amenazan con abuso a toda esa población inocente

por su color de piel.

...

Hoy, veintitrés de marzo de mil ochocientos setenta y tres,
todos ellos se ven felices,
ya que la Ley Aboliendo la Esclavitud,
por fin hoy, los liberó.
Mas yo me siento triste,
ya que sé que la ley ha abolido solo la esclavitud,
no el racismo implantado en la mente del hombre blanco.
Triste estoy, principalmente,
porque hace dos días, culpa del abuso,
fue la muerte del que amaba yo.

Del deseo

Por Antonio Santiago Merlo

Cómo vencer las horas vencidas
bajo este tropel de negrura
en que mi carne pulsa su cadencia,
bajo este hábito de tiniebla
en que mi osario recuesta su vigilia,
bajo este tremedal
de blandura muelle y jadeante.
Cómo. Si arrojado al viento,
vuelvo a vagar sin tardanza ni medida
tras las hojas amarillas.
Cómo. Si no puedo evitar
mi pintura en las sombras,
mi fuga trémula de sueños tibios,
ni puedo ceder al desbocamiento
de mis auroras exhaustas.
Tendré que negarme en la mañana,
aun en la tarde que no llega,
purgar mi piel marcada
hasta el último poro de mi pasado
y ayunar sin sal mis versos,
sin mí, en soledad.

Anónima

Por Antonio Santiago Merlo

La vi pasar, retorciéndose,
entre culebras pintadas de asfalto,
fría pasajera, marcada como pública,
mientras subía, exenta del fisco,
a un encuentro casual mecanizado.

Encuevada ecónoma, adornada
con peines y diademas de desengaños
que la arrastraban, investida de alma,
sobre su sexo agotado
de prolongación sin promesas.

Vagaba adormecida por debajo
de toneladas de aspiración,
mercadeando cielos opacos sin amanecer,
estrellas aturdidas, inhalando pipas sin paz
de soles eufóricos atemporales;
cuando sólo polvo
habitaba en sus bolsillos.

Calle arriba, tras un montaje de carnaval
sobre la carne atribulada,
tras la brisa cortada por labios rebeldes
y dientes de furia,
sus lágrimas no volvieron a mojar el encintado,
cuando la vi pasar desde niña.

SEPULTURAS DE MUEBLES

Por Elizabeth Echevarría Pérez

Cruces, cruces sentadas en mármoles sombríos.
Nichos ya viejos, corroídos de escoria.
Cajones vacíos. Templos muertos.
Flores marchitas sin olor y sin brillo.

¿Una planta que lucha por elevar su tallo?
¿Algún capullo mustio que azota el sol o el viento.
Eso. Sí, Sólo eso arrastras en el pecho.
Infames sepulturas.
De tantas sepulturas cargadas alma adentro.

¿No son cruces pesadas los recuerdos?
Aquellos que sin querer, te asaltan presto.
No vuelven. Están ahí. Escondidos.
Como huesos secos, punzantes, espinosos.
Espinas que desangran, cual vampiros malditos,
Siempre al asecho.
Para absorberte, tragándose tu fe sorbo tras sorbo.
Cruces hirientes de engaño, de dolor y de mentiras,
De traiciones urdidas.
De ilusiones ya idas y de amores marchitos
Perdidos en el tiempo.
¡Cruces! ¡Frías, huecas, grises!

Cada recuerdo un mueble.
Inútil embeleco.
Sarcófago que profanas desenterrando el tiempo.
Vieja butaca inútil, en que nadie descansa,
Arropada de hilachas y penumbras malditas.
Que de ser terciopelo, se tornó en trapo viejo
Y desvanece lento como agua entre los dedos.

Un recuerdo, una mesa, donde trazas, a rasgos,
El ayer que envilece;
Los momentos que aun muertos te parecen eternos
Para herirte con creces.
Puñales que cercenan llevándose la vida.
Con cada trazo seco de la sangre vertida.
Que de rubí ha tornado en asqueroso charco,
Garabato ilegible,

Vecino del gusano y vitamina del diablo.

Un recuerdo, una cama con el colchón relleno
Del acuoso mejunje de tumores vacíos.
Donde una musa incierta, laberinto de sueños.
Te da a beber ajeno y envenena tu cielo.
Ya no puedes, ni quieres salirte del infierno
Que empapa y entumece los párpados cerrados
Y los lívidos labios.
La pesadilla, horrible. Despertar, imposible.
Te hundes y te hundes. Y te absorbe el abismo.

Escuela Superior Primer Premio

La Ciudad de los Poetas

Por: Alexandra Espinal

En la ciudad de los poetas,
cada calle lleva el nombre
de un corazón hecho pedazos;
cada esquina lleva el nombre
de un par de ojos deshidratados;
cada casa lleva el número
de un individuo que nunca devolvió la llamada;
y cada sonrisa es una máscara, mal formada y plástica.

Segundo Premio

Y las letras se vistieron
Por Gabriela Guillermet

Aquel jueves fueron las letras las que se escribieron de mí.
Jugaron a vestirse,
se pusieron tacones,
se embarraron de pintura,
y escribieron en mi espalda.

Letras grandes, pequeñas, simples,
Eran letras. Contaban cada una,
palabras, secretos,
secretos que esconde un alma,
secretos de una corta vida,
que casi dan para tres.

Esa noche hablaron las letras entre sí,
inventaron poemas, versos, líricas y hasta mitos.
Chismearon, y hasta bailaron.
Fue una noche especial,
aquella noche en la cual paré de hablar,
y dejé que ellas hablaran por mí,
sí, las letras.

Las letras junto a mis ojos, se jugaron a ser boca,
aquella noche aprendieron a escribir,
escribir sobre una dama,
escribir de una espalda y un cuerpo.

Fue en esa noche en la cual me hice de ellas,
o tal vez ellas a mí.
Nos unimos,
las letras escribieron todo mi cuerpo, y así lo quise.
Me amarré a ellas,
porque en ellas encontré el consuelo, la rabia, y la inocencia.
Que sin ellas era nada, y que gracias a ella,

observo, paro, camino y comienzo a escribir.

Tercer Premio

Canto Borincano

Por Michael Pérez

"Welcome, O life! I go to encounter for the millionth time the reality of experience and to forge in the smithy of my soul the uncreated conscience of my race."

Llanto I

Te sientas en tu *chair KOI*.

Abres tu *Macbook*.

Log in

Checkeas *Facebook*.

Has visto tu fortuna moribunda
escondida entre los

Wall posts

Messages

Notifications

Pokes

Tags

Invites

Events

Groups

Chats

Adds

Todo *confirmation*, excepto tú.

Eres tú, y sólo tú, el que puede
dar clic – *quit – exit – log off*.

Log off de tu realidad falsa

adornada de prendas imaginarias,

vestido de colores llamativos,
y mira alrededor: a las lágrimas,
los llantos en la oscuridad.

Este es tu compromiso.
No algo *gay* – pero tu compromiso
con tu patria;
Como dijo la mujer
libre: esto no es tinta china,
sino una cicatriz que te marca para siempre.
la patria sufre de dolores de parto.
es por eso que hay que regresar
a hacer de este lodazal un lugar
 habitable.

Llegada I

Hay vistas en la vida, tan bellas... Yo no sé.
Desde este avión volando en el mar
turquesa – cristal del cielo finito,
de selva metálica
a tierra tropical.
Donde los faroles me ciegan,
flamboyanes
verdes,
rojos,
amarillos,
anaranjados,
rosas,
púrpuras,
azules me alumbran
visiones de mágico primor.
Montañas
taan altas como
rascacielos se convierten

en escaleras
al cielo siempre nítido
– me despierto.

La luz tan lujosa; detengo mi mirada
porque observarla es una desgracia
a su dignidad, a su integridad;
hablarla, una falta de respeto.
– Te doy un bofetón, o doh, si te mueveh.
Mis ojos se adaptan a su nuevo esplendor salvaje.

Krrum Krrum Krrum Trrrrrr Puh
Ya mi *New York minute* se acabó.
Bienvenidos a la isla de encantos.

Recuerdo I

Pinta tu vida, con los colores, que *Harris* te da.
Pero ellos no te garantizan
one hunderd percent la verdura del verde
Pero ellos no te garantizan
money back si el rojo esta azulado
Pero ellos no te garantizan
shipping and handling del azul anaranjado.
Hay golpes en la vida, tan dolorosos... Yo no sé

El cine del *Caribbean* no deja la oscuridad en paz.
La oscuridad, cuya masa opresiva no deja
de rumbear en la mente
del pensador. Él, el pensador, no piensa
pensamientos suyos, sino pensamientos que
surgen de los labios invisible
de la trama que presenta
– un placer en presentar –
en la pantalla.

Aquella pantalla halla tus ojos pendientes
y abusa d'ellos. Tu sótano encefálico
de foco atrapado
en un momento de ocio. El hueco
de tu mente hundido por estímulo.
Visión – mira eso, mira aquello –
mira mira mira mira porque mirar no es gratis;
nada es gratis. *Time is money.*
Tiempo, aquel Bootstrap que te amarra
al asiento abombado por quietud.
Tacto – siente eso, siente aquello –
siente siente siente siente porque sentir no es gratis;
no es posible. Despojado de tu propio cuerpo
por la hora que es. *Then be not coy, but use your time.*
Oído - Mamba tumba la rumba de la quimbamba–
Obra de sobra, dime time, ¿quema avena?
De sentido dolorido a querido perdido; oír no es gratis;
no es pa' ti. *Tras tres tragos y otros tres,*
el tiempo se tumba y quedamos abandonados
por nuestros sentidos fiel sentados
viendo *Star Wars*, el cuarto que también es el primero.

Aciago II

Lamento este quebranto nacional.
Lamento este álgido esplendor.
Lamento este quebrado primor

Una farsa de la mascarada celestial
atendido por el atavismo.
Bullanguero, lumpen, estudiante, bohemio!

Levántate de tu estupor de estimulado, endrogado, engañando
a este llamado dolorido a las armas.
¡A luchar contra el avatar avaro

que nos priva de nuestra herencia!

Mala justicia – o benjamín aprensivo;
País esquizofrénico con complejo de aquel príncipe danés,
levántate a este llamado desesperado a las armas.
¡Insensato! ¡Levántate ya de tu desprecio persistente!

Producto bastardo de la voracidad,
tu pueblo sufre, se está muriendo contra las olas
de carnaval, bacanal, bebida, baile y baraja.
Ya están sometido a la corpulenta opulencia
de desgracia, el aciago contemporáneo
de nuestro “status” estancado.

Nuestra cultura engañada.
Nuestro gobierno gobernado.
Nuestra patria olvidada.
Nuestro país jodido.

La corriente histórica no arrastra oro,
ni plata ni diamantes ni esmeraldas ni rubíes ni platino ni cobre ni níquel,
no na' d'eso preciosismo, nada d'eso de valor extranjero.
Arrastra plátano y yuca y malanga y yautía y ñame y pana.
La corriente está ensangrentada.

Hola II

Pedirás un Mofongo al mesero.
Él te mirará y responderá en inglés.

Caminarás por el Paseo de Diego, hablando con tus amigos.
Los alrededores te mirarán con el rostro torcido.

Dirás en tu voz bajito de donde eres – no, de aquí... Guaynabo.

La mujer del Tren – ¡Ay Mala mía, pai! Pensé que eras de otro lugar.
Argentina, o un país por allá.
Reirás porque te duele más escuchar.

Buscarás comodidad en tu acento de extranjero.
Che che che.
Quizás lo practicarás para asegurarte
que tu ignorancia lingüística no se verá
nunca, jamás en tu vida – ya está en el olvido, estás *safe*.

Ereh Neoyorican
pol que Nuyorican es pa los de Loisaida,
y tú no tienes nada que ver con tó eso.
Ereh Taíno, Ehpañol y Africano y ahora norte Americano;
Un sancocho, un garabato de conflicto. La guerra fría
de la madre patria se deshace en tu lengua.

¡Dientes, espadas refulgentes! ¡Labios, escudo !
¡Paladar, casco de oro de la cabeza torcida: Lengua.
Tu contacto, tu ofensa, tu defensa,
nos hace ser nuestro ser.
Serpiente vibrante de la cueva
oscura de la imaginación,
a la luz tu destino...
y a la luz termino.

Menciones

Amantes

Por Cristina M. Vázquez Ríos

Ocultos entre paredes
Buscando aliento
Aquello amantes
Que se trasladan con el viento.

Deseos ocultos
De verse a tiempo
De sentirse arropados
Con los susurros del silencio.
Ocultando los miedos
De sus deseos,
Poniendo en peligro
Aquellos sueños
De sentirse abandonados
Al no sentir sus cuerpos.
Desde lejos observa
El cielo eterno
Aquellos amantes
Que buscan el aliento
De cada palabra, de cada te quiero
De cada recuerdo que los lleva al momento
De sentirse juntos
Aunque no sea eterno.

Cuento del Caribe

Por Francisco A. Santiago Cintrón

Escrutando la noche eterna,
luna llena, perla blanca en piel negra
Solitaria...abandonada por las estrellas.

Palpando con lejanía al viajero,
soledad, solidaria, sola y eterna.
Como historia ajena
intercalada en el sentir,
y olvidada en la selva.

Naufraga aquí este hombre

entre suspiros sabor a menta
al horizonte se ven los mares
de flores de cenicienta.

Coquí-coquí suena la alarma.
Coquí-coquí despierta la orquesta,
los grillos dan su agudo canto,
el múcaro vanidoso se manifiesta.

Donde días atrás se durmió,
el niño Yoyito Sansera.
El río se lo llevó enojado.
El río no perdonó su inocencia.

El tambor repica el camino
que menea los pies de la negra,
el baquiné está encendido;
¡pobre Yoyito Sansera!

El camino seguirá alargando,
los pasos de tan ágil negra,
los tambores siguen retumbando
trayendo noticia del niño Sansera.
Naufraga aquí este hombre
entre suspiros sabor a menta
el camino ha llegado
a los fines de la selva.

Adentro retumban los tambores
adentro baila la negra
adentro retumban los tambores
para despedirme a mí, Yoyito Sansera.

Lago de memoria inmortal

Por Gabriela D. Goitía Vázquez

Se asoma tu mirada
detrás de ese pétalo de tu ala estrecha,
tan desnuda en tu desolación
como el plenilunio que reflejas.

¿Por qué te ocultas en el río de
un murmullo de música leja?
¿Por qué te cubres en las corrientes
de escalas esbozadas y presas?

¡Relumbra el páramo de tu son!
Reclama el esplendor de tu esencia,
dueña de demente desparpajo;
señora de perlas sempiternas.

No dudes tu estado inmortal
que cual mártir y esclava sólo eras.
Duquesa y cisne ensangrentado
en este lago morarás eterna.

Por Ojos Arrugados

Por Gabriela D. Goitía Vázquez

Cuando ya veas por esa
ventana fría del recuerdo crudo
y tu alma ya esté presa
en sofocante nudo
de la nostalgia y el desliz desnudo,

¿Recordar s estos días
con la conciencia de ceiba madura,

que triunfa en noches frías
con su majestad pura;
con su raíz fortalecida y dura?

¿O con pena en la creencia
de hasta dejar tu fervor derrotado,
reemplazado en violencia?
¿de nunca haber cambiado?
¿del ardor de no haber perseverado?

Ya no cambia el presente.
¿Llorarás por momentos amargados?
¿Podrás ser clemente en
tus juicios lamentados,
cuando ya veas por ojos arrugados?

La noche besó su piel

Por Mariam Morales Soto

La noche besó su piel,
recorrió todo su cuerpo,
de la cabeza a los pies.
Blanco como el papel,
suave, pura, aterciopelada,
lo cubre con placer.

La noche besó su piel,
recorrió todo su cuerpo,
de la cabeza a los pies.
Negro como la noche,
ondulado, corto, hermoso,
enmarca su semblante.

La noche besó su piel,
recorrió todo su cuerpo,
de la cabeza a los pies.

Azul como estrellas,
brillantes, profundos, zafiros,
sus dos estelas.
La noche beso su piel,
recorrió todo su cuerpo,
de la cabeza a los pies.
Nadie nos ve,
él no sabe lo que siento, que lo observo,
este sentimiento no lo puedo esconder.
La noche besó su piel,
recorrió todo su cuerpo,
de la cabeza a los pies.
Solo la luna, solo la noche,
mi amor, mi soledad, mi deseo,
lo que observo, mi amante.
La noche besó su piel,
recorrió todo su cuerpo,
de la cabeza a los pies.
Mis únicos testigos,
la luna, la noche,
lo que siento.
La noche besó su piel,
recorrió todo su cuerpo,
de la cabeza a los pies.

Arte poética

Por Edoardo Ortiz Ortiz

Bajo espejo cristalino
tras el manto de una playa
empiécese a zozobrar
esa saturada barca
de mis puras soledades.

Que mientras hunde ella canta
a esas olas que son versos.
Se hunde en melodía clara
y cae mi alma sumergida
en su guarida mojada
que renuevo los sentidos
y a la deriva me llama.
Cansado y cansado estar...
Clamar... SI POR TODOS CLAMA!
y de este naufragio salen
las poesías de mi alma.

La verdadera vida en un espejo

Fabiola M. Pérez Pamblanco

Miro al espejo.
Espejo al que veo.
Veo, veo un reflejo.
Reflejo roto, reflejo sincero.
Sincero lo que miro.
Miro, miro al espejo.

Le gritan y escupen.
Escupen y rompen.
Rompen, rompen el espejo.
Espejo igual y mismo.
Mismo e igual reflejo.

Le cantan y quieren.
Quieren y le bailan.
Bailan, bailan al mismo espejo.
Espejo mismo e igual.
Igual y mismo reflejo.

Le velan y entierran.
Entierran y olvidan.
Olvidan, olvidan el espejo.
Espejo sincero, igual y mismo.
¿Cuándo? ¿Dónde y cuándo?
Cuando miro a donde el mismo y descuartizado espejo.

Estudiante UPPR

Primer Premio

Lunares perdidos

Por Elaine Tornés Blanco

Lunares perdidos en una galleta de chocolate.

¿Única forma de recuperarlos?

Comiéndote.

Así que, como si fuese un plan siniestro,
espero al punto clave en la mañana,
cuando la casa, sola, se embriaga
de los buchitos de luz por la puerta.

Para *atacarte*.

Me dibujo inocente sobre un sillón,
meciéndome en una medialuna,
que balancea todas mis locuras para que,
por unas horas, te sientas libre de mí.
Pero sabes que no eres libre ni de mi cintura.

Entonces, te abrazo.

Y te meto en la bolsa
perfumada de flores (mis brazos)
hasta *asfixiarte*.

De frente, las rejillas de mis dedos
acaparan tu corazón sin caparazón,
y me miro en el espejo viscoso de tu pecho.

Cabalgo en cada uno de tus latidos
y nuestras bocas terminan por multiplicar
los besos derrotados y cansados
de tanto besar.

Empapo aquél mapa que me regalaste
para ver si de casualidad,
las arrugas del papel
descifran tu silueta cuando te vayas,
no importa lo lejos que estés.

Estar sin ti, se siente como una mecedora vacía,
batiéndose en su cuarto silencioso
con el último relato de tu cuerpo, moviendo
mis sensaciones hacia ti,
como la marea a las rocas.
Abogándote de suspir(gemidos)os.

Que la botella de vino
sea un telescopio cristalino
hacia las estrellas enloquecidas de amor;
Ésas que se tambalean y caen dementes
en tu piel.

Lunares perdidos en un cielo vainilla.
Ahora comerte, no será suficiente.

Habrà que *devor-arte*.

Segundo Premio

Despertar

Por Gabriel Reyes Acosta

Ahí está otra vez.
Llamándose soy el sol.
Tu cruel mensajero.

Conmigo descubres la triste realidad.
La soledad, la ausencia, el frío.

Este espacio, cuando no lo ocupas, es tan infinito.
Me pierdo en un océano blanco y me aferro a la soledad.
Naufragan mis manos buscándote. Mis labios te buscan
mis piernas te buscan. Mi olfato te busca.

Pero no estás.

Solo encuentro el gastado aroma de tu cuerpo
gastado por mis manos. Por mis ganas.
Gastado por el tiempo que no ocupas estas sábanas.
Al igual que yo me voy gastando en las tuyas.

Yo sé que tú me buscas, que en las noches mi aroma te despierta.
Cuando el frío se enreda en tu cuerpo y cala tu alma buscas mis manos
para aferrarlas a tu espalda.

Por qué esta distancia.

Maldita distancia
que no perdona, que nos juega una broma.
que nos enreda, y nos ata por el aroma de la piel.
Tú tan lejana y yo tan lejano
perdidos en un mar de aromas gastados.

En un glaciar de soledad.
Envío mis tristes besos al infinito
esperando que al despertar estés junto a mí.

Ahí está otra vez.
Llamándose soy el sol.
Tu cruel mensajero.

Conmigo descubres la triste realidad.
La soledad, la ausencia, el frío.

Tercer Premio

Esperarte

Por Karla D. Cruz

Esperarte es como esperar que haya paz en el mundo,
es esperar que se acabe el amor,
es como esperar que se acabe la violencia
y haya honestidad y justicia.

Esperarte, es como esperar que un animal hable,
es esperar que los arboles hablen,
es como esperar que las flores sonrían
y el sol baile.

Esperarte, es como esperar que en el invierno haga calor,
es esperar que en el verano haga frío,
es como esperar que llueva en una larga sequía,
inútil y desesperante.

... y es más inútil
cuando sé que siempre serás
sólo mi mejor amigo.

Mención

Oda al Surf

Por Bryan Emmanuelli Risol

Oh extenso e inmenso mar, sentid la gran caricia, la única primicia que la tabla de surf /
te puede dar.

Ni tan siquiera la gran tempestad puede evitar la gran carrera de tablas por impresionarte.

Mientras paseas tus hermosas olas, muchas tablas se lanzan veloz para por tus senderos pasar.

La perfecta armonía que sostienes con el viento, da a tus hijas un toque delicado de arte.

Se siente pasión al madrugar y de lejos escuchar el intenso bullicio de tus olas hablar.

El surf es tu fiel amante, con quien tus hijas están tiernamente encariñadas; el surf es alabarte.

Oh agradable mar, continúa impresionando a tus leales huéspedes; no te apagues no, jamás.

El surf es producto de tu gran alegría; oh surf inclínate y alaba a quien más amas.

Otras Universidades Primer Premio

Tormenta

Por Daisy M. Sánchez

“Se abre la tumba y al fondo se ve el mar”

Vicente Huidobro, *Canto V*

Y yo, que sosegada
esperaba la tormenta
acurrucada en tu vientre
que latiendo dormía

Con un bostezo mío
los vientos se izaron
y levanté las velas
directo a tu centro

Agarrada al mástil
llegaste a mi pleno
y te di la bienvenida
desde la entrada

Te saludé gentil
y consentí al ancla,
me dediqué a un mantra
ráfagas de tormenta

Luego que la gran ola
viró la barca
y la marea socavó
toda la tumba

Me acurruco en tu vientre
-volvemos a tierra-
hasta que asome
el próximo bostezo.

Segundo Premio

Meet the black

Porr Nydia E. Chéverez Rodríguez

Meet the black,
grita el anuncio de whisky,
a la altura del expreso,
lanzo un suspiro lloroso;
una lágrima resbala
y confirma lo evidente:
I met the black.

“Te queda muy bien el negro”,
me piropea el vecino,

al ver mi vestido oscuro.
Digo gracias con desgano,
y a mí misma me reprocho:
me quedaba bien el negro,
lo disfrutaba mi piel,
¿entonces, por qué se fue?

¿A quién le guardas luto?,
me pregunta una colega.
--- Al negro, precisamente---,
le respondo con tristeza.

Salgo a la calle, y,
dos negros nubarrones
parecen confirmarme,
que hasta hace poco,
negro *era* mi destino.

Entonces... dos lágrimas negras,
(por el rímel que se corre),
surcan mi pálido rostro,
que refleja en su tristeza,
el ansia de lo imposible;
el que tus manazas negras,
me sujetaran ahora.

Así, mi pálida tristeza,
se haría rubor en mis pómulos,
y rojo el deseo, se haría gigante,
al recibir el golpe azul de la ternura,
que emana de tu rica negrura;
como cuando aún estabas,
que antes de besar mi boca,
secabas mis ojos húmedos,
con el toque sutil de tus labios.

Pero sólo es un sueño...

y el universo conspira para recordarme:
I met the black. But he has gone!

Tercer Premio

Montenegro

Por Giovanni Molina Rosario

Cataclismo, mi diseño fue
cubierto por garabatos absurdos
que de todos modos parecían contener las cifras de lo eterno
o por lo menos algo oculto
como si mi delirio jugara a las escondidas.
La antítesis de la perfección,
una bruja novata, en potencia,
con los zodiacos tatuados en las muñecas,
prediciendo casi siempre el pasado
y mi suerte violenta.
Acostada en los bancos de la capilla sagrada
seduciendo cada pelo de mi voluntad,
la devota más irreverente,
hija legítima de Costa Brava.
Tirados en cualquier esquina era
mi figura laboratorio de tus manos
para experimentar masajes inseguros,
inmerecidas torturas,
mis únicos instantes de vagabundo,
tu locura y mi turbación ante lo desconocido
como si un barco llegara al fin del mundo
aun siendo la Tierra redonda (u ovalada).
Rompes en mi agotamiento
y apareces en mis sueños igual de descuidada
para recordarme que eres la maestra de la ambigüedad,
mi primera Virgen y antes que todo,
mi primera píldora salvaje.

Menciones

Adicta

Por Mayra S. Crespo

Es el contacto preciso en el momento indeciso
lo que atina con dolerme gustosamente en las profundidades
suculentas de mi ser. Fogosidad instantánea.
Despiertas ese lado irracional que se deleita en apreciar
extravagantemente hasta el último detalle de tu cuerpo.

Baile insensato de acostumbrados labios
que se sorprenden al apreciar las nuevas coreografías
que te preocupas por inventar. Libido enardecido.
Contacto inequívoco de cuerpos bendecidos
por el aura potente de la misma Afrodita.

Estoy adicta al arte excepcional
que constantemente concebimos al bailar
la danza bella de las almas enamoradas,
de esas que se entienden sin palabras.
y que simplemente lo tienen que expresar.

De hombres y peces

Por Daisy M. Sánchez

Mientras el pez se ofrezca
habrá tantos platos como redes.
Mientras la red sea fuerte
habrá tantas manos como bocas.
Y por cada par de manos

innumerables dientes,
Y por cada diente
el viejo mito descuella.

Mientras el pez se ofrezca
habrá manos con dientes.

Con los platos llenos
nunca redes en las bocas.
Y con la ilusión de olvido
el hombre abastecido
multiplicará al pez
una y otra vez
en su corta memoria.

Oración de la vigilia

Por Giovanni Molina Rosario

Visión noctámbula,
asidua habitante del sueño,
paciente predadora aguda,
latente como el aullido del lobo,
el desvelo
y su lamento inminente.
Cobardía ante la ruindad,
espejismo desesperado,
no eres real, no eres real.
Solo vacío que nace del alma,
colectora de demencia,
fetichista del trastorno
sin mí tú no eres.
Impotencia encarnada en el miedo,
atropéllame, ocúpame,
hiere mis malditas resistencias.
Fecúndame doblemente

como si bebiera oscuridad y neón en una sola copa.
Así la finalidad no existirá ya
con esa panacea
de la muerte y el ser batidos en uno.
Después solo faltará la soledad.
Amén.

Homo sapiens

Por Jessica Reyes Serrano

“Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí”

Augusto Monterroso

De dinosaurios todos tenemos algo:
la pronta no existencia,
los huesos enormes y disecados.
Las garras que acarician.
El espacio invadido.
Los colmillos artificiales,
la aspereza del aliento.
El grito que ahuyenta.
La hipérbole de la piel.
El miedo a ser yo.

Cuando despertó,
el espejo todavía estaba allí.

Tango

Por Jessica Reyes Serrano

Tu maullido, como un nostálgico bandoneón,

despierta mi ternura.
-Piazolla la exita-
Y lames tu piel que sabe a danza.

Libre queda el clásico ronroneo de tu violín
que frota su arco sobre mi pelo.

Te paseas con tu cola abundante y erecta;
violonchelo que acaricia mis piernas.

Tu ojos zarcos;
son la viola que mira azul y amarilla
nuestro mundo imaginario.
Música. Maullidos. Palabras.

Suena tu pelaje como un piano
que suavemente me seduce.

Y me despiertas con tu lengua húmeda y áspera.
Tus caricias son eco de aquel contrabajo
que me poseyó mil veces.

Y sólo somos nosotros,
acompañándonos en la más rítmica soledad.

Amantes

Cristina M. Vázquez Ríos

Ocultos entre paredes
Buscando aliento
Aquellos amantes
Que se trasladan con el viento.
Deseos ocultos
De verse a tiempo

De sentirse arropados
Con los susurros del silencio.
Ocultando los miedos
De sus deseos,
Poniendo en peligro
Aquellos sueños
De sentirse abandonados
Al no sentir sus cuerpos.
Desde lejos observa
El cielo eterno
Aquellos amantes
Que buscan el aliento
De cada palabra, de cada te quiero
De cada recuerdo que los lleva al momento
De sentirse juntos
Aunque no sea eterno.

Yo soy esa mujer

Angélica M. Andújar De Jesús

La mujer que se baña sin mirarse las marcas en su cuerpo. Las marcas del descuido que lleva tatuadas en los brazos, piernas y barriga por el sobrepeso. Aquellas que solo conoce una mente trastornada por las burlas y el rechazo. Y las imborrables por la muerte, permanecen entre sus cabellos y en las perforaciones de su pecho. Sale a la calle vestida de reconocimiento, estudios o trabajo para ocultar sus huellas.

Se viste de negro queriendo ocultar su notoria infelicidad. Alzará su aislada mirada de los hombres que busquen pretenderla, para que no conozcan sobre su soledad. Se viste de negro para que piensen que no tiene sentimientos, que no busca el enamoramiento, y que no cree en nada. Oculta en su caminar silencio y en su indiferencia al hablar, sus complejos y baja auto-estima. Desconoce el amor correspondido; el sexo entre sus piernas y el compromiso de parejas.

Es una inconformista que espera que un día se levante y todo sea rosado. Por eso se concentra en sus estudios y gasta tiempo pensando en el futuro. Su inteligencia y pensamientos rayan en la locura. Siente que podría alcanzar el éxito y morirse en ese mismo instante. Por eso es paranoica, tímida y celosa.

Su obsesión más grande son las palabras. Porque con la escritura puede inventar lo que no existe y lo que no tiene. A través, de las palabras desea remover el caparazón que carga consigo para mostrar su exótica belleza. Quiere ser inmortal con sus palabras pero teme que eso no sea suficiente.

Oraciones

Por Silvino E. Díaz Burns

Dios doy gracias porque maldita sea
Que la mitad de la batalla está gana al suponerme
Y la otra mitad siempre se pierde
Al otro lado de la palabra

Gracias por lo que no se de mí que otros juzgaron
Admito que intento averiguarlo
Confieso que creo en auras
Aunque no pretendo verlas
En colores ni sombras alternas

Gracias por lo que no supe que no vi
Por lo que no se me quiso decir
Por el miedo de enterarme
Y por distraerme pensando en mí creyéndome otro
Porque yo también encubro lo mío que no quiero
Como si laminando

Dios mío, no sonrío
Estoy feliz con eso

No estoy feliz la mayoría del tiempo
Rezo por la paz de los dioses
Mientras consigo conocerme
En este tiempo de reflexiones perpetuas
De indecisiones inertes
A ver si consigo a través de masoquismo
Esa paz que se adquiere en este tango humano
Tan difícil de bailar

CUENTO

Comunidad Primer Premio

Evidencia del Caso CC-2010-0302

Por Jorge E. López-Rivera

*Colgaba del retazo de la noche
La quimera de un día perfecto.
La muerte acechaba sin pretexto
Las entrañas de mi cuarto silente.*

*Sentí una presencia pestilente.
El aliento denunció su colete,
Hedor que me paralizó por dentro.
Yo papel y él ventarrón potente.*

*De lo mudo a la algarabía.
Veintinueve veces penetró mi piel,
No con la suya, más con daga fría.*

*Robó mi alma con un beso de hiel.
Se fue llorando mientras repetía;
“Te vas conmigo, que te olvide él.”*

—Ya yo estaba en el patio cuando abrió la puerta. Los perros corrieron hacia mi. Estaba oscuro como boca é lobo, pero me olfatearon rapidito. Yo creo que me olieron desde que salté por el patio de Doña Panchita porque los oí ladrar. Me imagino que ella se encabronó y por eso los

sacó antes de las menos cuarto, p'aprovechar y dormir lo que le quedaba antes que sonara el despertador. Los saludé como siempre. Se fueron a mear y cagar. ¡Es lo único que saben hacer esos cabrones!

Entré como un celaje. El pasillo olía diferente. No olía ni a ella, ni al nene. Iba calla'ó, no quería despertar a nadie. No tenía ganas de hablar ni de explicar. Sólo quería resolver mi problema hormonal, usted sabe. Hacía veintinueve días que no me daba ná. ¡Quería volverla loca! Calentarla y sacarme el caldo con ella. Esa fiera me vuelve loco. Esa es mi hembra, mi perra. Ella es como decía mami que tienen que ser las mujeres: damas en la calle y putas en la cama. Fui dispuesto a convencerla. Estuve bebiendo y pensándolo to'a la noche, hasta que me tiré pa'llá. Mire que he proba'ó, pero como esta ninguna. Me agita, me hincha, me satisface, me cansa y después me vacía. ¡Me llena! Si eso es amar, yo la amo. Ella es fuerte. Puede estar en la jodienda to'a la noche y de madrugada pide más.

Me le senté al lado. Ella se volteó, con los ojos cerrados, sonriente, como si estuviese esperándome. De repente, escuché un cabrón meando en el baño de'lla. El ruido que hacía el chorro de orín no era el que hace un pipí. Aquello sonaba como un caballo.

Ella abrió los ojos con la primera gota de orín. Verme y abrir la boca fue lo mismo. ¡Me entumecí! Tan rápido como un accidente agarré la almohada con la izquierda y la puse en su cara. Por instinto, con la derecha, saqué del jacket a Violeta.

La compré por trescientos pesos, en un mercado negro de Ámsterdam. Fui, en el 2003, como árbitro con el equipo nacional de baloncesto de aquí. Desde entonces siempre me acompaña. ¡Es una obra de arte! El don que me la vendió me aseguró que con ella se cortó la oreja izquierda un pintor famoso. Estaba limpiecita y afilaíta. Se la quería hundir en la verga al hijo'e puta que estaba en el baño.

Ella forcejeó y se zafó. Gritando se me tiró encima. La calentura me corrió del ombligo al corazón, a la cabeza y a los brazos. Sentí que me ardía la vida. Se me nubló la razón, sólo veía sombras que saltaban del silencio a la algarabía, a la histeria, al dolor, a la inconsciencia.

No escuché cuando salió el cabrón, pero sentí su peso sobre mí. Viré y ella me atacó por la espalda gritándole que se fuera y llamara a la policía.

La pequeña sombra del meón, salió espabilada del cuarto, se arrastró hacia el pasillo y huyó dejando en el aire un alerta de justicia.

Aún siento los tejidos de ella cediendo ante el filo impetuoso, y bien cuidado, de Violeta. El cuarto se convirtió en un revolú de pasiones cuando trató de aguantar mi mano. El ruido, en el ritmo que danzaban los blancos de las sábanas, los negros de la madrugada y los rojos que emanaban, cuán vagina menstruante, de cada surco que Violeta abría en su piel. Yo atónito, sin saber qué hacer, ella cada vez más parecida a un papel y Violeta furiosa. Creo que me desmayé. ¡Borré cinta! Yo no sé bien qué pasó.

Eran las... y cuarenta y cinco cuando abrí los ojos al escuchar Sonata, del compacto Fresh Air. La usaba como alarma. Ella decía que era una forma pacífica de regresar del sueño a la vida. Oía a lo que huele un cuarto después que la muerte ha tenido un orgasmo. Algo de luz que traía la mañana develó su cuerpo amor-tajeado flotar hacia la gravedad. Sus ojos trataron de aguantarse de los míos.

El viento se llevó la luna y trajo consigo gotas de sangre en el techo, las paredes y puertas. Un calambre quiso nacer de mi boca en forma de un suspiro, pero me lo tragué. Entendí que debía irme. Me arrastré hacia ella. Le regalé un par de lágrimas y le dije; tú te vas conmigo, que te olvide él. Besé su boca y sentí su último aliento rozar mis labios y metérseme por dentro como un escalofrío. ¡Ese fue mi error! También haber tirado a Violeta.

¡Sí, soy culpable! Soy cárcel de su alma y esclavo de sus deseos. No hay en mí cordura, ni paz, ni asueto. La huelo todo el tiempo. Me persigue. Es mi reflejo en el espejo. La veo en frente de mí, me volteo y ahí está repitiéndome que soy un jodío loco, que ella no estaba con nadie, que por eso es que no quiso seguir conmigo. Dice que soy impulsivo, desconfiado y violento. Me repite que no había nadie en el cuarto, que estoy loco, que busque ayuda, que no había nadie en el cuarto. Me lo repite y me lo repite. Ella dice que estoy loco. Que no había nadie. Yo no vi al tipo, pero lo escuché orinando. Ella insiste que estoy loco. Me lo repite. Joder que lo repite!

Ahora le ha dado con apoderarse de mi cuerpo en los baños de la prisión. Seduce a los más dotados del recinto. Ellos la ven, la desean y la poseen. ¡Sí, soy culpable! Quiero la pena de muerte. ¡Mátenme!

— ¡No, mi Señor! El primero sí fui yo,
De plata y esbelta; ¡la Violeta!
De sangre caliente siempre sedienta,
En frío me yerto, en calor quemado.

¡El primero sí, los otros fue Van Gogh!
Con espectral pincel; sin su oreja,
Hizo lienzo con su piel de seda
Los trazos rojos fueron veintiocho.

En finos hilos su sangre corría
Desbordando de sus senos, el cauce,
Y pintando de muerte sus verijas.

Exangüe su cuerpo de papel yace.

Amor, muerte y sombras

en orgía

Con un beso sellaron el enlace.

—Doña Panchita, así me llaman mis vecinos. Luz Francisca Pérez Albadroz, pa' servirle. Esa noche me desvelé desde las tres y media de la madrugada. Siempre me quedo dormía, como una boba, viendo la novela de las siete y de madrugada me desvelo. Me cansé de dar vueltas en la cama y prendí la luz. Después de leer la Biblia un ratito cogí mis motetes, fui a la terraza a tejer unas cositas que le estoy haciendo a mi nieta que va a tener su primer bebito. La noche estaba más fría que fresca, pero a mí me gusta el frío. Si este muchacho hubiese brincado desde mi patio, dígame usted si yo no lo hubiese visto, al menos lo hubiese escuchado. Él está mintiendo, por mi patio no pasó.

Llevaba casi dos horas tejiendo. Me estaba dando sueño. Miré el reloj, cuando escuché abrirse la puerta del patio de mi vecina. Eran las cinco con treinta y dos. Sentí a los dos perritos salir. Apagué la luz y me fui pa'dentro. Fui al baño. Al acostarme me pareció escuchar gente discutiendo. Dormí como quince minutos cuando los gritos del nene pidiendo auxilio me dejaron sentada, vestida y en frente de la puerta. ¡Ay, bendito sea mi Dios! ¡Ave María purísima, qué forma de empezar el día! ¡Mataron a mi vecina!

Al árbitro hacía como un mes que no lo veía. Recuerdo que esa noche, la escuché hablando en el patio con un hombre. Me dijo Becky, la vecina del frente de ella, que había un nuevo marchante rondándola. Yo usted, averiguo bien, señor policía. Las cosas no siempre son como parecen. No vaya a ser que metan pa'dentro a un inocente.

El árbitro sí la quería. He visto el dolor en sus ojos cada vez que sale en las noticias. Él no era así. Siempre fue muy simpático conmigo. Una vez estaba tejiendo en la terraza y él estaba en el patio con los perros. No sé cómo se me hizo una clase de nudo entre el palo de hilo y mis piernas. Él me vio, me pidió permiso pa' brincar la verja. Yo parecía una nena chiquita enredá en mis propios líos. Él sacó de su bolsillo una cuchilla antigua. ¡Preciosa! ¡Finísima! Le llamaba Violeta, con ella cortó el nudo y me liberó. El mango estaba enchapado con un mármol violáceo. Me contó que esa cuchilla había sido de un pintor holandés que se cortó una oreja con ella a finales del siglo diecinueve. ¡Je, je! ¡Tan cómico él! ¡Ese muchacho no es un asesino!

—Doña Panchita tiene razón. No soy un asesino. ¡Mentí! ¿Para qué vivir? Sin ella todo perdió el sentido. Nadie lo vio a él. Ni lo han mencionado. Sólo a mí porque encontraron a Violeta. Ni yo mismo sé. Ella dice que me lo inventé, que estaba sola cuando la maté. ¿Matarla yo? Su muerte fue natural. Ninguna mujer aguanta veintinueve menstruaciones simultáneas. No recuerdo nada. Ni siquiera como era mi vida antes de ella. No creyó en el amor que le tengo. Le cogió miedo a mi caso de armas y violencia doméstica. Sé que está dentro de mí.

¡Aunque no me crean! ¡Se me metió por la boca! ¡Mátenme por favor!
¡Quiero liberar su alma! ¡Que sea yo quién muera por ella!

Segundo Premio

Ella no le hace daño a nadie

Por Carmen Rita García

-¡Marta, Marta!, vas a romper la muñeca.

La niña de ojazos verdeazulados, ajena a los gritos de su madre, seguía arrancándole cabellos a su linda muñeca vestida de rojo. Se la habían regalado en su cumpleaños. Su madre siempre tan detallista, quería una muñeca diferente, igualita a la niña. Estuvo meses buscándola. Se pasaba de tienda en tienda, pero no encontraba una que se pareciera a Marta. Hasta que una noche, Ruperta, la bruja, como todos le decían, la llamó al portón, porque sabía que no era bienvenida.

-Doña Gelo, doña Gelo,

-Dígame doña Ruperta

-Hoy he visto la muñeca que usted busca y no encuentra.

-Pero, con todo el respeto, ¿quién le dijo...

-No se preocupe doña Gelo, perdone, pero este pueblo es muy chiquito, y como usted se pasa de tienda en tienda, preguntando aquí y allá, ya todo el mundo está buscando la dichosa muñeca. Pero los seres me hablaron...

-No,no, doña Ruperta, perdone, pero usted sabe que yo no creo en esas cosas que a Dios no le agradan. Gracias, buenas noches.

-Ay bendito, perdón, yo que le venía a decir que la encontré, ji,ji,ji. Y con una risita que a Gelo le pareció malévol, le dijo:

-Pues yo sé que yo no soy santo de su devoción, pero yo no le hago daño a nadie sabe, puede que me digan que soy bruja, pero bruja blanca, porque yo no brego con...

-No se apure doña Ruperta, gracias, buenas noches, vaya con Dios. Le interrumpió bruscamente Gelo.

-No hay problema mijita pero si quiere puede pasar por la botánica de Yiya y allí verá la muñeca, es igualita a la nena. Dios me la bediga, Ji,ji,ji...

Y Ruperta con su risita estúpida, se fue. A lo lejos se escuchaba una potente y hermosa voz de contralto canturreando: Que viva Shangó, que viva Shangó, que viva Shangó, que viva Shangó señores...

-Nena, ¿quién era? Le preguntó su esposo Darío.

-Ay, era doña Ruperta.

-Ella no le hace daño a nadie. Le dijo sonriente Darío y sin más comentarios, le dio un beso en la frente. Me voy a acostar miya, que estoy que no me aguanto en pie.

-Ay Darío, es que tú trabajas tanto, no descansas.

-Hay que trabajar Gelo, no sé hasta cuándo durará el programa de radio. Hay que darle ejercicio al esqueleto y al cerebro.

Ésa era la misma contestación que siempre le daba Darío. Un hombre huérfano, sumamente inteligente y muy polifacético. Una tía ciega lo crió y cada vez que Marta se ponía malamañosa con la comida, le hacía el cuento de la cucaracha.

-Marta, cómete la comida, mira que una noche yo llegué a mi casa y como no había luz, busqué en la olla. Emocionado a la luz de la vela vi mi guiso favorito de habichuelas. Rápidamente agarré la cuchara y empecé a comer. De momento, sentí algo demasiado crujiente, con un sabor ahumado. Me saqué un bocado y pude ver un pedazo de lo que parecía ser un ala de cucaracha.

-¡Qué asco papa! ¿y qué hiciste?

-Pues seguir comiendo, porque era mi única comida del día.

Con esa historia que ya todos se sabían de memoria, Darío trataba de inculcar valores en Marta. A pesar de haber perdido a los hijos anteriores, Darío nunca perdió su sonrisa. Decía que ya llegaría un hijo especial, cuando Dios quisiera. A Darío apenas le daba el tiempo para dormir. Por las mañanas tenía un programa radial. Salía del programa a buscar anuncios patrocinadores y luego daba tutorías de matemáticas hasta la noche. Cuando le sobraba tiempo, daba clases de rumba y escribía chistes que luego decía en su programa.

A Gelo se le quedó en la mente el comentario de Darío. __Ella no le hace daño a nadie. Decidió ir en la mañana a la botánica de Yiya, después de dejar a Marta en la escuela. Al llegar a la tienda, ya Yiya la esperaba con una preciosa muñeca idéntica a Marta. Tenía sus mismos ojos

almendrados verdeazules, las mismas pestañas como abanicos, el mismo pelo rubio grifo. Se quedó sin palabras.

-Dios mío, qué mucho se parece a Marta. Mire qué casualidad, mañana es su cumpleaños.

-Nada ocurre por casualidad, mañana también es el día de Santa Bárbara.

-Lo sé doña Yiya, cuando Marta nació la vestí de rojo en su honor.

-No me diga, pero ¿usted no es católica?

-Claro, católica apostólica romana, ¿pero usted no sabe que esa santa fue una mártir destacada de la iglesia?

-Cálmese doña Gelo, sí es verdad. Bueno, ¿se lleva la muñeca?

-Sí, sí, ¿cuánto cuesta?

-Esta muñeca viene de Europa, vale muchísimo, pero como es para usted, deme veinte pesos.

-Dios mío qué cara, pero no importa, me la llevo.

Llena de alegría le dijo a Toñita, la costurera del barrio, que le cosiera un trajecito rojo lleno de volantes y con un hermoso lazo en la cintura. Igualito al traje cuando Marta nació. Después de tres partos de gemelos, todos ellos muertos, unos dicen que por empacho, otros que por mal de ojo, había nacido Marta. Había sido un milagro, por eso le había prometido a Santa Bárbara, que si nacía una niña, la vestiría de rojo en su honor.

Precisamente nació un 4 de diciembre, el día de esta patrona llamada por muchos Shangó. Pero no, ella prefería decirle Santa Bárbara, porque eso era cosa de espiritistas y ella era católica apostólica romana. Marta era linda, pero con una belleza extraña. Tenía una mirada diferente que daba miedo y lo más que asustaba era que después de mirar profundamente a todo el que entraba a la casa, le describía con lujo de detalles su vida y hasta le daba consejos. Pero lo más extraño de todo, era que cuando hablaba, cambiaba la voz, no era la voz de Marta. Unas veces era una voz gutural, profunda, como masculina, otras veces era una voz chillona y otras veces como en otro idioma. A todos les daba terror esto, pero no dejaban de ir a verla.

A pesar de su corta edad, Marta ya tenía múltiples tareas. Cada vez que la visitaban, tenía que hacer la lista de los perfumes, las yerbas y las velas, que sus amiguitos como ella cariñosamente les llamaba, les decían a

todos los que la buscaban. En esos momentos, Gelo dormitaba en el balcón observando a su hija, admirada de todo su conocimiento y destrezas. Por las noches no dormía, por las constantes pesadillas de Marta. Decía que sus amiguitos le halaban el pelo, le agarraban los pies y la tiraban al piso. Según la descripción de la niña, una veces era un indio como un cacique guerrero, otras veces una esclava negra y otras veces un elegante francés. Aunque apenas dormía, igual que su padre, en la mañana estaba sonriente, dispuesta a seguir arrancándole los pelos a su linda muñeca, para luego atender a los embelesados visitantes. Entonces, al mirar a su adorada hija, contorneándose en una danza salvaje o parándose de cabeza, el rictus de amargura en el rostro de Gelo se transforma en una sonrisa. Ella no le hace daño a nadie.

Tercer Premio

Tan solo estamos ella, la oscuridad y yo

Por Iván Collazo Rodríguez

Todas las veces que puedo recorro el mismo callejón. Todas las veces que puedo *recurro* al mismo callejón. Allí tuve, al menos, tres tipos de experiencia que jamás había vivido. Los hombres también pierden su virginidad. En algún lugar y en algún momento. Ese lugar no fue el mío. Pero allí tuve lo que podríamos llamar una pre-amante, con quien empecé a tantear lo desconocido. Nos hurgábamos mutuamente como tierra nueva. Una expedición esporádica, interrumpida por el pudor y los transeúntes. Recuerdo un viernes despoblado, sentado entre sus piernas, bajo la luz de un farol. Ella insistía en conocerme el miembro. Supongo que no puse resistencia. Prolongué la conversación, tan innecesaria en estos casos, hasta que abrí el pantalón lo más que pude. Lo tomó entre sus manos. Crecía. Le hizo un examen minucioso. Demasiado. Aquella mirada fue biológica. Su manosear de arqueóloga

casi peca de objetividad a no ser por cierta emoción tensa que reflejaba en el rostro. Y de repente, un caminante...

Con ella había empezado a desentrañar algunas cosas. A descubrir la dimensión del deseo. Para evitar interrupciones nos citamos en mi aposento. Encerrados en el cuarto, ella reafirma su compromiso de no desafiar su himen. Yo secundo. No insisto. El día apenas empieza y a plena luz me ofrece el dorso como recompensa. Ya lo habíamos intentado, sin éxito, varias veces. Pero como siempre, insistía. De la pared pasamos al armario, como si fuéramos a oficiar algún secreto. La meto en el interior y cierro las puertas de metal. La luz se filtra brevemente a lo largo de las ranuras. Adentro la respiración se hace eco. Las voces retumban. Los suspiros se amplifican. La pared es un valle que se llena de sonidos. Un muro de música que asciende y se pierde. Una sinfonía vertical. Estamos tres veces encerrados: casa, cuarto, armario. Dos seres dentro de un espacio, dentro de otro espacio... La tanteo a oscuras. Me parece que su piel brilla. Aquí ya no hay faroles. La miro. La re-imagino. Le pego el rostro y los pechos contra la pared. Apunto hacia aquel lugar visitado a medias. Ella me guía. Su mano-brújula, timón, compás, astrolabio. Me ofrece sus coordenadas. Gime. Fallo. Insiste. Insisto. Desiste. Desisto. Una y otra vez.

La primera vez que logré provocarla hasta el final, fue en aquel callejón. Quedamos de intentarlo allí durante la noche. La tentación sería mutua. En paralelo. Hasta culminar. Era un día tumultuoso del mes de abril. Eso complicaba las cosas. Mucha gente de camino al baile pasaría por el lugar. Demasiados riesgos. De cualquier manera, el asunto está pautado. El clima, perfecto. Estuve todo el día pensando, re-pensando. En mi mente cada vez lo mismo. El día se hace inmenso. Insoportablemente largo. Porque algo deviene, se aproxima.

Nos encontramos en el baile. Por lo regular, cerrábamos la velada intactos y cansados. Delinear mi antigua pureza me provoca un gran pavor. Debería ser al revés. Que me observe a la distancia y me sienta indignado. Por abusar de mi lado oscuro. Pero reconozco que mi cuota

de perversión me conmueve y me sirve de contrapunto sobre aquella beatitud que jamás volví a rescatar. Que así se alcanza el justo medio. Ahora, entre canción y canción, el pantalón como un mástil. Embarazosamente endurecido. Del otro lado, una arqueóloga se hizo humedad. Calladamente agua. Allá, nos espera el abracadabra.

Buscamos alguna excusa para salir del lugar. Evadimos de plano la presencia de amigos y retrasos. Al llegar, abrió con delicadeza el pequeño portón oxidado. Alguien dijo que ciertos detalles se pierden para siempre. Sé que terminó sentada sobre mis piernas, luego de los besos de rigor. Se quitó la ropa a medias y puso mi mano en el punto exacto. La prisa era doble. Cualquiera podría pasar, sobretodo su hermana. Mis dedos, muy juntos y solidarios, recorren de principio a fin aquella ruta. De norte a sur. Despacio. Rápido. Miro a uno y otro lado. Todo se encuentra en suspenso. No circula nadie, nada. El planeta es un silencio.

Una marea tibia va instalándose en mis dedos. Ella mueve la cabeza hacia arriba y hacia abajo. Yo giro mi rostro de este a oeste. Parecemos una cruz en movimiento. La piel de sus labios parpadea. Se tornan rojos. Su boca camaleónica. Sus quejidos en clave Morse. Algo inédito que comienza a publicar. Mi mano en dirección al suelo, su cuello apuntando al universo. Seguimos rumbos diferentes. Busco el fondo de aquel origen, ella se desplaza al más allá. Sus ojos verdes entreabiertos. Su dermis que titila. Su voz se apaga y se agita. Su latido en la garganta. Elocuente, tartamuda, escupe monosílabos. La loba, por fin, aúlla su nocturno.

Menciones

Aquella noche

Por Sylma García González

9 de junio de 2010

Dr. Norman Carrión

Río Piedras, Puerto Rico

Estimado Dr. Carrión:

Me he tomado la libertad de consultarle mi caso a insistencia de mi colega y amigo, el Dr. Julián Irizarry. No crea que ha sido una decisión fácil, ya que soy un hombre de naturaleza reservada, pero la verdad es que no sé qué más puedo hacer para resolver mi problema. A pesar de que aún nos hemos tratado, estoy seguro de que usted es un profesional serio que sabrá aconsejarme de la mejor forma posible. Del mismo modo, me resulta más cómodo confesarle mis preocupaciones a alguien que no me conozca demasiado para evitar los juicios *a priori*, usted me entiende. Antes de contarle de qué se trata exactamente, le haré saber algunas cosas sobre mi vida. Hace treinta y cinco años me desempeñé como catedrático de Lenguas Clásicas en el Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico. Mis colegas más jóvenes piensan que mis métodos de enseñanza son anticuados, pero mis estudiantes me quieren y me respetan. En cuanto a mi vida personal, enviudé hace más de quince años y no tengo hijos. Vivo solo, mejor dicho, con mis libros en un apartamento del Condominio El Monte, muy cerca de la Universidad. Aparte de mis lecturas e investigaciones, lamento decir, si es algo de lamentar, que no tengo otras aficiones. Mi trabajo es mi vida y mis costumbres son aburridamente regulares, día tras día. Sin embargo, tengo una pequeña debilidad: suelo ir cada sábado a jugar al dominó y beber varios vasos de whiskey con limón, junto a algunos de mis amigos en un bar cercano al campus (ya se imaginará cuál). Debo mencionar que adquirí esa costumbre hace veinte años, sin mayor consecuencia que algún ligero dolor de cabeza o una leve vomitona a la mañana siguiente. Mis amigos del bar no son lo que podría decirse académicos, pero tienen una sabiduría, que llamo callejera, capaz de competir con la de cualquier intelectual reconocido. Tal vez, ellos no discutirán acerca de las particularidades discursivas del gran Homero, pero saben, exactamente, por qué la chica del colmado de la esquina ha dejado de trabajar los miércoles sin haber tenido que cruzar una palabra con ella jamás. Bueno, creo que debo regresar al asunto que nos ocupa. La noche del

sábado, 19 de mayo, fui como todos los sábados a mi cita del bar; la única diferencia es que se trataba del aniversario de la muerte de mi esposa. Tengo que confesarle que, tal vez, bebí un par de tragos de más, pero no fueron muchos. Regresé a casa a eso de las dos y media de la mañana. En cuanto abrí la puerta, había un perro esperaba sentado en sus patas traseras en medio del pasillo. Parecía muy feliz de verme. Cuando me disponía a buscarle algo de comer en la cocina, noté que había una elegante senadora besándose apasionadamente con un joven bombero en el sofá de la sala. Como no me gusta presenciar ese tipo de escenas, el perro y yo nos fuimos a dormir. Antes de acostarme, suelo darme un baño, sin embargo, esta vez, tampoco pude hacer eso. Imagínese, mi vecina bañaba a su cotorra Juliana en mi ducha. En estos tiempos en que vivimos, la gente puede ser muy desconsiderada. La situación no podía ser más desagradable: la insoportable mujer quería echarle champú en la cabeza a la cotorra que, en esos momentos, estaba muy concentrada en su lectura de *Las mil y una noches*. Me sentí terriblemente indignado, a mí tampoco me gusta que me interrumpen cuando leo, así que decidí irme a la cama sin bañarme. No obstante, esa noche no estaba para que yo la pasara tranquilo y en paz con en compañía del perro. Sólo pude dormir media hora: me encontraba muy incómodo no sólo porque el travieso can se antojó de subirse a la cama conmigo, sino también por el alboroto y el desorden que hacían el capítulo de niñas escuchas, el equipo de jugadores de baloncesto de Bayamón y la banda municipal de San Juan, que discutían acaloradamente qué área de la cama le correspondía por derecho constitucional a cada grupo. Como no quise intervenir en tan grave conflicto de dimensiones nacionales, tomé mi almohada y, por supuesto, al perro y me fui a la biblioteca. Pensé que allí podía, al menos, descansar el par de horas que faltaba para que amaneciera. Fue un deseo irrealizado, ya que me topé allí con un plomero, a quien, al parecer, había citado para que verificara un escape de tinta que salía de uno de los volúmenes de la *Enciclopedia Británica*. El individuo estaba de bastante mal humor porque le parecía que yo estaba malgastando su preciado tiempo. ¡Como si él no tuviera otros escapes, desbordamientos, muñecas de trapo, arreglos florales y platillos exóticos que atender! Al menos,

logré calmarlo, bueno, lo hizo el perro, porque resultó que el plomero es amante de las mascotas e hicieron migas al instante. Le enseñé cuál era el tomo afectado y lo dejé enhebrando la aguja que usaría para repararlo. Con el carácter que tenía ese hombre, no osé intentar dormir en la biblioteca, así que me fui a la cocina. Allí tampoco encontré la paz deseada porque estaba usted, sí, usted, doctor, tratando de hacer lo que llamó una pizza navideña. No sé si lo recuerda, pero me ofreció un pedazo. Bueno, finalmente, me senté en uno de los sillones de mi pequeño balcón con vista a la avenida Muñoz Rivera, el perro saltó sobre mis rodillas y jugamos hasta quedarnos dormidos o, al menos yo. Si no hubiera sido por él, la noche hubiera sido un completo desastre. No hay nada como un perro fiel, cariñoso y juguetón para alegrarle la vida a un viejo solitario y aburrido.

Supongo que a estas alturas, se preguntará, con toda razón, cuál es el problema que me tiene tan abrumado. Sepa usted que desde esa noche descuidé mis deberes magisteriales e, incluso, he optado por no contestar el teléfono para no oír los regaños de mi jefe. A la verdad que la gente en estos tiempos puede ser muy poco solidaria con las desgracias ajenas. Sí, desgracias, porque desde esa noche no he vuelto ni volveré a ser el mismo. Ahora le explicaré por qué. A la mañana siguiente, me despertó un sol brillantísimo (recuerde que dormí en el balcón). Me dolía un poco la cabeza, pero no demasiado. El perro no estaba a la vista, así que decidí buscarlo para darle su desayuno. La senadora y el bombero se habían ido, no sin antes haber vuelto cenizas mi sofá; la verdad es que no me importó demasiado, ya que el viejo adefesio había sido un obsequio de bodas de mi insoportable suegra, quien tuvo la desfachatez de sobrevivir diez años a la muerte de su pobre hija. La biblioteca estaba vacía, de gente, claro, pero no había tinta en las paredes ni en el piso; tengo que admitir que es un buen plomero, a pesar de todo. Mi vecina se había ido a su casa, ¡gracias a Dios!, pero la cotorra seguía enfrascada en su lectura. No me atreví a interrumpirla para preguntarle por el perro porque noté que le faltaban un par de páginas para terminar. A mí tampoco me gusta que me interrumpan cuando estoy a punto de terminar de leer un libro. Entonces, me dirigí a la cama y allí sí que nada había cambiado. La garata entre jugadores, músicos y niñas escuchas

seguía tan acalorada como la noche anterior. Traté de llamar la atención de todos, pero fue imposible; mi voz era incapaz de hacerse oír con tal alboroto. Las niñas pueden ser insoportables si se lo proponen y los jugadores, por su parte, son tan sensibles que lloran por cualquier cosa. Logré acercarme a uno de los entrenadores (quien, dicho sea de paso, consolaba a un lloroso jugador desdeñado por una pícara flautista), y le arrebaté su silbato, lo soplé con todas mis fuerza y así me hice escuchar. Todos me miraron silenciosos y atónitos. Les pedí disculpas por la interrupción y procedí a preguntarles humildemente si sabían dónde andaba el perro. Una de las niñas escuchas, debo decir que la que me pareció menos simpática, por cierto, me miró a los ojos de forma insolente y me dijo: “Oiga, profe, no cree que es hora de dejar de beber y quedarse en su casa a ver televisión como cualquier otro hombre de su edad”. Me molestó mucho su atrevimiento y le dije: “Mire, señorita, es usted una jovencita maleducada e insolente”. “Pero, al menos, no alucino como usted” -me contestó. “¡Expílicate, mocosa!” –dije enojado. “¡No hay ningún perro y nunca lo ha habido, viejo sabelotodo” –me gritó y siguió coqueteando con la primera trompeta de la banda municipal. Todos asintieron al unísono, al menos, en algo estaban de acuerdo. Debo decir que la declaración de la chica me golpeó fuerte. ¿Cómo que nunca había habido un perro? ¿Qué se creen estos idiotas? ¿Verdaderamente piensan que pueden burlarse de mí de esta manera, tras haber pasado la noche interrumpiendo desconsideradamente la paz de mi hogar? ¡Ja, ja! ¡Que el perro no existe! ¡Como si yo no lo hubiera visto, como si no hubiera jugado con él toda la noche! Seguí buscando: bajo la cama, tras las cortinas, en el zafacón, en el canasto de la ropa sucia...en todas partes. Tras dos horas de búsqueda, tuve que aceptar que existía la posibilidad de que la chica tuviera razón, pero...no podía ser: yo lo vi, lo toqué, lo cargué en mis brazos. Soy un hombre razonable, así que, en lugar de dejarme llevar por la desesperación, intenté aplicar un poco de lógica a la situación para ver si lograba encontrar una explicación satisfactoria. Finalmente, tras una profunda y dolorosa reflexión, y considerando desapasionadamente los hechos, decidí que jamás aceptaría la inexistencia del perro, ya que eso sería como negar la mía propia. Un perro así es imposible de imaginar. Por

lo tanto, decidí no descansar hasta dar con él. Comencé a ir cada noche al bar con la esperanza de encontrarlo a mi regreso como lo vi aquella noche: sentado alegremente en sus patitas traseras en medio del pasillo. Hasta ahora, nada ha dado resultado, pero no renuncio...por eso, me decidí a pedirle su consejo. ¡Ojalá nunca hubiera amanecido! Por favor, doctor, le ruego, por lo que más quiera, ayude a este pobre viejo solitario a encontrar a su perro.

Atentamente,

Dr. Augusto Robles
Catedrático de Lenguas Clásicas
Universidad de Puerto Rico

Al haishakunin

Por Gean Carlo Villegas

Reiko sintió que, por fin, también podría participar de la verdadera y amarga dulzura del gran principio moral en que había creído el teniente. / Empujó entonces la punta de la daga contra la base de su garganta...

“Patriotismo”, Yukio Mishima

—(ichi)

Tras beber *sake* y escribir su *yuigon*, se situó de rodillas bajo la sombra del árbol fosilizado. Se abrió el blanco kimono, que gracias al sol, resplandecía como un espejo. Metió las mangas bajo las rodillas para impedir que su cuerpo cayera indecorosamente. Envolvió con mucho cuidado la hoja del *tantō* en papel de arroz para no ensuciarse las manos con sangre cuando se lo clavara con el filo hacia la derecha por el lado izquierdo de su abdomen. Un gemido me hizo corroborar el hecho. Sin pensarlo, llevó firmemente la daga hasta el otro extremo del estómago, y regresó al centro antes de hacer un corte vertical hasta el esternón. Un fuerte olor a excremento emanó cuando se le desparramaron los intestinos por el suelo. Sabía que no moriría al instante y que sufriría

una agonía de varias horas, por eso me pidió (así como te lo pedí a ti) que fuese su *haishakumin*. Permanecí de pie a su lado, en silencio, y lo decapité con esta hermosa espada (así como me harás tú hoy) en el momento que me dio la señal con la mirada... Esta esponja de metal, perteneció a mi padre, y al padre de mi padre; y hoy, aunque no eres mi hijo, después de mi muerte, pertenecerá a ti y a los tuyos. Pero para que comprendas sus razones, ya que la mía la conoces y no vale la pena repetirla, es de suma importancia que recuente la historia que me hiciera mi padre en el glorioso día de su muerte.

二(ni)

En la mañana del 31 de marzo de 1942, todas las calles del pueblo amanecieron pasquinadas con una serie de hojas que trataban de escapar volando con el viento. **Órdenes de exclusión civil.** Estos boletines advertían, que todos los ciudadanos estadounidenses de origen japonés o residentes no ciudadanos tendríamos que salir de nuestros hogares. No se hacía mención de cuándo ni a dónde nos llevarían, tan sólo que un miembro de cada familia debía dirigirse al cuartel de la policía para recibir más instrucciones.

Desde el ataque a Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941, nuestra vida próspera y pacífica en un pueblo (irónicamente) en las costas del océano Pacífico, no era la misma. Muchos blancos habían dejado de hacer negocios con nosotros, y nuestros niños regresaban de la escuela con moretones y con las ropas rasgadas.

—Disculpe, oficial, pero todos en mi familia somos ciudadanos de los Estados Unidos; todos nacimos aquí. Usted me conoce de toda la vida.

—Lo siento, pero las instrucciones son claras: no se hace distinción entre nipones extranjeros y nativos.

—¡Pero los Estados Unidos también le declaró la guerra a Alemania e Italia! —grité molesto. Tras una breve pausa, y alzando la voz en un tono amenazante, que nunca había usado en mi vida, inquirí—: ¿Por qué no le pide a los descendientes de alemanes e italianos lo mismo?!

—Las instrucciones no dicen nada sobre los ciudadanos de origen alemán o italianos, así que: ¡cálmese, cállese, y firme el recibo de la notificación!; o lo acuso de obstrucción a procesos oficiales en tiempos de guerra.

Ante la amenaza, me calmé, me callé y registré los nombres de todos los miembros de mi familia (aunque después supe, que ya los tenían; el gobierno quería corroborar quiénes ocultaban información).

—Preséntese a tal hora en tal lugar con todos ellos, y recuerde: sólo pueden llevar una sola maleta...

Nuestro apellido se había convertido en un número. Regresé cabizbajo a la casa con diez etiquetas; todas iguales. Debíamos adjuntar unas a cada pieza de equipaje, y otras colgarlas de las solapas del abrigo que debíamos llevar. A partir de entonces, se nos conocía como la familia número tal. Perdimos nuestra identidad, nuestra privacidad y nuestra dignidad.

Tras esos días siguió un período de incertidumbre y ansiedad devastadora.

El último aviso para la evacuación llegó con tan solo cuatro días de antelación.

—Tienen cuatro días para liquidar todas sus propiedades...

—¿Y mi finca? ¿Mi casa?

—Pueden alquilarlas o venderlas.

Bajo las circunstancias, tuvimos que deshacernos de nuestros negocios, de nuestros hogares, y de nuestras posesiones a precios absurdos. Todavía me cuesta trabajo describir el sentimiento de desesperación y la humillación experimentada por todos nosotros cuando vimos a los caucásicos venir a nuestras casas y mirar nuestras pertenencias como si fueran basura, y que nos ofrecieran monedas, sabiendo que no teníamos más remedio que aceptar lo que ofrecían, porque no sabíamos lo que nos deparaba el futuro.

El día que nos marchábamos, tras enterrar bajo la sombra de este árbol mi *tantō* y la catana que sostienes, como nadie quiso comprar nuestra casa, intenté quemarla. Cuando ya estaba vertiendo un tanque de gasolina sobre ella, tu madre me pidió, que por favor, no lo hiciera, *tal vez alguien puede utilizar esta casa, somos personas civilizadas, no salvajes; como ellos...*

Por muchos años habíamos hecho maravillas en las tierras de cultivo en los tres estados de la costa del Pacífico. Poseíamos cerca de una quinta parte de las fincas. El valor aproximado por acre de una finca de blancos

en Oregón, Washington y California era una octava parte del valor de una de nuestras fincas; gracias a los grandes cantidades de cultivo de frutas, verduras, plantas de vivero y otros cultivos especiales que crecían en nuestras bendecidas tierras. Pero por la maldita guerra, tuvimos que vender nuestras tierras por casi centavos por cuerda y desalojar en cuestión de días. Algunos de los que lograron arrendar sus propiedades nunca recibieron el dinero de los alquileres. Otros fueron engañados por sus inquilinos blancos, que vendieron nuestras propiedades como si fueran suyas. Un cultivador de fresas pidió un aplazamiento de su evacuación, para poder recoger su cosecha, y cuando le fue denegado el permiso, se molestó de tal manera que pasó con un tractor sobre los cultivos. Al día siguiente, el FBI lo acusó de un acto de sabotaje y terrorismo y lo encerraron en la cárcel. No supimos nada más de él, ni de muchos otros del pueblo que supuestamente vistieron con uniformes de militares japoneses para intercambiarlos como si fueran prisioneros de guerra por unos marinos blancos...

En el día de salida pautado, los evacuados (así nos llamaban) nos encontrábamos hacinados en grupos de unas quinientas personas en las estaciones de ferrocarril y de autobuses. Llevábamos nuestras etiquetas numeradas y los equipajes que contenían las pocas pertenencias que habíamos preparado entre el miedo y la desesperación de no saber a dónde íbamos.

Policías militares fuertemente armados, y soldados con perros patrullaban los coches de tren y los autobuses.

Puedo recordar con claridad la difícil situación de muchos ancianos (algunos en sillas de rueda), y de muchos niños huérfanos hacinados en los trenes. No sé porqué, pero sobre todo recuerdo a una joven pareja con cuatro niños. Tal vez los recuerdo porque eran un espejo de nuestra familia: la madre tenía dos de sus niños asustados aferrándose a las mangas de su abrigo. En sus brazos, llevaba dos bebés llorando. El padre cargaba las maletas de todos, y llevaba pañales y otros objetos para los bebés atados a su espalda. Nos embarcaron en autobuses y trenes con las ventanas oscurecidas para que no pudiéramos ver hacia dónde nos dirigíamos. Las mujeres y los niños lloraban. Algunos hombres se

tapaban el rostro por la vergüenza. Fue tanto lo que dejamos atrás ese día, pero, lo más valioso que perdimos fue la libertad.

Finalmente llegamos.

Mientras nos bajábamos de los coches y los autobuses, había dos líneas de soldados con fusiles y bayonetas que nos gritaban toda clase de obscenidades. Estábamos abrumados por la amargura y cegados de ira, pero no podíamos ni siquiera mirarlos a las caras por el miedo a que se atrevieran a dispararnos. La mayoría de los evacuados guardábamos silencio, aturcidos. Muchos llorábamos. Alguien reconoció el lugar. Estábamos en la pista de carrera de caballos de Santa Anita. A cada familia se nos asignó un reducido espacio en los establos y cobertizos de caballos, equipados con camas, mantas, almohadas y un insoportable olor a estiércol. Había tres grandes comedores improvisados donde más de dos mil prisioneros hacíamos fila con platos y tazas sucias, para que nos sirvieran una comida atroz; que para colmo, debíamos pagar.

Hacíamos fila para los controles de cateo (que eran constantes), para las comidas (que eran horribles), para los insultos por parte de los soldados (que he preferido olvidar), para usar las letrinas, para ducharnos, para llorar a escondidas; para todo.

Los inodoros eran comunales y sin compartimentos individuales. Una pared improvisada separaba las duchas asignadas a los hombres y las mujeres. Recuerdo cuando una mujer se quejó de que algunos soldados subían a la partición para masturbarse mientras las miraban desnudas, un oficial le respondió sarcásticamente:

—¿Está segura que las mujeres no son las que están subiendo por las paredes para que las miren?

El esposo trató de defender el honor de su mujer pero no supimos nada más de él. Así como muchos otros que se quejaban del trato y reclamaban sus derechos: lo acusaron de ser un espía y lo desaparecieron. Yo estaba cansado pero, ¿qué habría sido de mi familia sin mí protección? No podía hacer nada. Debía guardar silencio.

Varias semanas después, comenzamos a ser transferidos a distintos campos de concentración permanentes. La mayoría estuvimos presos (aunque algunos digan lo contrario) hasta después que finalizó la

segunda guerra mundial. Para el 1 de noviembre de 1942, éramos más de cien mil prisioneros japoneses detrás de alambradas de púas en campos de concentración en seis estados del oeste de los Estados Unidos sólo por motivos raciales, y por absurdos argumentos de una imperante necesidad militar; campos de concentración donde violaron nuestros derechos inalienables de los que supuestamente gozamos todos los ciudadanos estadounidenses.

Muchos desaparecieron (en especial las mujeres), y, de más está decir, que algunos hombres saludables aparecían muertos en circunstancias extrañas. Nada decíamos. Nada podíamos hacer. Nada...

¿Podría ocurrir tal cosa otra vez? No sé, espero que no; y después de hoy no lo sabré...

≡(san)

En la década de los ochenta, el presidente Ronald Reagan, firmó una ley que le proveía una recompensa de veinte mil dólares a cada sobreviviente de los campos de concentración en suelo americano, y, más significativamente, una disculpa sin precedentes hacia nosotros de parte del Gobierno de los Estados Unidos; disculpa, que mi padre no pudo recibir, porque un día como hoy, regresamos al pueblo dónde vivíamos, y recorrimos juntos las áridas tierras de lo que antes de la guerra había sido nuestra próspera finca. Cuando llegamos a un árbol fosilizado que parecía un cadáver bajo el sol, mi padre se arrodilló, y usando sólo sus manos, desenterró este *tantō* y esta hermosa espada (que había sido de su padre y del padre de su padre), y me la entregó con reverencia tras hacerme la misma historia que te he narrado. Aún tengo el fresco recuerdo de su sangre derramada cuando se abrió el vientre (así como haré dentro de un rato) porque no podía vivir un segundo más con la vergüenza y la deshonra de haber permitido esas injusticias sin haber luchado. Espero que nunca olvides la grandiosa narración de mi padre sobre la historia que vivieron los ciudadanos estadounidenses descendientes de nuestra nación archipiélago. Historia, que es muy parecida a la de tu pueblo, con la notable diferencia que nosotros estuvimos pocos años presos en un campo de concentración, y los de tu nación archipiélago llevan más de un siglo sin hacer nada...

Ahora, mi querido *haisbakunin* puertorriqueño, agarra esta catana, que ha llegado mi momento de morir.

El poder de su mirada

Por Zulma I Quiñones Senati

Cuando dio el último pincelazo, Maksym miró con satisfacción la obra. Había trabajado en ella mucho tiempo, pero bien valía el esfuerzo. Unos ojos oscuros y juveniles, que se ocultaban bajo un velo negro, finísimo y transparente, miraban con odio los metales retorcidos de donde salían fragmentos humanos ensangrentados y cuerpos desmembrados tirados por el suelo. La imagen de la “kamikaze”, la jovencita que perpetró el atentado en la estación del metro Lubyanka en Moscú, de alguna manera se apoderó de su mente. Ahora, nueve meses después del estallido, había finalizado el acecho. Había dado a luz una obra que plasmaba la hermosura paradójica del terror y la muerte. Cubrió el cuadro sobre el caballete y salió a la calle.

El atardecer plomizo apenas dejaba ver los rayos del sol poniente sobre el puerto de Odessa. Miró el mar morir en la orilla con su vaivén rítmico. Había pintado muchas veces aquel paisaje, pero no había comparación con el que acababa de pintar. Cada cuadro es como un hijo, se aseguró. Subió al automóvil y tomó rumbo a las afueras, donde Svitlana lo esperaba. Pensó en sus cabellos rubios y alborotados, el rostro ovalado y perfecto, la mirada penetrante que refleja la profundidad del mar y la sonrisa con dos hoyuelos en las mejillas. La imagen de la mujer llegó a su mente como una pintura fresca, acabada de plasmar en la tela. Fue aquella sonrisa perenne lo que lo cautivó y por fin lo sacó del mundo de los solteros. Se habían conocido hacía tres años. La escritora en ciernes tenía entonces veinticinco y él le llevaba unos siete. Desde entonces aquel rostro lo acompañaba. Le daría la noticia: su cuadro estaba terminado. Llegó más temprano que de costumbre. Al abrir la puerta los brazos se enroscaron en su cuello. Svitlana, menuda y delgada, se puso en puntas para darle un beso largo.

— Te tengo una noticia, he terminado el cuadro.

—¿Entonces ya puedo verlo, Maksym?

—Seguro. Mañana te llevo al estudio.

— ¡Bravo! Pues yo te tengo otra noticia, —dijo ella con una mirada traviesa. —Terminé la novela.

—¡Wow! ¿Ya puedo leerla?

—Claro, tan pronto yo vea la pintura, — dijo riendo con aquella forma de ahogo que se producía cuando la risa le brotaba espontánea.

Ella, como Maksym, pintaba: él, pincel en mano, y ella con la palabra. Cada uno, sin embargo, tenía su espacio, y aunque compartían casi todo, trabajaban individualmente en sus obras para que cuando estuviesen concluidas, el otro fuese el primero en verla y opinar sobre la misma. Había comenzado a escribir desde sus años de estudiante en la Universidad Nacional de Odessa. Sus obras habían llegado a muchos y su nombre ya sonaba como narradora joven en su país. Hacía casi un año había comenzado a escribir su primera novela.

Al día siguiente, a media mañana llegaron al estudio. Maksym le pidió que se diera vuelta. Svitlana se puso de espaldas hasta que él le indicó que podía mirar.

—¡Dios mío, Maksym! ¡Tiene vida! Es magistral y trágica. De solo mirarla me parece que la maldad tiene ojos. ¿Cómo la llamaste?

—*La furia del amor.*

—¿Por qué si lo que se observa es muerte? ¿Cómo puede el amor ser tan cruel?

A veces usamos su nombre para justificar lo que no es. La jovencita que se inmoló y mató a tantas personas vengaba la muerte de su esposo en nombre del amor.

—¿Pero hasta cuando el ser humano seguirá mordiendo al hermano, matando al prójimo, odiando a sus pares? Tiene que haber una solución. Tu cuadro es una realidad latente, una página más de nuestro mundo actual.

—Svitlana, el futuro ya no es incierto, más que nunca, es aterrador. La violencia impera.

—Veo algo siniestro y perturbador en los ojos de esa chica, Maksym.

De regreso a la casa los ojos almendrados y cargados de furor del lienzo perseguían a Svitlana. Había una chispa de maldad en el fondo de aquella

mirada que no podía descifrar. Esa noche, en sus sueños el velo pareció cernirse sobre ella. En la mañana puso su novela en las manos de Maksym. Un par de días después él había devorado la lectura.

— Me gustó tanto que detuve todo lo que hacía en el estudio para disfrutarla, Svitlana. Creo que tiene madera de ganador en algún certamen. No dudes en enviarla.

—Pues me alegra que opines así, porque acabo de enviarlo a varios concursos.

—Así me gusta. Siempre he pensado que serás una de las grandes figuras en la literatura. Mi escritora favorita, algún día tendré en casa un premio Nobel.

—¡Ah, cariño! Tu opinión es muy valiosa, pero demasiado parcializada. Cuéntame qué has hecho con *La furia del amor*?

—Pues lo conservo en mi estudio. Creo que por ahora no lo venderé. Me parece tan real, único. Me gusta observarlo, tenerlo cerca mientras trabajo en otros. Será como mi amuleto.

—La verdad es que es magnífico, pero ya te he dicho que me asusta de él. Son los ojos. —Tranquila, Svitlana. Conmigo estás a salvo.

—Sí, lo sé. Abrázame siempre fuerte.

Un mes después una llamada de un número desconocido la tomó por sorpresa. Esperó a que Maksym regresara y preparó una cena especial para recibirlo.

—Me parece que celebramos algo. ¿Me dices?

—Sí, cariño. Tenías razón. Premiaron mi novela. Voy a Moscú a recibir el premio.

—Lo sabía, Svitlana. Mi esposa es la mejor escritora. Te felicito. Lo que no me gusta es quedarme unos días sin ti.

—Será sólo un fin de semana. Ya verás que de inmediato regreso. La premiación será en dos semanas. Me han pagado los gastos.

Esa noche fue mucho más apasionada. Svitlana se aferró a Maksym toda la noche y juntos navegaron en el mar de caricias, se perdieron en la oscuridad de la noche y encontraron miles de puntos donde el placer se reproducía con mayor éxtasis. Ella estaba excitada por su logro. Sabía que era sólo el inicio que le llegaba temprano, él sabía que había que

dejarla volar, porque seguramente el suceso se repetiría muchas veces a lo largo de sus vidas.

Preparó cada detalle del viaje. Haría escala de una noche en Viena. Llegaría a las tres de la tarde del día siguiente a Moscú, donde se encontraría con Tatiana, una amiga de la universidad que hacía mucho tiempo no veía. Ella la recogería a su llegada a Domodédovo. Maksym la llevó al aeropuerto. En el último momento se volvió a mirarlo y le tiró un beso. Llamó desde Viena y le aseguró que lo llamaría tan pronto como llegara a Moscú.

Tuvo un buen viaje. Al llegar al aeropuerto avanzó para encontrarse con Tatiana. Ya estaba casi fuera cuando una mujer vestida de negro abrió la cartera. Al otro lado Tatiana fue arrojada contra la pared junto a un gran número de personas que esperaban encontrarse con los pasajeros que recién llegaban. La explosión se escuchó por todo el aeropuerto. Había más de un centenar de heridos, confusión y caos. Treinta y cinco muertos en atentado en Domodédovo, decía la noticia que recorrió la red a los pocos minutos y que Maksym leyó con estupor en su estudio. Se cree que una viuda del Cáucaso norte fue la “kamicaze”. Unas horas después supo lo que presentía, Svitlana estaba entre los muertos. Desde el lienzo, bajo el velo, unos ojos malévolos lo miraron con odio y satisfacción.

Escuela Superior Primer Premio

El Régimen de la Abuela

Por: Alexandra T. Espinal

El nombre de la abuela era Luisa Antonia Matos. Nació en Bolivia en el año 1921, y según ella, la vida era una fiesta. Me llamo Antonella Caballero Matos, en honor al segundo nombre de mi abuela. Ésta es la primera razón por la cual no me caía bien la vieja. Gracias a ella, tenía el nombre más raro en la academia. Por alguna razón, la vieja insistió en que su primera nieta llevara su nombre, y mis padres, quienes no tenían

mucha fuerza de voluntad, sugirieron el nombre Antonella. Nunca había conocido a la abuela; mis padres solamente me habían dicho su nombre y su año de nacimiento. Nunca hablábamos de ella y nunca la había visto ni en fotos. Recuerdo preguntarle a mi madre una vez sobre ella, pero solo me dijo que la abuela era de carácter difícil. Mis padres y yo vivíamos en una casa grande, y nada nunca nos hacía falta. Mi madre, Lucía Matos, era una diseñadora de casas y la nuestra siempre estaba a la moda. Mi padre, Marcos Caballero, era un arquitecto. Era hija única y así me gustaba.

Mis padres viajaban constantemente a causa de sus empleos. Los dos trabajaban juntos remodelando y rediseñando casas. Usualmente se iban por una semana o dos y me dejaban con Vanessa, una estudiante universitaria de veinte años cuyos padres conocían a los míos. Me acuerdo muy bien de un viaje en particular. Mi madre y mi padre se iban a Portugal por cinco días. Era relativamente poco tiempo y con Vanessa el tiempo se iba volando. Mis padres nunca se ponían nerviosos al viajar, pero la mañana de irse, los noté asustados. Me pareció raro, pero no le di mucha importancia. Les dije que no se preocuparan, que todo saldría bien, que Vanessa y yo siempre nos las arreglábamos. Me miraron los dos con una cara de pánico, y en eso, sonó la campana. Se pararon mis dos padres al unísono, pero ninguno se movió. “¿No van a abrir la puerta?” les pregunté ansiosa. No se movieron. Había veces que mis padres eran tan torpes. La campana volvió a sonar con más insistencia. Me paré de mala gana a abrir la puerta. “Ya va Vane, tranquilízate que me estoy parando,” grité a la persona del otro lado de la puerta. Pero al abrir la puerta, gran sorpresa me llevé...

Frente a mí, había una mujer arrugada con pelo tintado de rojo; parecía una nube en fuego. No podía medir más de cinco pies. Tenía unas maletas gigantes, de un color púrpura asqueroso. La bata que tenía puesta parecía un trapo de limpiar. Tenía unas pantuflas de color azul que no le combinaban con nada. Se notaba que no se sabía maquillar, pues parecía una payasa de circo barato. Les eché una mirada a mis padres. Seguían petrificados. “Inútiles...” me murmuré a mí misma. La vieja me seguía mirando con una sonrisa. Respiré hondo, la miré y le dije “oiga señora, creo que tiene la casa equivocada.” La vieja echó una

carcajada y miró a mis padres. “Pero oigan si que es simpática la pulga esta,” dijo de muy mal gusto. Miré a la vieja con una cara amenazante. “¿¡Oiga, quién se cree que es usted para llamarme pulga a mí!? ¿¡A caso no sabe quién yo soy!?” le dije en un tono rabioso. La vieja me miró con una cara aún más amenazante. “Escúchame una cosa, chiquilla. Cuando te vayas a dirigir a mí, me hablas con respeto y me llamas abuela. Ahora no seas malcriada y lleva mis maletas a mi cuarto.” Miré a mis padres con una cara de horror. Mi madre evadió mi mirada. Mi padre me miró fijamente a los ojos y no me pudo negar. “Ésta es tu abuela Luisa,” me dijo con una voz que no se podía ni escuchar.

No sabía exactamente cuando tiempo había pasado. Solo estaba segura de que la abuela había entrado a mi casa, había cogido a mi padre por el brazo y le había ordenado que la dirigiera a la cocina para prepararle un té. Estaba petrificada frente a la puerta que ya estaba cerrada. Las dos maletas purpuras de la abuela estaban a mis pies. Sentía la mirada de mi madre caer a mis espaldas, pero no me atrevía a mostrarle mi cara. “Anto, mi niña,” dijo mi madre con una voz que no se parecía nada a la suya, “Vanessa no podía venir a cuidarte. Tenía demasiadas tareas que hacer de la universidad y se estaba quedando en casa de una amiga.... La abuela se ofreció a venir por unos días a velar por ti.” “Me puedo quedar sola. Ya tengo los quince años de edad. No necesito que la abuela me cuide,” le contesté en un tono de voz que ni yo reconocía. “Mi amor, por favor, entiende. No te podemos dejar sola por cinco días, ni siquiera vamos a estar en el continente. No tenemos tiempo para cambiar de planes ahora. Lo hecho, hecho está y no se puede cambiar. Ahora no seas malcriada y lleva las maletas de la abuela al cuarto de visita.” Mi madre se alejó cautelosamente de mí y se dirigió a la cocina, donde se encontraba el diablo en persona tomando el té.

No me fui a despedir de mis padres cuando se fueron de la casa. Me tocaron a la puerta varias veces, pero me hice la dormida. Podía escuchar la voz de la abuela decirles “deja a la pulga quieta, ya veras que durante estos días la pondré derechita.” Miré desde mi ventana cómo se alejaba el carro de mis padres, y entendí que estos iban a ser cinco días muy largos. “Sal de tu cuarto ahora mismo carajita, que sé que no estás durmiendo,” escuché a la abuela gritar desde el otro lado de la puerta.

Pensé en ignorarla, pero su voz amenazante volvió a retumbar. “Dije que salgas ahora.” Me paré de mala gana de la cama y abrí la puerta rápidamente. “¿Qué quieres?” rechiné entre dientes, “estoy tratando de dormir.” La abuela se quitó sus anteojos y parpadeó unos ojos color verde azulados, igual a los míos. “Quiero que dejes de ser una carajita malcriada y me vengas a ayudar con la cena, a menos que quieras morir de hambre en estos próximos cinco días.”

La abuela cocinó papas majadas y vegetales hervidos. Durante la preparación de la comida, la vieja enfatizó que papas y vegetales era su combinación preferida y le gustaba comerla frecuentemente. Después de eso, no volvió a dirigirme la palabra durante toda la cena. Luego de terminar de comer, la abuela reclinó su silla hacia atrás y puso sus brazos detrás de su cuello, como si se fuese a dormir. “¿Tienes novio, chiquilla?” me preguntó. La miré con una cara de incredulidad que gracias a Dios ella no llegó a reconocer. “¿Qué carajo le importa si tengo novio o no?” La abuela soltó una carcajada. “Eso me suena como un sí.” Sentí que los cachetes se me tornaban un rojo pálido. La realidad es que sí tenía novio... más o menos. Se llamaba Alejandro Dante, y no éramos novios en verdad, pero éramos muy buenos amigos y realmente me gustaba mucho. “Me voy a dormir,” le contesté, para escapar de la situación en la cual me encontraba. La abuela se volvió a incorporar. “No lo creo, pulga. Todavía no te has comido tus vegetales. Y me tienes que ayudar con los platos.” Me di una media vuelta y miré a la abuela directamente. “Primero que todo, le informo que no como vegetales. Y segundo, no me va a ver a mí lavando un plato en esta casa, y mucho menos para viejas como usted.” Me voltee rápido para no tener que escuchar más tonterías de la vieja, pero lo que escuché no fue lo que me esperaba. La abuela comenzó a reírse, levemente al principio y luego completa y ruidosamente. No comprendía por qué se reía. “No encuentro nada gracioso, vieja,” le dije. La abuela no paró de reír. Cuando finalmente cesaron las carcajadas, la abuela se puso seria y me miró directamente. “Pues fíjate niña, tenemos un problema muy, pero muy serio. Ves, si no comes vegetales temo decirte que sufrirás de malnutrición durante estos cinco días, y segundo, a mí no me vas a ver lavando platos en esta casa, y mucho menos para carajitas como tú.”

Tuve que comerme el plato de vegetales. Entero. Hasta el tallo del brócoli. Y luego tuve que fregar mi plato. Y el de la abuela. Y la olla y la cacerola. Y los vasos y los cubiertos. Durante todo este suplicio, la abuela estuvo echada en el sofá, viendo la telenovela *Romances del Pasado*. Luego de acabar con los platos, me retiré a mi cuarto sin dirigirle ni una palabra a la abuela. Al llegar a mi cuarto y verificar mi celular, vi que tenía nueve llamadas perdidas. Ocho eran de mis padres y una era de mi mejor amiga, Mariana. Decidí llamar a Mariana primero. “Mariana, ¿qué pasa?” le pregunte tan pronto contestó. “¿Me puedo ir a tu casa? Mis padres ya me dieron permiso. Es de suma importancia, Anto.” Cuando Mariana decía que algo era de suma importancia era porque se había enterado de algún chisme caliente. Pensé en pedirle permiso a la abuela antes de invitar a alguien a la casa, pero decidí que a la abuela no le importaría si Mariana se quedaba a dormir. Luego de colgarle a Mariana comencé a marcar el número de mis padres, pero nunca los llegue a llamar. Todavía no los había perdonado por abandonarme con una vieja loca. La campana sonó abajo. Fui corriendo a abrirle la puerta a Mariana, pero llegué muy tarde: la abuela ya había aterrizado frente a la puerta.

“¿Y quién es ésta?” preguntó la abuela. Mariana miró a la abuela con disgusto. “Ésta es mi amiga Mariana. Se va a quedar a dormir,” contesté, sin cuidado. La abuela estrechó los ojos. “¿No crees que debiste de haber consultado conmigo primero?” La miré atentamente. “No, realmente no me cruzó por la mente,” le dije, provocándola. Pensé que la abuela echaría a Mariana de la casa, pero sus próximas palabras me sorprendieron. “Está bien, pero se acuestan antes de la una de la mañana. ¿Lo entiendes?” “Perfectamente,” respondí, tomando a Mariana por el brazo.

Tan pronto nos encerramos en mi cuarto, Mariana comenzó a brincar. Ella era una persona con mucha energía. Se podría decir que era mi opuesto, tanto en aspecto físico como en personalidad. Yo lucia pelo largo color azabache, muy lacio, con ojos verdes azulados. Mariana, en cambio, tenía unos rizos rubios salvajes y unos ojos color miel. Yo era una persona calmada, tímida, tranquila. Mariana era robusta, salvaje y energética. Aun así, habíamos sido mejores amigas por años. Mariana no paraba de saltar y relinchar. De pronto, se puso seria y me miro con ojos

anticipantes. “Antonella, algo increíble sucedió hace dos horas y treinta minutos. Alejandro se dejó de Marcia.” Mi corazón saltó de mi pecho. Alejandro Dante, el amor de mi vida, era soltero. Su novia de dos años, Marcia Lupe, ya no era su novia. Nunca le había dicho a nadie, ni siquiera a Mariana, pero ya llevaba meses rezando porque rompieran. Alejandro era demasiado bueno para una chica tan descuidada y pobre como Marcia Lupe. Me encontré saltando y relinchando con Mariana. Ni ella ni yo podíamos creer mi buena suerte. Mariana se puso seria una vez más. “Eso no es todo, amiga. Hay una fiesta esta noche en casa de Bianca Soltero y estoy segurísima que Alejandro va a estar allí.” Yo también estaba segura que él estaría allí, pero eso era porque ya le había preguntado a Bianca. “Antonella, tenemos que ir a esa fiesta,” dijo Mariana. “Por favor, Mariana, no ha pasado ni un solo día desde que se dejaron. Dudo que Alejandro esté buscando una novia ahora mismo.” Mariana me tomó por los brazos y me sacudió. “Antonella, ¿es qué no entiendes? Alejandro está en demanda. Si no lo reclamas tú, lo va a reclamar Bianca o María Cristina y cuidado si Marcia trata de atraparlo otra vez.” Me logré escapar de entre los brazos de Mariana por unos segundos. “Mari, yo no quiero conquistar a Alejandro, yo quiero que él me conquiste a mí. No pienso estar detrás de nadie como una colita.” Mariana gritó de la frustración. “¡Pero si no vamos a la fiesta nunca podrá conquistarte!” En eso escuchamos a la abuela gritando. “¿Por qué gritan tanto? ¡Cállense la boca y déjenme dormir!” Mariana y yo quedamos petrificadas. De momento, nos comenzamos a reír a carcajadas. “Tu abuela se va a dormir ahora,” dijo Mariana entre risas. “Nos escapamos por tu ventana y regresamos antes de que amanezca. La vieja nunca se enterará.” En contra de mi voluntad, accedí. Sabía que si le pedía permiso a la abuela nunca me dejaría ir, y Mariana tenía razón: Alejandro no estaría soltero por mucho tiempo. Saldríamos a escondidas por un rato y luego regresaríamos por donde salimos. La vieja nunca se tenía que enterar.

Luego de vestirnos y embellecernos, Mariana y yo abrimos la ventana silenciosamente. Mi cuarto estaba en el segundo piso, pero la distancia entre la calle y la ventana no era mucho. Mariana brincó primero. Ella practicaba gimnasia y ballet, así que el brinco para ella no

fue nada del otro mundo. Para mí fue todo lo contrario. “¡Acaba y brinca! No seas miedosa, Anto. Te prometo que te voy a coger.” Con todo y eso, simplemente no podía brincar. Siempre le había tenido temor a las alturas. De momento, escuchamos un ruido aterrador. “¿Y a dónde creen que van?” Detrás de Mariana estaba la abuela, vestida con nada menos que con una bata púrpura. Mariana se viró, y al ver a la vieja salió corriendo. Vivía solo unas cuantas calles detrás de la mía, así que no tuvo que correr mucho. Mi primer instinto fue brincar, atrapar a Mariana, gritarle cobarde y miedosa, pero luego de unos segundos comprendí que yo también hubiese corrido si la abuela se hubiese parado detrás de mí así. Tengo que admitir que la vieja se veía aún más aterradora de noche. Me encontraba sentada en el marco de la ventana y no me podía mover. El miedo me había helado de pies a cabeza. Estaba lista para volver a entrar a mi cuarto cuando la voz de la abuela interrumpió mi pensamiento. “No, no. Tú querías escapar y brincar por una ventana, y lo vas a hacer.” Miré a la abuela, confundida. La vieja soltó una carcajada. “Ni te creas que vas a regresar a la casa por tu ventana. Vas a brincar.” Las lágrimas se me salieron de los ojos. Sabía que la vieja no me dejaría en paz hasta que brincara. “Brinca. ¡Ahora!” gritó la abuela. Ese último grito fue suficiente para hacerme perder el balance. Caí de la ventana a la calle abruptamente. La abuela comenzó a reírse. Eran las doce de la madrugada, hacía frío y me dolía el tobillo. Comencé a llorar. “¡Mira lo que has causado! Me he fracturado el tobillo. Cuando mis padres se enteren te demandarán.” La abuela se ríe aun más fuerte. Me encontraba tirada en medio de la calle y no me podía mover. Me sentía frustrada y agobiada. “Tranquilízate pulga, que nada está roto. De seguro solo te lo doblaste,” dijo la abuela, agarrándome por los tobillos y arrastrándome hacia la casa. “¿Qué estás haciendo? ¡Eso me duele! ¡Me vas a arruinar mi vestido!” grite entre llantos. La abuela me soltó los tobillos. “¿Prefieres quedarte en medio de la calle para que te pise un carro?” preguntó la abuela. Sabía ya muy bien que la vieja era capaz de dejarme tirada en la calle, así que me callé la boca y dejé que la vieja me arrastrara hasta llegar dentro de la casa.

Con un poco de dificultad, la abuela me colocó en el sofá. Me buscó hielo y me lo puso en el tobillo herido. Luego se sentó en la silla

frente al sofá y se sonrió. “Esto es todo tu culpa,” le dije a la abuela. “Yo no era la que me trataba de escapar,” contestó la abuela. Me reí sarcásticamente. “Si tú no hubieses llegado a mi vida con tus maletas púrpuras y tu pelo en fuego, nada de esto hubiese ocurrido.” Luego de esto, la abuela se mantuvo callada por mucho rato. “Sabes, realmente creo que eres una niña muy malcriada,” dijo la abuela. “Pues déjeme informarle que es la única que piensa así,” le dije, agitada. No podía creer que esta señora que ni me conocía me estaba llamando malcriada. ¿Quién se creía ella para reprimirme a mí? La vieja soltó una carcajada. “¡Pero, realmente vives en las nubes, chiquilla! Déjame darte un consejo: deja de creerte tus propias mentiras o te quedarás sola en el mundo.” Con gran esfuerzo, logré incorporarme. “¿Y qué sabe usted de mentiras y soledad?” La expresión de la abuela se torno grave: “Me recuerdas tanto a mí,” dijo solemnemente. “Lo único que te falta es una nube en fuego sobre la cabeza.” Al decir esto, la vieja comenzó a reír a carcajadas. “¿¡Acaso se está atreviendo a compararme con usted?!” le dije, amenazantemente. La expresión de la abuela volvió a cambiar. “Hazme el favor y cállate la boca ya. ¿Qué tal si respiras hondo y te calmas? A los quince años no tienes por qué estar tan agitada.” Estaba preparada para gritarle unas cuantas cosas a la abuela, pero esta siguió hablando. “A tu edad yo era igual que tú. Rebelde, presumida, intolerable. Realmente nadie me aguantaba. Claro contigo es diferente, a ti te aguantan porque te tienen miedo.” Me quede callada. Nunca nadie me había hablado así. Me puse a reflexionar y entendí que tal vez a vieja tenía un poco de razón. La abuela me sonrió. “No te preocupes niña, todavía tienes bastante tiempo para cambiar tu actitud,” me dijo, como si hubiese leído mi mente. “La vida es una fiesta, chiquilla, disfrútala.” Luego de esto, la abuela se paró y se fue a su dormitorio. Me dejo sola en el sofá esa noche.

Ésa fue la primera y la última vez que me cuidó la abuela. Esos cinco días se pueden describir como una batalla entre una fuerza imparable y un objeto inmóvil. Mis padres regresaron y todo volvió a la normalidad. Alejandro Dante volvió con Marcia Lupe. Nunca llegué a ser su novia. Mariana y yo nunca intentamos de escaparnos de mi casa otra vez. Nada cambio... bueno, algo sí cambio. Cada vez que mis

padres me decían que se iban en un viaje, una parte de mí quería que Vanessa estuviese muy ocupada. Una pequeña parte en lo más profundo de mí quería que se apareciera en mi casa una vieja con una nube en fuego sobre su cabeza. Solo para ver qué pasaría. Esto nunca ocurrió. Luisa Antonia Matos murió el 16 de noviembre del 2010. Su lápida leyó así:

“La fiesta continúa arriba.”

Segundo Premio

Banderas, boinas y labios rojos

Santiago Aguado González

“Ese tipo que va al club de golf, si lo hubieras visto ayer dando gritos de ‘yankee go home’, coreando slogans de Fidel.”

-Joaquín Sabina

Felipe nunca bebía champaña porque decía que era una bebida de la alta sociedad, una bebida demasiado aristocrática. Su madre, Raquel, nunca le hizo demasiado caso a esa afirmación y alegaba que el comunismo era simplemente una expresión de la rebeldía de la juventud. Eventualmente, Felipe, que llevaba el apodo de Pipe, aprendió a aceptar la terrible pero irreprochable aseveración que proponía su madre.

La casa de los Rodríguez quedaba en un pueblo remoto cercano al Lago Maracaibo y en ella sólo vivían Felipe y su madre. A menudo, sin embargo, les hacía visita una amiga de Raquel cuyo nombre era algo así como Françoise. Los del pueblo nunca pudimos articular aquel nombre por su pronunciación extraña y delecto aún más particular. Franci, como le llamaba Raquel, vivía en la capital, Caracas, pero visitaba a los Rodríguez cada vez que podía. No es que Felipe y Raquel, fueran poco refinados ni mucho menos, pues eran la familia más adinerada del pueblo, pero su nivel de elegancia no se comparaba con la de Françoise. Siempre vestía los trajes más de moda de los diseñadores más caros. De hecho, según un artículo publicado en la edición del 23 de febrero del año 1956 en el periódico El Nacional, dos años después de graduarse de la universidad, donde fue por cierto que conoció y entabló una enorme amistad con Raquel, Franci era la mujer más elegante del país. Es más,

fueron muchas las veces en que los obreros la confundíamos por princesa de algún país exótico de Europa. Es más, recuerdo haber tenido el honor de piroppearla en más de una ocasión; eso sí, usando un lenguaje algo más rústico que el que ahora empleo para relatarles este cuento.

A Felipe, Franci le caía mal. Su elegancia y aparente exceso de riquezas le causaban náuseas al joven comunista. Sin embargo, durante una de las visitas de Françoise en el año 1964, cuando Raquel y Franci tenían 32 años cada una, el ya maduro Felipe, que cargaba encima la friolera de 15 primaveras, sintió una punzada en la parte baja del vientre cuando se percató de que los ojos de Franci tenían un tono de marrón claro que combinaba perfectamente con sus suaves muslos de color miel. Tanto era su odio hacia miembros vanidosos de la élite social, que Pipe se prometió a sí mismo jamás volver a desear a esa sensual mujer que vestía trajes de seda y usaba perfume francés.

En sus tiempos de ocio, en vez de dedicarse a fumar marihuana y filosofar acerca de ideas ridículas como la fabricación de clones y robots con sus amigos, Felipe buscaba la manera de rescatar a los más pobres de las vidas míseras que llevaban. Había leído las obras de Marx decenas de veces y hecho sacrificios menores. Por ejemplo, durante el desayuno, almuerzo y cena, y aunque él tenía un apetito más insaciable que el de Raquel, Felipe hacía justas distribuciones con su madre de la comida que ésta había preparado. Dividía el número de rebanadas de plátano frito, los vasos de jugo de naranja y hasta granos de arroz en raciones iguales para no sentir que se aprovechaba de su madre, una madre que nunca entendió el afán de su hijo ya que después de la cena Felipe quedaba hambriento y ella pocas veces se terminaba su ración. Sin embargo, Pipe se rehusaba a comerse lo que dejaba Raquel porque le parecía un acto injusto y, peor aún, una metáfora de la plusvalía capitalista.

La mejor amiga de Felipe se llamaba Camila y era de familia cubana. Desde el primer día en que Pipe le habló de su infatuación casi sexual por el Che, ella le recriminó su inclinación comunista. De hecho, más de una vez tuvieron discusiones acaloradas acerca de la revolución. Las discusiones eran tales, que eran necesarios unos cigarrillos y unas cervezas para sosegar la pasión abrumadora con la que hablaban los dos. Durante las largas veladas que compartían, ella constantemente tildaba al

Che de asesino y terrorista mientras que él medía cada palabra que decía para no caer en imprudencias que Camila tomara como insultos por las desdichas que había sufrido su familia en Cuba.

A medida que iban pasando los meses, Felipe se iba enamorando más y más del socialismo científico, que era el eufemismo que usaba la finísima Franci para hablar del comunismo, y se maravillaba con sus símbolos. El brillo de la hoz, la firmeza del martillo, la atracción del rojo, la suavidad de su piel, el color castaño de sus suaves muslos y de sus ojos y la sensualidad de sus piernas. Felipe no podía parar de pensar en Françoise. Cada vez que intentaba juntar oraciones con sentido, recaía en su adicción. Françoise le saboteara todas las ideas. Cuando el joven pensaba en el color comunista no imaginaba ni una bandera, ni una boina, ni una estrella; Felipe sólo imaginaba los labios suaves, gruesos y jugosos de Franci.

Su madre se percató de la tortura que lo agobiaba y le preguntó si estaba bien.

-Estoy bien,- respondió Felipe,- es sólo que el capitalismo me está tendiendo una trampa de las tuyas.

-Ay, Felipito,- dijo ella,- no lo echas la culpa siempre al capitalismo.- y agregó,- El amor no admite partidismos.

-¡No jodas, mamá!- refunfuñó el joven.- ¿Cómo voy a estar enamorado? ¡Por Dios!

Sí lo estaba.

Camila lo adivinó antes que Raquel porque los amigos son así: a veces saben más que las mismas madres.

-Felipe, tú eres todo un rojo,- le decía Camila en tono burlesco.- Rojo de amor, no de comunismo.- y se echaba a reír.- Con tal de que no te hayas enamorado de Sza Sza Gabor...- y seguía riendo.

La mención de Sza Sza Gabor le provocó otra punzada en la parte baja del vientre.

-No jodas, Camila. No te burles de mis principios.- decía Felipe, y murmuraba en tono de negación honesta,- Sza Sza Gabor, por Dios.

A pesar del fantasma que lo torturaba, Felipe seguía asistiendo a reuniones comunistas. Una noche de septiembre, cuando transcurría el año 1970, Pipe estaba en un mitín del partido sociocomunista de moda.

Los líderes y portavoces más reconocidos de la región, entre los que se encontraba Felipe, que a pesar de su temprana edad era ya un distinguido erudito en temas Marxistas, estaban reunidos en una granja aislada. Las varas de madera de las que estaba fabricada la edificación estaban podridas y llenas de termitas. Cabe decir que la estructura parecía a punto de caerse, dándole un aura saturada de incertidumbre y alerta a la reunión.

El primero en hablar fue un viejo bigotudo cuyo nombre se ha perdido en los anales de la historia fracasada del comunismo. Tenía voz monótona pero sus palabras y gestos eran feroces. Hablaba de la revolución inminente y de la fuerza del proletariado. Y fue cuando terminó de hablar el bigotudo y desenrolló una bandera de la Unión Soviética, que Felipe supo que todo estaba perdido.

Lo primero que pensó después de ver aquella alucinación fue que le debía estar fallando la percepción de profundidad. Luego pensó que la luz de la mal iluminada granja provocaba la visión. Descartado eso, imaginó que debía tener alguna partícula de polvo en el ojo que le alteraba la vista. Felipe hasta llegó a considerar que se había vuelto daltónico repentinamente. Pero mientras debatía consigo mismo, estaba consciente de que simplemente buscaba excusas que refutaran del todo, o por lo menos amenizaran, la alucinación que estaba padeciendo. Después de sus 10 segundos de pánico y deliberación personal, Felipe tuvo que admitir que la visión era cierta; y para colmo lo hizo, accidentalmente, en voz alta.

-¡Coño!- exclamó, lleno de vergüenza y sorpresa- ¡La redondez de la hoz soviética es idéntica a la de sus tetas!

Al viejo del bigote no le sentó bien la salida de decoro y se enrojeció hasta tal punto, que la bandera parecía opaca. El cambio en el físico del viejo provocó que el pobre Felipe volviera a pensar en Franci, pero esta vez no en sus senos, sino en sus labios.

-¡No! ¡El rojo no!

Al viejo se le iba a caer el bigote. El resto de los reunidos tomaron a Felipe por loco, perdieron la paciencia, y no dudaron en botarlo de la conferencia.

Esperó afuera a que pasara algún conocido, y ahora eran simplemente “conocidos” porque la camaradería la había perdido una vez dilapidada su compostura dentro de la granja, que le llevara a casa, pero nadie quería llevar a un recién excomulgado en su vehículo. Al percatarse de la tónica y el patrón, Felipe se decantó por caminar a casa. Mientras caminaba, arrastraba los pies y lloraba un poco, siempre con cuidado de hacerlo silenciosamente. Tenía los cachetes colorados, los ojos húmedos y el pelo despeinado. Felipe empezó a sentir las gotas frías que lo amenazaban desde el cielo, pero no recordaba cuándo había empezado a llover. Las lágrimas se le empezaron a mezclar con la ducha que caía, y su llanto se tornaba completamente inaudible. Llegó a un puente y consideró, seriamente, tirarse al abismo. Pero no podía. Las ideas del suicidio se anegaban en una lluvia de banderas, boinas y labios rojos.

Siguió caminando hasta que alcanzó a divisar, entre la neblina que agobiaba a la noche, un bar de mala vida y entró en él porque la ropa empapada empezaba a provocarle escalofríos y las rodillas las tenía entumecidas de tanto caminar. El local estaba más deshecho que la granja, y en él sólo había, a primera vista, dos hombres rascados que contaban y reían chistes mientras hacían ademanes eufóricos. Pipe pidió una cerveza fría y se sentó en el banquito menos roto. A poco rato, cuando iba más o menos por la cuarta birra, se le acercó una mujer y le empezó a hablar en el oído.

-Amor, te he estado esperando toda la noche,- decía la prostituta. Olía a perfume barato y su aliento apestaba a alcohol viejo. Tenía los labios pintados de negro y las uñas, que frotaba contra el oído y la mejilla de Felipe, grises como manchadas de nicotina y quizás hasta alguna otra sustancia.

-Vamos a tirar, cariño.

Y así le seguía hablando obscenidades, cada vez tornándose más vulgar. Pipe añoraba la elegancia y clase de Franci. Mientras la puta le hablaba en el oído y él le hacía caso omiso, Felipe tomaba cerveza tras cerveza hasta que la voz ronca y cansada de la mujer se convirtió en un susurro insoportable. Ya colmada su paciencia, Pipe bebió de un sorbo lo que le quedaba de cerveza dentro de la lata, y se levantó del banquito de golpe.

Empujó a la princesa de saldo y esquina a un lado, se tambaleó hacia la calle y olvidó dejar propina al mesonero.

En un principio, ni se percató de donde estaba. Sólo cuando pasó un camión del aseo a escasos metros de él, fue que se dio cuenta de que había dormido, en posición fetal, en la cuneta de la autopista. Su ropa seguía mojada, hecho que lo llevo a suponer que había seguido lloviendo mientras dormía, y los ojos empezaban a aguársele de nuevo. Felipe quería llorar, no por haber dormido en un rincón de la autopista, sino porque quería una cama cómoda.

-Mírame,- decía entre sollozos,- durmiendo como un maldito vagabundo. Yo, de tan buena familia, durmiendo como un perro malnacido.

Se levantó y siguió su peregrinación en dirección a su casa sin darse cuenta de la barbaridad, que anteriormente nunca se le hubiera ocurrido, que había dicho.

Lo primero que hizo al llegar a su casa fue llenar la bañera de agua cálidamente tibia y agregarle sales terapéuticas de esas que producen burbujas y de las que ni yo ni mi familia hemos podido disfrutar jamás. Después de remojarse por un buen rato, se levantó, caminó hasta su cama, se acostó y se hizo una paja *in memoriam* de Sza Sza Gabor. Terminado el rito, se puso unos interiores de seda que hasta entonces no habían conocido otro ambiente más que el húmedo fondo de la gaveta, levantó el auricular y, perdida la vergüenza, se atrevió a telefonar a Françoise.

2010-2011

Estudiante UPR
Mención

Reverencia multicolor

Por Elaine Tornés Blanco

Un frío omnipresente andaba por los aires de esa luz sofocada de ruido, que deja intacto los detalles del suspiro, para quedar abandonada en laberintos de ideas. Así como nadan los pasos y se ahogan pensamientos, quería encontrar los misterios bajo los velos de lo desconocido. Una vieja voz con la textura del invierno, crujiendo por la inquietud de mis temores, no me dejaba conciliar el sueño.

Lo impresionante que fueron aquellos impulsos jugando con los tejidos de inspiración; nunca he visto pistilos más bellos que las pinceladas del pigmento atractivo, sediento de emoción, reposado en la pared. Desenredé el lenguaje sin palabras que guió mis dedos hacia el decaído pincel, agotado de luchas, triunfante de lecciones.

Aún era oscuro, la tranquilidad de las hojas así lo suponía y las luces parpadeaban para alejar las sombras. Sentada en mi cuarto blanco a solas estaba. Deseaba imponer en esa simple habitación mi cielo, mi mar y mi tierra, plasmando como un cristal lo que absorbían mis profundos ojos claros, en todas las noches iluminadas. No tenía nada más que un par de zapatos viejos, un libro sin terminar hablando sobre una rosa blanca, algunas ropas y mi estuche de pinturas y pinceles, que eran los amigos fieles que ambulaban sin hacer trucos para desaparecer, mis testigos en esa esfera nunca recordada y con la que siempre he vivido.

Siempre me he preguntado si podría ser imán para la felicidad, si tendría la valentía para alcanzar a ser el ser que anhelaba, si lo que estaba viendo no era lo que ocurría en realidad; mas todas las preguntas se quedaron guardadas en mi caja de música, que cada vez que la abro me recuerda los retratos en memoria, prohibidos de borrar. Como si fuesen mis pasos guiados por aquel espíritu infantil cerré sutilmente aquellas dulces melodías, que no dejan de refrescarse en mi mente. A cada minuto se extiende mi senda, pero conservo un espejo para mirar, y no tener que retroceder para ver el mismo paisaje.

En aquella isla, expuesta al viento por el mar, enaltecida de belleza enigmática y calor acogedor estaba yo. Se caía el cielo por los espacios negativos de las hojas, en ese cuadro colorido, con casas rasgadas de historia, presencia y olor, aguardando por mí en el colchón agotado de pensares.

Las calles adornaban de una manera singular la personalidad de la gente al pasar, con bicicletas tan sencillas como las ropas que llevaban. Pero el olor a buenos tiempos se había marchado y pocos podían recordarlo; mientras, se escuchaba lentamente el pasar del reloj fundido en mi oído. Desesperación paciente; inconsciente, ¿por qué el tiempo pasa tan lento? Entre las rejillas oxidadas del balcón veía el mundo pasar por mí sin yo atreverme a tocarlo.

Lo divertido que era jugar con mi vista hasta darle la vuelta a los ondulados ornamentos del estilo español de aquellos tiempos. Todo era en silencio, así se aprende, se siente mejor. De vez en cuando caminaba a la bodega con mi madre en busca de los alimentos asignados. Ese era el momento para mezclarme con la gente, escuchando sus acentos, lamentos, detectando sus defectos, pero más aún sus virtudes. Envuelta entre personas que habitaban en su propia soledad tocando puertas de salida, reclamando un mejor porvenir, riendo como si nunca viniera, y soñando con sustituir sus esfuerzos por una libertad oprimida, encarcelada, y nunca liberada.

Caminaba por aceras recogidas de huellas marcadas, a las que intentaba conocer su identidad, pero sin éxito. Mi madre advertía el derrumbe de cierto edificio cansado de estar de pie, y yo, con curiosidad y ansias compactadas, lograba dibujarlo antes que el estruendo al desplomarse, hiciera polvo la forma colonial que se encuentra ahora en un papel con sus años acuestas, en mi baúl sombrío.

En la penumbra de los días, cambiaba mi voz y me refrescaba frente al ventilador, pan con azúcar era una delicia para mí, no un consuelo de necesidad; una cucharada de chocolate por día, mi regalo de Navidad. Los acontecimientos eran relatos de mundos lejanos; en donde yo estaba, se apartaba todo. Pero era ineludible captar las noticias por el televisor blanco y negro apoyado sobre cuatro frágiles patas, que aún con

su temblor y la interferencia de su pantalla, lograba transmitir la pintura seca de lo que vivíamos día a día.

Por todos lados se veían cartelones enormes con signos de exclamación llenos de coraje, pero con palabras que apenas lograba leer por el movimiento en saltos del auto Chevrolet, color verde de mi abuelo. Tras la triunfante revolución en 1959, el gobierno cubano apoyó movimientos guerrilleros en América y África. Yo, mientras, trazaba y dibujaba; creía en un mundo de hadas intocable por cosas mejores o peores. Ojos abiertos, pero sin encender por completo la llama del conocimiento, que quizás desterrada de mi alcance andaba.

Durante el 1978-1980, Cuba envió tropas a diversos países del mundo, muchos de los cuales, difíciles de pronunciar su nombre por nosotros, -o tan lejanos en el tiempo y la distancia- no los imaginábamos. Noticias de enfrentamientos con las autoridades y conflictos internos formaban parte de la actividad cotidiana. Se pronosticaban cambios, y medidas tales como la racionalización de alimentos y la limitación de expresiones, formaban ya el esqueleto de aplicación de los que muchos huían y temían, mientras otros aplaudían y aclamaban por conveniencia u obligación.

Al apagarse el televisor, las miradas fingiendo que nada pasaba o preocupaba, invadían la casa. Se escurrían por aquellas paredes las esperanzas, que si no se buscaban, jamás llegarían. Esa noche, escuché mirando por el filo de la puerta entreabierta, las voces de mis padres argumentando. Me asomé de a poco y rápidamente me escabullí del final calmado de la discusión; mi habla muda que no entendía, palpaba el camino hacia mis sábanas grisáceas, en donde me decidí aquella noche a espantar siluetas de brujas fabricadas por mi imaginación en el techo de madera, sin sospechar lo que sucedería después.

Luego de la caída de varias lunas, llegó esa mañana sin sol, mojada hasta la última palma, en la cual el sonido ensordecedor de mi corazón advertía una verdad repleta de angustia, una revelación que encogió mi alma y apretó mi llanto, con muchos meses de espera que me llegaron inesperados.

Mientras abría con agitación cada puerta, y sorprendía toda habitación agujerada por goteras, me di cuenta que mi padre no estaba. Antes de gesticular palabra, mi madre me arrulló en sus brazos y me dijo con su voz clara y protectora que él se había ido, pero que pronto regresaría. Porque como tantos padres e hijos tuvo que marcharse hacia lugares enajenados por mí.

Pendiente a la ventana y alerta a cada movimiento preparaba mi mejor sonrisa con pocos dientes para mi padre. Había hecho miles de dibujos esperando por sus ojos llenos de satisfacción y orgullo, practicaba con mi único juguete, un *bula hoop* torcido, varios movimientos capaces de impresionar a cualquiera. Recordaba los tantos paseos al Malecón observando las gotas de agua salpicadas por el viento, y yo continuaba equilibrada entre mis mejores momentos y los que me harían falta luego.

Al final, los cañones que sonaban puntuales a las nueve en punto, con la única explicación de que eran para poner en hora los relojes, me recordaba de los miedos perdidos en la oscuridad, de mi fortaleza y algo de torpeza, propios de los frutos por algunas enseñanzas, y mucha improvisación.

Pasaron días translúcidos de risas y opacados de compañía, corriendo a toda velocidad por los campos. Sin helados o dulces a la salida de la escuela continuaban aquellos meses empobrecidos de comunicación, a no ser por la música en piano saliendo de un pequeño radio, que subía por las losas azules de la cocina amplia, pero vacía. Oyendo en cada entonación secreta un salto de sorpresa, afilaba mis sentidos, aumentaba mi sensibilidad. Pulidos instintos y deseos abatidos por expresarse con fulgor, sonaban como tambor al momento de pintar.

Desgarrando esquinas rotas y despintando la monotonía anestesiada de sueño, sin grandes eventos, patinaba mis dedos sobre el papel flácido y pálido acomodado en el piso. Mutaba mis palabras en versos por miradas de indiferencia y poco agrado, mientras cuestionaba el largo de mi cabellera en curvas, que se mecía en contemplaciones ordinarias, pero congeladas, en un objetivo en particular: hablar entre corrientes de colores.

No era hábito, sino un sentimiento innato en mí el hallar con la brocha todo lo que me pertenecía. Sin saber si cada cosa debía ir ahí, sin interrogar a silencios obsoletos y sin provocar o estimular a la llevadera incertidumbre, me proponía ser el idioma de mis pinceladas, penetrar más en la acción hasta extraer la sustancia. Y lograba ser mejor. Toda la rabia sosteniendo lo que no conocía efectuaba el arder de esa fuerza enfocada en cada minúscula forma visualizada, y que sin mirar, se apoderaba del ambiente desnudo de maldad, despejado de felicidad eterna, e igualmente siendo al terminar, una obra digna de observar.

El tiempo como agua, incontrolable y desbordante fluía sin cesar, para bien o para mal, y con él las conjeturas de mi alma, las contradicciones de mis actos y aún así, era libre dentro. Comencé a descifrar en libros mi personalidad, definiendo así mis gustos y muchos de mis intereses. Cuando la búsqueda se ha saqueado, y se encubren los hallazgos, se puede decir que se ha aprendido. Pretendía no manifestar lo mucho que sabía. Las letras de mis poemas en algún lugar estarán; pero aún persigo las oraciones que acuchillaban a la poesía que escribía, para que me hablara. Contaba metáforas indulgentes y me daba cuenta que no eran represalias contra el mundo y otras gentes, sino acusaciones hacia mí, mi peor peligro.

Que soy del tamaño de mis pensamientos, que no todos se ha creado, recitaba frente al espejo, desatándome una sonrisa. Y salía eufórica de la emoción por los barrios aquellos, donde clavos en el suelo suponían inyecciones a mi piel de pisadas espontáneas, distraídas. Con deseos de revivir el pasado en memoria paseé largo rato por parques predispuestos a discursos, pero usados también para mirar las distinciones entre personas bajo la misma raza. Era volver a nacer, después de salir por aquellas desentornilladas puertas, dispuestas a dos autobuses conyugados; era aquello un infierno caluroso, claustrofóbico de incomodidad, pero oasis en el desierto al ver pasar el bus. Así era como en el cuerpo de infante abandonado se perfilaba mi habilidad para dirigirme, con mi sombra de guardaespaldas.

Pensaba, invocaba al Dios invisible y por lo tanto indestructible muchas cosas. Resustituía los deseos de brujería de los otros, por las llaves a mi mejor batalla y resurgimiento. A veces caía por los peldaños y me

agarraba de algún sueño botado para volver a creer, para empezar a subir mejor. Porque los que no dejan de pintar son los que verán su pintura, así como esos de sueños infinitos, decía mi vecina arrugada de experiencia.

En tantas ocasiones perdía el hilo de fraternidad con los demás y desarmaba mi sabia labia a mi favor, formando escenas de pavor sin arrepentimiento. Fiel a mí, inflexible para complacer a aquellos. Era una cóclea de emociones que me desequilibraba, y trabajaba con ello para los cambios que surgirían luego.

A estas alturas de mi vida no puedo evitar el embriagarme de recuerdos taciturnos y el adormecerme como una niña que lo cree todo posible, quizás es por eso que no he crecido. Me asomaba por la ventana para ver concluir en mí los resultados de tantas movidas en mi vida, todas las posiciones que me había tocado vivir responsablemente las enfrentaba, me adaptaba. Ese vaivén seduciendo lo imaginario de lo estable no me dejaba sostener la realidad en mis manos, ¿veo lo que esta pasando en verdad? Debiera de ser mentira.

Desde ahí extrañaba las casas de mi infancia, de donde el humo subía y subía, dándole vueltas a lo que huye en la oscuridad, para transformarse en la neblina que podemos disipar levemente al caminar. En ese día inequívoco, el cielo negro en gris estaba, con la luz de la tarde contenida entre el espacio de la luna y el suelo, ocurrieron muchas cosas que me dejaron inerme ante la grave situación encarada. Luego de tantos ánimos embravecidos e impotencia cortante, llegó mi madre mascullando entre sollozos incontrolables, con su voz rota, la noticia que nos unió como nunca antes.

Al escuchar la fatal contrariedad concerniente a mi padre, los latidos de dolor tomaron al momento como una emboscada impredecible, con sus garras clavaron en mi sentir la más devastadora soledad. Se abalanzaron a mi pecho las penas ajenas, a las que me creía inmortal; nadie sabe cuando los llantos de un adiós han de aguardarnos con crueldad.

De mi lengua saltaban palabras que deslizadas por la entonación frívola de mi voz tornaron el sentido perverso de mi gran pérdida, de mi desdicha. Todo estaba incompleto ante la conclusión exacta de aquel

trágico suceso. Moje mis labios con la saliva nerviosa que sentía como al sudor devorador que me recorría. A ciegas revolví el estudio para hallar bajo unas telas el tributo empezado para mi padre, ese inenarrable caballero que nos había obsequiado tan tiernamente la felicidad incondicional. Pero no estaba terminado, ¿por qué no me dio tiempo?

Sostuve al suspiro con mis brazos abiertos, estiré mi cuerpo sin querer ver a mi sombra pedir un deseo de paz y consuelo, acontecido en la dorada puesta de sol que no dejaba que me alumbrase. Se extendía desbocándose desde el río de mi corazón, la columna de montañas transversales, que me obstaculizaba el decidir con sus dudas altas. ¿Qué seguirá? El mundo supongo. Se quebraron los espejismos de siempre, reemplazaron a las metas de nunca; debía aceptarlo, las expediciones a mi mente me había llevado a tesoros tan exóticos como la de ser héroe en aguas turbulentas. Agotada de hacer tiritar el insomnio en estados de coma, empiezo a pensar que todo estará bien, lo menos que él querría era que estuviese triste, así que ni una gota más me dije fuertemente.

Inhalé profundamente hasta desempacar de mi aliento el peso que me dominaba. Todavía no asimilo un luto colorido, o fósiles sin enmohecerse, pero puede que las risas de ayer vuelvan a existir, aunque no sean iguales. Mi centro se hundía al recordar la jornada que me había señalado a mí como la almohada de impactos. Parada en movimiento sonreía, porque los velos de lo desconocido se destapaban uno a uno, para darme a saber que todo forma parte de uno solo, al descubrir, me descubría.

El viento del pasillo resbalaba por el piso y peinaba a las figuras erguidas: el cuadro y yo. Desempolvé reliquias invaluable y al rozar de a poco lo que quedaba por llenar de aquel, mi humilde tributo, desperté de la potente alucinación de tantos sentimientos.

Se había borrado lo externo, siempre habíamos sido mi pintura y yo, en una interacción infinita de posibilidades, confesiones y lenguaje. En sólo horas una vida completa se dibujó. Mi obra, majestuosamente a orillas de mi presente, logró impresionarme, llevando en su piel el producto de mí, mi mejor alianza.

Con lagunas en mi garganta, e impregnada de sorpresa por asaltos a mis sentidos anonadados, coloqué en cada pistilo un beso disuelto emergiendo de cada flor. Sobrecogida de esa sensación que manejaba mis manos sin control, veía las dimensiones del cielo alumbrando mi interior. Valles amplios con rocas que extrañan, se asomaban a una playa oculta, que contienen horizontes de mundos lejanos. Pero ya entendidos.

Facultad UPPR

Mención

Talión

Por Manuel Capella Casellas

“Fue mi decisión”

Él tenía que morir y yo ser su verdugo. Esperé largo tiempo para hacerlo. Por fin lo vi en el sanatorio para enfermedades de transmisión sexual de la capital. Ese día, me tocó administrarle la última dosis de su terapia retroviral. ¡Sólo aproveché la oportunidad! No le inyecté su medicamento, por el contrario lo inoculé con una nueva cepa de las denominadas *súper bacterias*, una que es altamente letal y de la que aún no se tiene cura. En estos momentos, aquí se realizan estudios clínicos con latinos, supervisados desde Atlanta. Infectó a mi hermana y dejó huérfanos a mis dos sobrinos. Lo que me incomoda de la decisión del caso es que no me dejan salir de este reclusorio, pues la sentencia fue *ojo por ojo y diente por diente*. Tras el dictamen, unos guardias me escoltaron hasta un hospital que era custodiado por militares. Allí baje de la patrulla y subí a otro vehículo, parecido a una ambulancia. Me indicaron que tenía que beber un sedante y recostarme. No sé cómo llegué a este lugar; si estoy yo nada más o hay más personas. Siento estar en una capsula, verticalmente, flotando en una sustancia gelatinosa, y no sabes si caes o subes. Lo único que recuerdo haber escuchado antes de quedar en estado de dormición es que me llevarían a un oculto sótano del antiguo leprocomio, lugar que nadie afuera recuerda que aún existe pero que se sigue usando para hacer estudios científicos *top secret*.

“Fui yo. No él”

Seré yo, le grité. No escuchó. Afirmar su insegura locura fue mi fuente de transmutación. Me apoderé de su cuerpo, perdió la noción de quién era. En ese momento, fui yo quien mató al maldito de su cuñado. Era mejor muerto que vivo, aún para el Estado que cobraría gran parte de su dinero por haber cometido un fraude a Hacienda. Ni su fortuna evitaría que se encontrara con mi pariente *Ikú otonowa*, el espíritu de la muerte que baja desde lo alto para vengar a los inocentes. Mi mayordomo muchas veces me invocó: —*Salam, maleicum. Maleicum, salam*. Siempre lo recitaba tres veces, al dar tres golpes en la puerta antes de abrirla, y otra vez, en el piso antes de entrar, para saludarme con reverencia. No tengo quejas, siempre me dio un lugar prominente en su vida, con mucho respeto y devoción. En todo momento antepuso la voluntad de *Sambia* antes que la suya, aun teniendo el conocimiento hasta para matar a través de una brujería. Construyó el mejor *munanso* y situó mi caldero frente a la única puerta, para siempre estar libre de salir y entrar. Sólo pedía, cada vez, que avisara cuando regresara y le anticipara las eventualidades futuras para poderse defender apropiadamente de sus enemigos. Aquél día vivía yo en su ser; maté por mi voluntad. Ni siquiera tenía que haber pensado pedírmelo, yo sabía su desconsuelo. Ella, su única hermana era quien sabía el gran secreto. Por ese secreto, yo tomé venganza.

“Participé por un sentido de humanidad”

Cuando me dijo su angustiante secreto, le ayudé en su plan. Los que laboramos para el *Laboratorio de Patógenos* del Ejército tenemos derecho a una indemnización monetaria si se demuestra que fuimos infectados por consecuencia de nuestro trabajo clínico. A las familias de criminales que se presten para estos estudios con patógenos letales también reciben remuneración económica hasta que fallezcan. La muerte de su hermana hizo que entrara en una depresión aguda por el futuro incierto de sus sobrinos. Ya había dejado de ser un humano para convertirse en el *conejillo de indias ID878*, tras haber firmado los papeles para servir como sujeto de estudio. Sus únicos herederos eran sus sobrinos. Matar a su cuñado evitaría que él se quedara con el dinero de sus hijos. Consiguió la

bacteria de unas que estudiaba en mi laboratorio y le facilité los uniformes de enfermería que usé cuando hacía la práctica en los hospitales municipales de la capital. Usé mis contactos del sanatorio para que pudiera estar allí dos días a la semana y poderse encontrar con su cuñado. De esa forma podría ejecutar el plan sin levantar sospechas. Para **ID878** ya no importaba su inmolación con tal de dejar bien económicamente a sus sobrinos. Me pidió que tramitara la adopción de sus sobrinos y que fuera la albacea hasta que tuvieran la mayoría de edad.

“Juzgue usted mi destino”

La muerte de mi hermana hace tres meses me dejó sin consuelo. Ya no tendría quien pudiera cuidar de mí. Lucho contra un cáncer hace un año cuando me infecté accidentalmente en el laboratorio. Al momento del accidente, hablé con mis supervisores y les notifiqué mi deseo de convertirme en sujeto de estudio y que mis herederos fuesen ella y mis sobrinos. Al ella morir tuve que ir a la oficina de recursos humanos para entregar una copia del certificado de defunción y cambiar los herederos. Cuando firmé los nuevos papeles sentí que algo se posesionó de mí. Desde ese instante ya no habitaba en mi cuerpo. Una mente siniestra orquestó el plan y lo ejecutó. Yo ahora solamente soy un cuerpo vivo muerto, con fecha de sentencia y muerte.

Otras Universidades

Primer Premio

Pájaros blancos, ríos diáfanos
Por Agnes M. Montalvo Quiñones

Cuando el mundo no está en acuerdo con el Tao, los caballos transportan a los soldados a través de los campos; cuando el mundo está de acuerdo con el Tao, los caballos tiran de arados a través de los campos.
Lao Tze

—El teniente espera —dijo uno de los soldados que ingresó a la oscura celda y sin darle tiempo a reaccionar, se acercó a Meifeng, la

agarró por el hombro y la sacó a empujones al pasillo. El otro militar que lo acompañaba cerró la celda, pero al ver a la niña acostada sobre el camastro preguntó:

—¿Qué le pasa a la perra que hoy no chilla?

—¿No ves que está dormida bastardo? —susurró Meifeng con voz áspera y entrecortada.

El hombre volteó hacia ella e hizo ademán de pegarle. La mujer no intentó defenderse.

—Tienes suerte de ser la protegida del teniente general, ¡puta china! —soltó para luego tomarla por el antebrazo y obligarla a caminar.

Esa noche hacía calor. El sonido de las pisadas sobre el cuadrículado negro retumbaba contra las paredes grises y techo abovedado del lóbrego corredor. Doce lámparas colgantes, testigos silentes de penas y miserias, alumbraban el camino hacia las duchas. Los focos emitían una luz mortecina que más que iluminar ofendía a las sombras.

Los dos militares aguardaban apostados en la entrada cual perros amaestrados. Como siempre, en aquel lugar la esperaban un kimono limpio y toallas sobre la repisa; maquillaje, una peluca, perfume importado del Japón y las zori en el suelo. Se quitó el uniforme azul de prisionera. Abatida, abrió el grifo y permitió que el agua fría cayera sobre su cabeza sin esquivarla. Cerró los ojos y al instante, lágrimas y recuerdos fluyeron a voluntad...

—¿A dónde nos llevan mamá? —había preguntado Chang'e tres meses atrás. Viajaban por el noreste de China en una camioneta militar acompañadas de otros reos.

—No sé amor, mantente callada —contestó al tiempo que acariciaba la cabeza de la niña. Meifeng, con la poca claridad que entraba por la rendija de las lonas, apenas podía distinguir las caras demudadas por la angustia y el desconcierto de sus compañeros de viaje.

Se detuvieron cerca del mediodía. Prisioneros y pertenencias fueron expulsados del vehículo y arreados como ganado por los soldados. Meifeng, parada a la entrada de

un enorme garaje, podía divisar varias estructuras en ladrillos de uno y dos pisos de altura y parte de una muralla que parecía rodear el complejo. Al fondo, en un poste, ondeaba imponente la bandera japonesa.

De una puerta a mano izquierda vio salir un grupo de militares seguidos por varios hombres en batas blancas. De inmediato, los custodios organizaron a los prisioneros en fila india a fuerza de empujones y golpes. Ella abrazada a su hija, escuchó cuando uno de los oficiales comenzó a hablar:

—Prisioneros, están en la Unidad 731 de la gran Armada Imperial Japonesa. Deben saber que en el momento en que entraron a estas facilidades, dejaron de ser ciudadanos chinos para convertirse en marutas. Hablarán sólo cuando se les dirija la palabra. No harán preguntas. Total obediencia es requerida. Todo acto contrario a lo establecido será castigado con la muerte. De inmediato, un militar de alto rango comenzó a dar órdenes al tiempo que ella colocaba a Chang'e a sus espaldas.

Imágenes abrumadoras desfilaron ante sus ojos. A medida que eran clasificados y despojados, hombres, mujeres y niños, pedían clemencia a gritos. Se volteó y sintió desfallecer al ver la mirada de su hija que en la suya buscaba consuelo. Meifeng, en medio de aquel coro infernal, sólo pensaba en cómo proteger a la niña.

—Maruta, haz una reverencia ante el supremo líder de esta unidad, el teniente general Shiro Ishii —escuchó como a lo lejos. Sobresaltada, regresó a la realidad, ahora encabezaba la fila y acababan de darle una orden. Al fijarse en el rostro del teniente, reconoció al hombre que había visto infinidad de ocasiones en el teatro y en varias fiestas de la corte.

Ishii alisó con las manos la chaqueta del uniforme y se acercó a ella.

—¿A quién tenemos aquí?, o sí, claro... a la virtuosa del erhu, Meifeng Pui si mal no recuerdo. Soldado, lleve a esta maruta a la celda doce, pero ¿y esto?. Chang'e asomada, miraba temerosa al teniente quien la señaló y dijo:

—Llévense a esa otra a las barracas para ser procesada con el resto de los prisioneros

—¡No! ¡Es mi hija, es mi hija, déjela en paz! —soltó la madre al interponerse entre el militar y la niña.

Él la abofeteó, miró a Chang'e de pies a cabeza y dispuso:

—*¡Llévenlas a la celda!*

Secó su cuerpo. Los moretones entre las piernas se habían hecho una costumbre. Le dolía caminar. Parada frente al espejo, bañó su torso en perfume justo como le había enseñado la meretriz japonesa que trajeron para que fuera su maestra. Aplicó el aceite con suavidad y luego la pasta con la brocha de bambú. No podía evitar que el maquillaje le recordara los días de ópera, las voces, los disfraces, el solo del erhu y los aplausos. Lágrimas se deslizaron por sus mejillas y estropearon la base blanca. Ahora debía volver a empezar porque esa noche tenía que verse impecable. A Shiro Ishii le gustaba que todo estuviera perfecto. Así se lo había hecho saber desde el primer día...

—*La maruta espera afuera teniente general —dijo el militar que la acompañaba después de llamar a la puerta.*

—*Que entre —se escuchó desde el interior.*

El soldado la guió hasta la entrada del despacho y luego salió cerrando la puerta tras de sí, tal como le había ordenado su amo. Ishii se levantó del escritorio, ajustó la chaqueta del uniforme, se acercó a la ventana a paso lento y miró al exterior. Ella esperaba nerviosa.

—*Acércate*

—*Teniente, ¿por qué nos han traído a este lugar? Me acusaron de ser espía, pero le aseguro que no lo soy y, y en todo caso, ¿qué delito ha cometido mi hija, una niña de apenas doce años? Comprenda por favor, todo esto es un grave error.*

—*¡Ven acá maruta! —ordenó en tono amenazante. Al acercarse, la agarró por cuello con una mano, la miró a los ojos y dijo:*

—*Cada vez que te dé una orden harás lo que pida y me llamarás mi señor, ¿comprendes?*

—*Sí, mi señor —contestó con esfuerzo.*

El hombre le introdujo los dedos de la otra mano en la vagina. La acometida lacerante la dejó sin aliento.

—De ahora en adelante me perteneces. Te llamarás Mizuki que es un nombre japonés superior a cualquiera chino. Tocarás sólo para mí como nunca lo has hecho en tu vida. Las noches que yo así lo desee, te mandaré a buscar para que vayas a mis aposentos. Si eres complaciente, dejaré en paz a tu hija. Créeme, puedo infligirle dolores inimaginables por meses antes de que muera. Algunos de mis científicos quieren utilizarla en sus experimentos, pero la protegeré si cooperas, ¿entendiste?

—¡Si mi señor! —contestó con voz trémula.

Tocaron a la puerta. El hombre la soltó, sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió los dedos. Ella tocía.

—Pase

—Señor, ha llegado otro cargamento de marutas.

—Se impone pasar revista. Informe al doctor Kitano que lo espero abajo y llévase a esta prisionera.

Delineó los ojos y las cejas con el carboncillo. Aplicó el rojo en los labios con la brocha pequeña y untó el brillo al final. Colocó la peluca con mucho cuidado de no dañar el maquillaje. Deslizó el kimono de seda sobre el cuerpo maltratado. Se puso las medias y luego calzó las zori. Transida, recordó lo que Ishii le había ordenado la noche anterior...

—Entra Mizuki, te esperaba.

Él, sentado sobre el tatami, bebía sake. Ella se acomodó en una silla y aprestó el instrumento.

—Toca —ordenó.

Sonidos vibrantes y agudos silencios inundaron el lugar. Meifeng cerró los ojos. Pulsaciones luminosas irrumpieron en la oscuridad. Una sucesión de imágenes borrosas al principio, pero claras luego, formaron estampas definidas que poblaron su mente. Vio dos pájaros blancos que volaban sobre campos de arroz, cultivos de caña y ríos diáfanos. Contempló el fuego del ocaso y el hielo del amanecer. Observó a su padre y maestro en plena lección, las prácticas diarias, los pequeños fracasos y las grandes victorias; el comienzo de su carrera y el orgullo en el rostro del hombre que le enseñó todo lo que sabía; la primera vez que tuvo a su hija en brazos y la amamantó; los primeros pasos, las clases de ehru; y con cada nota se liberaba el espíritu y volvía la paz. Pasaron minutos, quizás horas, cuando una mano sobre su cabeza la hizo

regresar. Parado frente a ella, Shiro Ishii, desnudo y con la verga erecta, casi la aboga al introducirse en la boca.

— Vendrás mañana y me traerás a tu hija —fueron las últimas palabras del teniente esa noche.

Regresó a la celda al amanecer. Chang'e la esperaba despierta. Juntas sollozaron hasta que la niña se quedó dormida.

Temblaba.

Parada sobre el banco ató un extremo del uniforme a una viga y el otro alrededor de su cuello. Contempló sus manos...

...acostumbradas a crear belleza, apretando la garganta de su hija que yacía muerta sobre el camastro; y con el pecho oprimido y la cara desfigurada levantó los ojos desesperada en busca de alivio; y vio cómo dentro de aquella maldita celda número doce se materializó un cielo en plena tempestad; y los relámpagos cegaron sus ojos, el ruido hirió sus oídos, la lluvia quemó su cara; y en medio de aquel infierno que era sólo suyo, quiso morir; y vio como en el centro de aquella terrible oscuridad surgió una enorme ave blanca que volaba majestuosa en círculos concéntricos mientras emitía un llamado que la invitaba al vuelo; y con cada batir de alas disipaba la tormenta y daba paso a la luz. Al final, la vio partir en dirección contraria al sol naciente para luego desaparecer en un suspiro.

Acurrucó el cuerpo sin vida de la niña en su regazo y lo arrulló hasta quedar sin voz.

Los soldados llegaron casi sin aliento a los aposentos del teniente general. Al darle la noticia, el hombre corrió hasta las duchas para encontrar a Meifeng vestida de geisha y colgada de una de las vigas del lugar. A sus pies, un banco volteado, el erhu y el arco abandonados.

Alterado, Ishii tomó el instrumento y corrió a la celda seguido por los guardias.

—¡Abran pronto! ¡Dense prisa! —gritaba fuera de sí.

Al revisar la niña, se dio cuenta de que estaba muerta. Colérico, lanzó el erhu contra el suelo que al romperse produjo un gemido lastimero, como el llamado a vuelo de un pájaro sobrenatural.

Segundo Premio

La muerte de Joseph Martin

Por Hugo Rodríguez Díaz

11 de noviembre de 1995, 8:15 A.M.

El guardia subió la palanca del interruptor. Todos los músculos de Joseph Martin se tensaron. Las muñecas y los tobillos dieron un tirón que parecía iba a arrancar las correas de cuero que mantenían las extremidades unidas a la silla. Desde la sala del público, un minúsculo anfiteatro separado del cuarto de ejecución por un cristal, no se podía apreciar que las cuatro correas portaban electrodos en la parte que hacía contacto con la piel. Los dedos de ambas manos apuntaban rectos en diez direcciones. La cabeza, coronada por un casco metálico con un cable enrollado en espiral hasta un panel eléctrico en la pared, se estremecía, mientras las órbitas de los ojos se quedaban en blanco. La expresión facial se desfiguró en una mueca de dolor. Un grueso cinturón se incrustaba en el abdomen con cada retorcimiento del cuerpo. Diez segundos, quince, veinte, treinta, cuarenta... Un minuto, dos, tres, cuatro...

Aunque el cuerpo dejó de estremecerse, el guardia no bajó la palanca hasta que el reloj consumió el tiempo dispuesto en el protocolo indefectible. La cabeza quedó ladeada hacia la derecha. La saliva caía en un hilo fino hacia el pecho. Un médico entró para tomar los signos vitales. Hizo una seña y sólo entonces el verdugo se alejó del interruptor y el casco fue retirado de la cabeza humeante. Cuando el olor a carne quemada comenzó a disiparse, la fetidez de los excrementos del preso inundó el pequeño cuarto.

Nadie aplaudió el espectáculo. Los doce espectadores que presenciaron los últimos minutos de Joseph Martin fueron desalojados, mientras el cuerpo lleno de saliva, orines y heces fecales era desamarrado y retirado.

10 de noviembre de 1995, 4:45 P.M.

—Me temo que las noticias no son buenas —dijo el abogado Louis Bennet ante la cara interrogante de su cliente.

El letrado no se atrevía continuar por temor a que la voz le flaqueara. Retardando el momento, abrió el maletín sobre una pequeña mesa cuadrada dispuesta en uno de los salones de entrevistas del centro penal y sacó una carta. La abrió y la puso encima de la mesa, girándola para que su cliente pudiera leerla por sí mismo a la vez que él le explicaba.

—El gobernador Ted Harrison ha denegado nuestra solicitud de indulto. Era el último recurso —expuso con la mayor compostura de que fue capaz y evitando la mirada del preso. Luego lo miró a los ojos y continuó—. Lo siento, Joseph.

6 de junio de 1994, 9:30 A.M.

El abogado Louis Bennet esperaba al cliente en el pequeño locutorio de la cárcel. Los saludos se redujeron a lo mínimo. Ambos sabían el tema que motivaba aquella visita.

—El Tribunal Supremo no quiso considerar tu caso, Joseph.

—¿Cómo que no quiso?

—No expidió el auto. Recuerda que el *certiorari* es un recurso discrecional. Ya te lo había explicado.

—¿Cuál razón dio la corte?

—Ninguna. Un simple “No Ha Lugar” sin explicación —le contestó el abogado mientras le señalaba con el índice la lacónica sentencia.

El reo se quedó mirando el papel.

—¿Y ahora, qué nos queda? —preguntó después de un largo silencio.

—A nivel judicial hemos agotado todos los recursos. Si hubiese nueva evidencia, podríamos solicitar un nuevo juicio.

—La señora, licenciado. Hay que conseguirla —su rostro se iluminó por un momento.

—Olvídate ya de la señora, Joseph. En doce años no ha aparecido. Sólo nos queda solicitar un indulto al gobernador del estado.

—Usted sabe que el gobernador no me indultará.

—No perdemos nada con solicitarlo —contestó sin convicción.

El preso movió la cabeza sin contestar. Louis Bennet interpretó el ambiguo gesto como la instrucción inequívoca de que gestionara el indulto.

12 de octubre de 1987, 1:25 P.M.

—Ante esta decisión, presentaremos un recurso de *certiorari* al Tribunal Supremo —concluyó el abogado, luego de informar al cliente que el Tribunal de Apelaciones había resuelto su apelación de manera adversa.

—¿Cuántos años más, abogado?

—No puedo contestar con exactitud. Podrían ser años —el jurista sabía que era posible que denegaran el recurso en cuestión de pocos meses, pero no incluyó ese dato en la explicación, porque era como acortar la vida de Joseph.

3 de febrero de 1984, 4:54 P.M.

La presidenta del Jurado leyó el veredicto de culpabilidad en todos los cargos. La sentencia impuesta fue la pena capital. En ese estado la ejecución todavía se hacía mediante la silla eléctrica.

4 de noviembre de 1983, 8:12 A.M.

El abogado había estado preparándose para el juicio. Por cuarta vez, revisaba con minuciosidad la lista de todas las personas entrevistadas por el fiscal. La señora que podía sacar a su cliente del problema, no aparecía por ningún lugar.

Había visto decenas de veces las fotos de la escena sangrienta. Conocía de memoria las declaraciones de todos los testigos. No había una pista que condujera a la identidad y paradero de la mujer misteriosa. Cuánto habría ayudado que la farmacia hubiera tenido un sistema de cámaras de seguridad.

23 de agosto de 1983, 9:25 A.M.

—Su señoría, la defensa solicita que se le ordene a la fiscalía entregar toda la prueba exculpatoria que tiene en su poder —planteó el abogado Louis Bennet en la Conferencia con Antelación al Juicio.

—Fiscal, ¿qué tiene que decir?

—Vuestro Honor, el Ministerio Público ha entregado todo el material que puede ser considerado exculpatorio —respondió el fiscal Ted Harrison.

—La defensa tiene motivos para creer que el fiscal entrevistó a una testigo, cuyo testimonio podría ser exculpatorio —insistió el defensor.

—Que muestre la prueba, señor juez —se levantó el fiscal, elevando la voz por la indignación, mientras su rostro pálido se enrojecía—. Este fiscal no acostumbra esconder evidencia.

—Abogado, diga el nombre y el contenido de la declaración de esa testigo —ordenó el juez.

—No tenemos la información completa —tuvo que admitir.

—No ha lugar a la petición de la defensa.

22 de junio de 1982, 9:38 A.M.

Abogado y cliente no se habían visto nunca. Desde su arresto, Joseph había permanecido recluso en espera de que el tribunal le asignara un defensor de oficio. Al conocerlo hubo confianza inmediata. Aun así, la entrevista inicial no arrojó grandes datos para la defensa del caso. Al llegar a la parte crítica de los hechos, a Joseph se le encendió un optimismo, extraño en alguien acusado de delitos tan graves.

—Licenciado, yo estuve en esa farmacia, pero me había ido antes de que nada pasara. Además, tengo una testigo.

—¿Quién es la testigo? —preguntó Louis Bennet mientras tomaba notas en una libreta.

—No sé. Es una señora que llegaba cuando yo salía. Le sostuve la puerta para que entrara. Es de mi color, como en sus sesenta años. No nos hablamos, pero me miró a los ojos. Estoy seguro que me recuerda. No ha pasado tanto tiempo. Tiene que acordarse. Hay que conseguirla —el cliente hablaba a borbotones.

—Tal vez es parte de la investigación del fiscal. De ser así, tenemos derecho a solicitarlo como parte del descubrimiento de prueba.

Las anotaciones parecían garabatos por la rapidez de los trazos, tratando de seguir la velocidad de las palabras del cliente. Preguntó sobre la hora en que salió, qué compró, si guardaba el recibo, cuál fue la cajera, si el recibo tenía la hora, posibles coartadas y otros detalles. Al final de la entrevista, repasó la libreta.

—No hay recibo; no hay cajera; no hay coartada —el letrado resumía la entrevista inicial con tono irónico—. Más vale que la señora exista, que la encontremos y que se acuerde de ti.

10 de marzo de 1982, 9:53 P.M.

Cuando llegó la policía, la farmacia era un desastre. Los cuerpos sin vida de dos mujeres estaban tirados frente a la vitrina de cosméticos, una de ellas había perdido un zapato de tacón, que fue encontrado a dos metros. Un anciano yacía con el estómago destrozado frente a los antiácidos. En el pasillo de los enjuagues bucales había un hombre con la boca sangrante. Una señora con ojos de asombro se desplomó entre revistas de farándula. Un niño irreconocible quedó tendido en el área de los profilácticos. La cajera cayó boca abajo en las baldosas, rodeada de cigarrillos y chicles. Medicamentos en el suelo, góndolas derribadas, cristales rotos, huecos de los proyectiles en las paredes, sangre por todas partes.

Una empleada de limpieza que sobrevivió, dio la descripción del autor: hombre de veinticinco a veintiocho años de edad, negro, alto, vestido con mahón, polo blanco y gorra de pelotero. El vehículo en que huyó: sedán color azul. Diez minutos más tarde Joseph Martin fue arrestado a cinco cuadras de la farmacia mientras conducía un auto azul de cuatro puertas. Era joven, de tez negra, bastante alto, vestía mahón, polo blanco y gorra de pelotero. No le ocuparon armas de fuego y juró

que había salido de la farmacia antes de que hubiese ocurrido ningún incidente.

Un Gran Jurado autorizó los cargos presentados por el fiscal Ted Harrison.

11 de diciembre de 1995, 2:45 P.M.

Luego de un mes de su muerte, hoy volví a recordar a Joseph Martin. Hoy su caso me dolió más que nunca. Hace unos minutos se fue de mi oficina una señora como de setenta y cinco años. Sarah Parks es su nombre. Leyó la noticia sobre la muerte de Joseph, supo que yo fui su abogado y vino a verme.

Después de tantos años, hasta yo llegué a pensar que la señora que Joseph mencionaba en todas nuestras entrevistas era un fantasma. Hasta hoy. Sarah Parks me narró todo con lujo de detalles. Su relato confirmaba la versión que Joseph repitió con fanatismo a lo largo de los doce años que duró el proceso. Se habían cruzado en la entrada de la farmacia cuando ella entraba y él se marchaba. Minutos después ocurrió el ataque a balazos. Sarah Parks se salvó gracias a que se había podido agazapar detrás de un escaparate derribado.

—Nunca sentí curiosidad por saber qué había ocurrido con el caso. Hace unas semanas vi en el periódico la noticia de la ejecución. La foto en el recuadro era la de aquel muchacho que me abrió la puerta, licenciado —concluyó Sarah Parks.

Yo recordaba la noticia. Había salido en la columna derecha de la primera plana. Tenía la foto del fichaje de Joseph. Era la imagen típica del preso mirando a la cámara con las gráficas de la estatura como fondo, en la cual hasta los inocentes parecen culpables portando un número sobre el pecho. El muchacho del retrato tenía poco que ver con el hombre avejentado de los últimos años.

—¿Por qué ahora, señora Parks? Ya nada se puede hacer —pregunté con rabia, sin esperar que hubiera una respuesta.

Ella notó mi indignación. Se puso de pie y se despidió sin contestar la pregunta. Cuando llegó al umbral de la puerta se viró y me miró.

—Todo lo que le he dicho, se lo conté al gobernador Harrison cuando era fiscal —dijo y se fue.

Tercer Premio

La cajita azul

Nydia E. Chéverez Rodríguez

Esther examinaba el glucómetro nuevo con genuino interés de aprender a usarlo correctamente. Tan sólo unas horas atrás habían dado de alta a su hijo, después de haber estado hospitalizado durante una semana por su novísima condición de diabético. Abundaban los estrenos nada gratos en esos tiempos. Apenas seis meses atrás, simultáneo con su entrada a la adolescencia, su hijo estrenó su condición de huérfano. Recién comenzaba a lidiar con el dolor de la separación de su padre que le había impuesto el divorcio, cuando abruptamente, un accidente de tránsito vino a quitárselos, a él y a su hermana, definitivamente. Por eso ahora, mientras examinaba el aparato, no pudo evitar el pensamiento de que la ristra de pérdidas, habían sido el detonante para el desarrollo de la Diabetes Juvenil de su hijo.

Aunque Esther ya conocía de la predisposición a ésta y otras condiciones asociadas al síndrome con el que sus hijos habían nacido, no pudo evitar el profuso llanto que la acompañó toda esa semana. Eso sí, sólo duró una semana. Tenía que sacudirse y diseñar estrategias para seguir adelante con su nueva realidad. En eso ella era muy buena. Ya estaba acostumbrada a recibir noticias tristes. Su iniciación fue aquella inolvidable tarde en que el geneticista le soltó sin diplomacia alguna el diagnóstico. --- Señora, sus hijos padecen de un síndrome genético recesivo. Si usted se hubiera casado con otro hombre, nunca se hubiera manifestado. Pero obviamente, tanto usted como su esposo son portadores del gen que lo transmite. ¿Está usted segura de que no son familia? --- Usted es joven, puede ser que si tiene otros hijos, no padezcan el síndrome, pues sólo existe un 25% de probabilidad en cada embarazo...o si los tiene con otro hombre en el futuro... Usted es casi una niña...aún tiene posibilidades...

Entonces aparentaba ser una adolescente de 17 ó 18 años, pero la realidad era que ya picaba para los 26. Y después que el médico le mencionó la retahíla de condiciones que podían manifestarse como parte

del síndrome sintió que envejeció como veinte años. Luego al contarle a su esposo, sólo recordaría que el nombre la luna en inglés estaba en alguna parte de su nombre.

Aprendió muy rápido a manejar el glucómetro, asimismo captó con rapidez la manera correcta de servir y mezclar en la jeringuilla los dos tipos de insulina que debía inyectar a su hijo dos veces al día. Unido a las nuevas rutinas que debió incorporar a su complicada vida, también tuvo que redistribuir el escaso presupuesto familiar para adquirir los materiales y accesorios necesarios para los hábitos que se imponían. Fue en este proceso que descubrió en un catálogo la cajita azul que sin saberlo, le daría un servicio especial, más allá de la que era su función primaria. Se convenció de que valía la pena adquirir la cajita, ya que la descripción que hacían de ella en la promoción mostraba que ésta era muy práctica y duradera. Estaba dividida en varios compartimientos que permitían colocar un frasco de insulina, varias lancetas y toallitas pre-humedecidas de alcohol, así como el glucómetro. Además la caja estaba construida de un plástico muy fuerte que la hacía resistente a golpes. Sin embargo era muy liviana. Cerraba herméticamente y en caso de caer al agua, flotaría. En su interior estaba forrada con un material esponjoso que mantenía todo el contenido en su lugar y que servía de amortiguador si esta recibía algún golpe. Además de esos atributos, la cajita era de un color azul muy vívido que le resultó muy agradable. Pero, el gran servicio que le brindó la cajita azul, fue otro mucho más importante.

Dentro de toda la vorágine que había sido su vida en ese último año, al menos había recibido una noticia que la llenó de alegría. Se enteró a través de la madre de uno de los condiscípulos de su hijo de que en Cuba estaban realizando con mucho éxito un tratamiento que garantizaba a las personas que se lo realizaban el detener la pérdida de visión que producía la retinitis pigmentosa, condición degenerativa que era, en conjunto con la obesidad, la principal característica del síndrome. El próximo domingo después de enterarse de la nueva, fue una de las primeras en llegar a la cancha de la escuela especializada para ciegos en la que estudiaba su hijo. Allí, un puertorriqueño residente en Cuba, les ofrecería una orientación sobre el esperanzador tratamiento. El había sido testigo de los milagros que esta cirugía había logrado en otras personas con la misma condición. La mayoría de ellos procedían de diversos países latinoamericanos, aunque también se habían beneficiado ya algunos canadienses y europeos. Hasta ese momento, aun con todos los adelantos tecnológicos que poseía, Estados Unidos era incapaz de proveer tratamiento para esta condición. Esther razonó que si de todos modos el pronóstico para sus hijos era la paulatina pérdida de visión

hasta llegar a la ceguera total, valía la pena apostar a esta alternativa que al menos les garantizaba retrasar el proceso por algún tiempo adicional.

Según le había orientado el geneticista aquel triste día, a la larga, sus hijos se iban a quedar ciegos. Aunque con este tratamiento creado por un prestigioso oftalmólogo cubano, no necesariamente se recuperaba la visión perdida, al menos se detenía su avance. De modo que mientras más rápido se hiciera el tratamiento, más efectivo sería. Por lo tanto, Esther no tuvo dudas de que debía llevar a sus hijos a Cuba cuanto antes.

Mas no fue tan fácil hacerlo como decidirlo. Primero hubo que vencer varios escollos. El primero de estos fue la férrea oposición de los especialistas en Puerto Rico, los cuales no le adjudicaban validez al tratamiento. Era de esperarse que así fuera. Su formación en medicina les había enseñado que nada que no hubiera pasado por la aprobación de la FDA y otros organismos de la metrópoli podía ser bueno. Trataron arduamente de convencerla para que desistiera de su idea. Esgrimieron incluso argumentos prejuiciados desde sus ideales políticos. Según ellos, era ésta una artimaña de Fidel Castro para llevar divisas a su empobrecida nación. ¡Te van a robar los chavos! ¡Eso es un embeleco de los cubanos! ¡No botes ese dinero! Esas fueron algunas de sus expresiones para tratar de disuadirla de sus intenciones. Por supuesto, no lo lograron. Esther estaba muy segura de su decisión. Muy en sus adentros se esgrimían otros argumentos: ¿Cómo quitarles a mis hijos la oportunidad de disfrutar las bellezas de esta isla y de otras tierras, aunque sea por varios años más?

El segundo escollo a vencer fue el económico. Debía conseguir aproximadamente \$30,000.00 para costear el tratamiento y los gastos de viaje y alojamiento durante las dos semanas que duraba el tratamiento. De inicio se sintió optimista de que la parte económica no iba a ser un problema, ya que el Tribunal tenía consignado bastante dinero que les pertenecía a sus hijos a consecuencia de la muerte del padre, y aunque este dinero se mantenía en una cuenta de ahorros hasta que los niños cumplieran la mayoría de edad, dado que era ésta una razón de peso, (entendía Esther), no debía haber obstáculos para que el tribunal le adelantara parte del dinero para esta gestión tan meritoria. Sin embargo, fuera de toda lógica, se encontró con la dificultad de que existía una ley federal que prohibía llevar dólares a Cuba a consecuencia del embargo económico que desde hace tiempo le impone Estados Unidos a esta nación caribeña. Fue inútil su intento de convencer a la jueza con sus lágrimas y argumentos de madre que desea lo mejor para sus hijos. El abogado que la acompañó al tribunal se lo había advertido, pero ella

insistió. --- Como tantas otras veces, la injusticia se impone sobre los más necesitados a través de leyes sin sentido que anteponen decisiones políticas a razones de salud y bienestar. ¡Qué contradicción! ¿No deberían ser la salud y la educación la prioridad de todos los gobiernos del mundo?--- Así razonaba Esther entre sollozos tratando de hallar explicaciones lógicas ante lo que le parecía una decisión absurda. --- Desgraciadamente no es así, le expresó con los ojos llorosos el abogado. ---Tienes que buscar otras alternativas, con este dinero, aunque les pertenezca, no puedes contar por ahora. ---

Mas éste sólo fue una piedra en el camino, que únicamente logró retrasar un poco el proyecto de Esther. Se había propuesto llevar a sus hijos a recibir tratamiento a Cuba y no se amilanaría tan fácilmente.

Afortunadamente, se multiplicaron los buenos amigos que estuvieron dispuestos a ayudarla. En menos de dos semanas quedó constituido un eficiente comité de voluntarios. Estos organizaron varias actividades de recaudación de fondos y aunque parezca increíble, en sólo tres meses lograron recaudar más del dinero que necesitaban.

Ahora sólo faltaba vencer el tercer escollo. Debía llegar a Cuba con sus hijos y el dinero para pagar el tratamiento. Mas, la maldita ley Helms Burton le impedía llevar dinero a Cuba. Si la pescaban con el dinero en efectivo, se exponía a miles de dólares en multas, además de la posibilidad de ir a una cárcel federal por hasta 10 años. Pero Esther tenía claro su objetivo; alargar la visión residual de sus hijos por el mayor tiempo posible. Sólo anhelaba que sus hijos tuvieran la oportunidad de viajar y disfrutar de las maravillas de la naturaleza, antes de que perdieran totalmente la vista. Estaba entre la espada y la pared, pues tampoco quería correr el riesgo de que sus hijos, ya huérfanos de padre, perdieran también a su madre.

Una vez más, la vida le exigía usar su creatividad para vencer este nuevo obstáculo. Fue entonces cuando la cajita azul, más allá de ser la caja práctica que transportaba el medicamento y los accesorios necesarios para atender la Diabetes de su hijo, se convirtió en la cajita salvadora que facilitó que se cumpliera su sueño.

El día del viaje, Esther se vistió muy sencilla; se puso unos mahones cómodos, una t-shirt bastante holgada y tenis. El día antes había ido al banco a retirar el dinero y pidió que se lo dieran en billetes grandes. Viajarían desde San Juan hasta República Dominicana y desde allí hasta Cuba. Al menos el viaje era bastante corto. Su preocupación mayor era que la revisaran en Santo Domingo. El empleado que le tocó para revisar su equipaje era un hombre joven que tenía ínfulas de galán. Resultó ser un tipo algo safio, lo que de alguna manera incomodó a

Esther, pero por otro lado, le sirvió de táctica para salir con éxito de la difícil situación. El hombre comenzó a piropearla mientras abría la maleta. Esther, disimulando la molestia que le provocaba, sonrió con coquetería, sumándose a su burdo juego de seducción. Su intención era evitar que le vaciara la maleta. Funcionó la estrategia. Cuando le preguntó por la cajita azul que llevaba en las manos, ésta la abrió brevemente para que él advirtiera que portaba allí la insulina y otros materiales de inyectar a su hijo. Le mencionó lo de su Diabetes. El hombre le respondió algo conmovido: ---¡ah, está bien, no se preocupel!-- Esther cerró con premura la cajita azul. El hombre cerró la maleta que comenzaba a revisar y le dijo que podía seguir. Le deseó un feliz viaje, no sin antes guiñarle un ojo y lanzarle una pícara sonrisa, por aquello de seguir en su papel de macho seductor. Ella le sonrió mientras le daba las gracias. Caminó lo más rápido que pudo, arrastrando la maleta y la cajita azul con una mano, mientras con la otra sostenía la mano de su niña que a su vez sostenía la de su hermano.

Apenas esperaron 20 minutos para montarse al avión de Cubana. Sin embargo, a Esther le parecieron una eternidad. Por suerte el vuelo fue corto y agradable. Una vez el avión despegó, respiró más tranquila. Tan pronto llegó al hospital-hotel en el que estarían por las próximas dos semanas, ya en el cuarto asignado, lo primero que hizo fue sacar los billetes que llevaba en su sostén, en el panti y en las medias. Luego abrió la cajita azul, le despegó la espuma gris que le servía de amortiguador y sacó la otra parte del dinero, que era mayor que la que había llevado pegado a su cuerpo. Entonces caminó erguida y aliviada hasta la ventanilla de cobros del hospital. Justo antes de llegar al mostrador, con la manga de la camiseta, se secó dos lágrimas.

Mención

Doppelganger

Por Rebeca J. Agosto Rosa

Uno de esos aburridos días de verano en los que ya uno no encuentra qué hacer con su vida, decidí salir de mi casa y dar una vuelta por el Viejo San Juan. Un viernes cualquiera, de seguro me hubiera encontrado con algún amigo por ahí. Por ley en San Juan siempre te encuentras con alguien. Pero en este viernes en particular, una semana después de que dejase a mi novia, todos mis amigos decidieron irse para

Culebra... Claro, como lo organizó Sarita, casi fui el último en enterarse. Como mi ánimo no era exactamente de fiesta, bebida y tumulto, aquella tarde me fui por las calles en busca de aquella librería de nombre raro a la que había ido una vez con mi tío. Dos veces pedí direcciones y dos veces me enviaron a la librería equivocada, hasta que finalmente encontré la que buscaba, cerca de la Cámara de Comercio. Pero como mi día estaba salado, resultó que el lugar había quebrado. Maldiciendo mi buena suerte, no me quedó más remedio que sentarme en un banco de la placita que queda al frente y mirar el pasar de las horas. Sí, sólo eso podía mirar, porque por aquél lugar no pasaba ni un alma.

Después de un rato decidí que era mejor pasar el resto de mi miserable tarde durmiendo en mi cama en lugar de aquel dudoso banco. Para mi sorpresa, al dirigir un último vistazo hacia la calle de la librería, me percaté de la presencia de un hombre parado frente a ella.

– La librería quebró – le grité, como si él no pudiera leer los rótulos de cierre. Como respuesta me preguntó:

– ¿No has visto a una mujer pasar por aquí? Quedamos en encontrarnos...

Mientras le negaba con la cabeza, el hombre releyó el pedazo de papel estrujado que traía apretado en su puño: Cronos, 5:00 p.m. Él también echó un último vistazo al local abandonado, se encogió de hombros, y cruzó la calle hasta mi placita. Sin que yo se lo preguntara, aquel hombre simplemente se sentó en mi banco y se lanzó, casi ininterrumpidamente, a narrar lo que bien podría llamarse el monólogo de su vida. No parecía necesitar una audiencia, pero sin nada más interesante que hacer con mi vida, decidí quedarme a escucharlo.

¿Alguna vez has estado enamorado? Cuando mi madre murió, mi padre me dijo unas palabras que nunca olvidaré: “un amor como el nuestro no se encuentra dos veces en la vida, ni termina con ella”. Nunca comprendí su significado hasta que conocí a Emma.

Cuando se es hijo de un anticuario (y cuando has trabajado en su tienda desde que tienes memoria), uno desarrolla una especie de sexto sentido para aquello de descubrir cosas raras, únicas, tesoros escondidos donde más nadie los ve. Los coleccionistas de hoy en día entran en una tienda, o en un museo o casa, y sólo ven dinero en cada

esquina. El experto no. Uno ve historia, recuerdos de una vida pasada, y la promesa de una nueva oportunidad. Con el tiempo, esta forma de mirar trasciende incluso a los aspectos más cotidianos de la vida. Por ejemplo, yo solía visitar con frecuencia la librería Cronos. Me encanta leer. Pero nunca compré un libro nuevo. Me gustan los usados, los que están escritos, los que cuentan dos historias: la del libro y la de sus dueños pasados. A éstas añado la mía, dejo mi huella para alguien más.

En fin, al igual que con los libros y las antigüedades, también aprendí a reconocer a las personas raras (pero esto no lo digo con mal sentido). Es una mala costumbre ésta de pensar que todo lo “raro” o diferente es malo. Me pasó con Emma, ella es una de esas personas raras e increíbles. El día que entró en la tienda de mi padre fue como un farol ante mis ojos. Hay tantas cosas que la hacen diferente. Ahora mismo quizás piensas que te estoy describiendo a la mujer más bella del mundo. Bueno, no lo es. Es bonita, sí, pero no es una belleza inigualable. Pero esa simplicidad es parte de su encanto. Emma tiene dos rasgos que sobresalen de inmediato, si sabes mirar con atención y leer con cuidado. Lo primero son sus ojos grisáceos; son lo más hermoso de su rostro. Esos ojos grandes, cautelosos, recogen cada detalle en cuestión de segundos, siempre alertas. Lo segundo es este aire de... de... de intención, por así decirlo, que siempre la acompaña. Algo muy profundo y muy fuerte la mueve, es lo que le da razón de ser a todo lo que hace. Esa intención oculta a veces resulta casi palpable. Hay un tercer detalle que noté de inmediato esa primera vez que la vi, pero no pude comprenderlo hasta que ella misma me lo explicó. Era evidente que algo le pesaba, algo la perseguía todo el tiempo y no la dejaba en paz. Ese algo no era cosa de juego... pero yo casi le agradezco el haberla traído desde algún rincón desconocido de Barcelona hasta aquél otro rincón que era la tienda de mi padre en el Viejo San Juan.

Aquél día, Emma Saunier entró en Casa Luna en busca del anticuario, mi padre, don Gonzalo. Creo que Emma le traía un mensaje de parte de su difunto padre, quien le pedía de favor que ayudara a su hija. La joven le mostró un collar con una piedra blanca muy singular. Entendí muy poco de la conversación, que transcurrió en catalán. Pero el brevísimo diálogo terminó con broche de oro y en castellano:

– Ahora váyase de aquí, jovencita, y no volváis a menos que os hayáis librado de esa cosa. Buena suerte...

Tras ella mi padre cerró la tienda por el resto del día, así que yo me tomé la tarde para dar una vuelta por la librería. Quién hubiera pensado que justo en Cronos me encontraría de frente con ella. Emma no pareció reconocirme, pues en la

tienda toda su atención se había concentrado en el viejo e irritable anticuario, y no en el muchacho que acomodaba unas cajas detrás de un estante. Pero nuestra conexión fue inmediata, y ya te podrás imaginar cómo seguimos conociéndonos... Todo fue casi perfecto durante algunas semanas. No había problemas, siempre que yo no mencionara la conversación en catalán que ni ella ni mi padre tenían intenciones de traducir. Con ninguno de los dos pude insistir mucho. Lo menos que necesitaba era que mi padre se enterara de mi relación con Emma, o que Emma se enojara y regresara a Barcelona en cualquier momento. Pero yo nunca olvidé aquella primera impresión que tuve de ella, y con el tiempo sólo se hizo cada vez más evidente que algo no andaba bien. Ahora, veinticinco años rodeado de las antigüedades más curiosas del mundo no podían haberme preparado para lo que Emma Saunier me confesó aquella tarde, justo en esta plaza.

En ese preciso momento, escuché sus pasos a nuestras espaldas. Volteé la cabeza para ver a una mujer que se acercaba por la calle de la librería.

– Andrés, ¿ésa es ella? – Pero Andrés no estaba a mi lado. No estaba por *ningún* lado.

– ¿Lo has visto? – preguntó la mujer de mirada gris y penetrante, demasiado pálida para ser real. ¿Acaso lo era? Sin embargo, sus palabras me sorprendieron más que su imagen.

– Hace mucho que él me espera, pero nunca logro llegar a tiempo.

A veces me pregunto si cometí un error aquella tarde en que le conté todo a Andrés. Quizás no debí decir nada. Quizás así no hubiera muerto. Pero, ¿quién controla el tiempo? Aquella tarde le dije todo.

La última vez que vi a mi padre, él me entregó un collar con una extraña piedra blanca. No parecía ser nada valioso ni especial, pero él me dijo que era importante que lo cuidara. Papá me dio un beso y me dijo que no importaba lo que pasara, todo lo que había hecho lo hacía porque me amaba. Tenía siete años. Nunca volví a saber de él... Hasta que años después apareció la sombra de mi padre. Venía por el collar... Pero para mí fue obvio que si de alguien debía proteger la piedra, era de aquél ser que se parecía a mi padre, pero a la vez era tan diferente... Pura maldad.

La sombra también visitó al doctor Jeske, un alemán amigo de mi padre... En alemán hay nombre para estas cosas, me dijo el doctor: doppelganger. Unos días después, encontraron el cadáver del Dr. Jeske en la acera de una calle cercana a mi casa. Yo me encontraba en la universidad y me asusté mucho. Al llegar a casa

encontré una nota bajo mi puerta. Estaba dirigida al doctor, de parte de un anticuario en San Juan de Puerto Rico. Leía:

“Como bien sabéis, el doppelganger es una especie de doble malvado. De dónde salió el doble de Saunier no puedo imaginarlo. Pero creo que él nos mantuvo engañados durante mucho tiempo... Hace unos años le ayudé a encontrar un extraño collar que una vez perteneciera a Madame Ringmar. ¿La recordáis? Es la bruja que nos leyó las cartas en aquél viaje a París. Según Saunier, la bruja le había dicho que ése collar le servía para atrapar malos espíritus. ¿Sabes de cuál os hablo? El que llevaba la bruja, con una piedra blanca. En aquél entonces pensé que su interés por el collar era puro capricho, pero con lo que me habéis contado...”

¿Bruja? ¿Espíritus? Y un doctor muerto... ¿Sería yo la próxima? En cinco minutos eché en una valija lo que pude, me puse el collar y guardé la carta de don Gonzalo Luna. Abordé el siguiente avión hacia Puerto Rico. Quizás ésa fue la peor decisión de mi vida. Pero en ese momento mi mente era un caos. Nada hacía sentido. Necesitaba respuestas, respuestas que ya no podría encontrar en Barcelona. Ni siquiera me despedí de mi pobre madre.

El anticuario resultó ser más cooperador en su carta que en persona. No quería involucrarse, no me dijo mucho. Me deseó buena suerte. ¡Ja! Como si eso fuera lo que necesitaba. Sólo dejó una cosa en claro, además de que debía marcharme inmediatamente de su tienda: la única forma de destruir un doppelganger, es matando el original. Pero, de no destruirse, el doble también puede ser contenido...

Cuando la sombra de mi padre me habló por primera vez, preguntó por el collar. Quería el collar que mi padre me había regalado, o más bien necesitaba destruir la piedra que podía atrapar espíritus. Como era de esperarse, pronto me percaté de la presencia de la sombra en Puerto Rico. El doppelganger no iba a rendirse, pero yo tampoco. Si había una forma de vencerlo y liberar a mi padre, yo iba a encontrarla. Y en eso me quiso ayudar Andrés, el hijo del anticuario. Andrés...

Por un segundo su voz se quebró y sus ojos grises contuvieron tristes lágrimas.

La sombra no me dejaba tranquila. Me asechaba día y noche. Aparecía de la nada. Cuando me hablaba yo quedaba petrificada. Ella me rodeaba e invadía mi mente, drenaba mi energía. Era casi tan real como mi papá. El cuerpo, la voz... Sabía que era pura maldad, pero a veces me hablaba con una dulzura fingida tan real. Intentaba convencerme de que le entregara el collar, que sólo así papá volvería a estar conmigo. Un día casi logró convencerme. El doppelganger conocía la mente y vida de

mi padre, y así comenzó a recordarme los momentos más felices de mi niñez, lo mucho que extrañaba a papá... Cuando busqué el collar en mi bolsillo, mis dedos rozaron la piedra y entonces tuve un momento de claridad. Recordé lo mucho que papá me quería, y todos los sacrificios que debió haber hecho para intentar salvarnos a mamá y a mí de su maldito doble. La sombra sintió el cambio en mí y enfureció. Su paciencia había terminado. Me amenazó diciendo que me despidiera de mi novio... El doppelganger desapareció, y yo corrí hacia la tienda del anticuario. Si algo le pasaba a Andrés... La puerta estaba abierta, pero Andrés no estaba. Don Gonzalo sí. El viejo también me maldijo mil veces... Pero finalmente aceptó quedarse con el collar para entregárselo a Andrés. Así estaría protegido. Aquella tarde recorrí por última vez las calles adoquinadas de San Juan. Regresaría a Barcelona, me alejaría de Andrés, y me llevaría a la sombra conmigo. Cuando llegué a mi hotel, me entregaron una nota: Cronos, 5:00 p.m. Debía ser de Andrés. Pasé un rato pensando en qué hacer. Hubiera dado cualquier cosa por volverlo a ver una última vez... Pero, ¿acaso no sería más difícil? ¿Cómo decirle adiós? Cuando ganó el corazón, ya era demasiado tarde. Los dos habíamos caído en la trampa de la sombra. Mientras yo me dirigía a la librería Cronos, Andrés se enfrentaba al doppelganger. Lo único que encontré fue un collar con una piedra gris, como la sombra... Desde entonces siempre vengo a buscarlo, porque yo sé que él aún está por aquí. Tú lo has visto, pero yo nunca llego a tiempo.

Volví a estar solo en el banco de la placita, y me pregunté si acaso toda esta historia, estas personas, no habían sido más que un mal y triste sueño. Entonces sentí el peso de la piedra en mi mano. Una piedra gris, como la sombra que encerraba. Me alejé deprimido, pensando en aquellos dos fantasmas, aquellas sombras que se seguirían buscando, esperándose por toda una eternidad, sin nunca encontrarse. Me fui triste y desolado. Como una sombra, yo también me desvanecí en la oscuridad de la noche.

ENSAYO

**Comunidad
Segundo Premio**

**Análisis de personificaciones y animalizaciones
en cuatro cuentos de Abelardo Díaz Alfaro**

Por Sylma García González

La obra de Abelardo Díaz Alfaro ocupa un lugar importante en la historia de la literatura puertorriqueña. *Terrazo* es su libro más conocido. Este texto ha sido estudiado por los críticos desde distintas perspectivas como la dimensión social y política de la obra, así como de los rasgos únicos que la colocan en un espacio de transición entre las generaciones del 30 y del 50. En este estudio, pretendemos analizar un aspecto de *Terrazo* que, si bien ha sido observado por los críticos, no ha recibido la atención que amerita: la utilización de las figuras literarias de la personificación y la animalización. René Marqués, en su antología *Cuentos puertorriqueños de hoy*, señalaba con gran acierto que:

Díaz Alfaro cultiva un recurso no explotado hasta entonces en nuestra literatura: el uso de animales como símbolos de conflictos o de valores humanos. Este noble recurso de los fabulistas griegos, franceses y españoles, adquiere alta categoría literaria en la prosa y técnica cuentística del puertorriqueño. Nos resulta curioso que Abelardo Díaz Alfaro haya podido, artística y psicológicamente, profundizar más cuando utiliza personajes-animales que al destacar seres humanos como protagonistas de sus cuentos (50).

Díaz Alfaro es el precursor de lo que podríamos llamar una estética “zoológica” en las letras puertorriqueñas. En los últimos años,

nuestro reconocido Luis Rafael Sánchez, en su novela *Indiscreciones de un perro gringo* (2007) y Juan Carlos López, en su libro de cuentos *Bestiario de caricias* (2007), entre otros, han retomado esta estética, con su estilo particular. Este estudio se concentra en poner de relieve algunas de estas figuras simbólicas en “Bagazo”, “El Josco” y “El fruto”, de *Terrazo*, y “Los perros” de *Cuentos puertorriqueños de hoy* (antes en *Asomante*). Analizaremos el empleo de la personificación de seres animados e inanimados, la animalización del ser humano o la transformación de éste en un ser animado con el propósito de describir vívida, así como artísticamente, la vida angustiada del jíbaro rodeado de una naturaleza hermosa, pero inmisericorde. El *Diccionario de la Lengua Española* define la *personificación* o *prosopopeya* como una figura retórica que consiste en atribuir a las cosas inanimadas o abstractas, acciones y cualidades propias de seres animados, o a los seres irracionales las del hombre (1848). Esta definición abarca varias categorías, ya que se refiere igualmente a seres animados e inanimados y no hace distinción entre seres humanos y animales. La *prosopopeya* comprende la personificación, la animación, la animalización y la cosificación. Para efectos de este estudio, llamaremos *animalización* a la figura que consiste en atribuir a los seres humanos rasgos propios de los animales y *personificación* a la que otorga rasgos humanos tanto a seres animados como inanimados. La *personificación* es una figura literaria de antigua estirpe que se remonta a los fabulistas griegos como Esopo, mientras que la *animalización* tuvo mucho auge en el naturalismo del siglo XIX.

“El Josco” es el cuento mejor logrado, así como el más conocido de *Terrazo*. Presenta la tragedia del toro puertorriqueño desplazado por el americano. El simbolismo estructurador parte del mismo título. La personificación es el recurso estilístico primordial, ya que el toro representa al puertorriqueño que lucha por no desaparecer ante el empuje del norteamericano que lo desplaza en su propia tierra: “de particulares méritos en la cuentística del autor que nos ocupa es su recurso de emplear animales para simbolizar conflictos y valores de significación humana” (Rivera 491). Al Josco se le atribuyen características humanas que van configurando su carácter (toro = hombre): “Era hosco por el color y por su carácter reconcentrado,

huraño, fobioso, de peleador incansable” (19). A pesar de la descripción casi pictórica de su aspecto animal, se percibe su gallarda “personalidad”: “la cabeza erguida”, “el andar lento y rítmico”, “majestuoso”. No nos parece que al utilizar la figura del animal, el autor pretenda menospreciar al jíbaro, sino todo lo contrario, ya que el toro se asocia culturalmente con el trabajo fuerte, el vigor, el valor y la constancia. La identificación se da también en sentido inverso, con una posible intención de enfatizar el carácter esencial del simbolismo para la estructura profunda de la narración. El jincho Marcelo es el hombre recio y primitivo que ve reflejado en el Josco. Representa el prototipo del jíbaro solitario y descontento cuya situación existencial lo lleva a animalizarse prácticamente. El hombre cansado de la vida de miseria se embrutece y se convierte en un animal manso, sin voluntad ni fe; sin embargo, como un rayo de rebeldía, Marcelo veía al Josco como a un hijo porque “veía en aquel toro la encarnación de algo de su hombría” (19). El narrador llega a la inevitable conclusión de que “toro y hombre se fundían en un mismo paisaje y en un mismo dolor” (19). La personificación del Josco resulta paralela a la animalización de Marcelo. Se trata de una especie de intercambio o desplazamiento; mientras más se humaniza el toro, más se animaliza el hombre. La dualidad toro/hombre es el eje estructurador del cuento.

En la pelea entre el toro blanco y el Josco, ambos contrincantes adquieren características humanas en un duelo donde está en juego la supremacía del padronazgo. El Josco y el toro blanco ensaya técnicas de ataque como batalladores, cada cual con su estilo. Del toro blanco, se dice que “[...] avanzó egregio, imprimiéndole a la escultura imponente de su cuerpo toda la fuerza de sus arrobos” (22). Al final de la lucha, tras la huida deshonrosa del toro blanco, el Josco adquiere una actitud de triunfo, orgullo y dignidad. Antes de la pelea, ya el aspecto del Josco nos recuerda a un campeón olímpico: “la testa coronada se le enguirnaldó de ramas, flores silvestres y bejucales” (20). Su actitud se describe donde dice: “y el Josco alargó el cuerpo estilizado, levanto la testa triunfal, las astas filosas doradas al sol, apuñaleando el mantón azul de un cielo sin nubes” (22). El blanco, al quedarse de padrote, se muestra orgulloso y orondo. El desplazamiento del Josco por el otro toro le deja una

sensación de dolor y frustración: “Andaba mohíno, huraño, y se le escuchaba bramar quejoso, como agobiado por una pena inconmensurable” (23). Ya no era el animal/hombre de antes, sino un fantasma de lo que fue: “No tenía la arrogancia de antes, [...] lo veía desfalleciente, como estrujado por una inmenso congoja” (23). El Josco experimenta una de las emociones más humanas que existen: la angustia. Al final del cuento, ocurre lo que muy bien plantea Josefina Rivera al decir que el animal busca en la muerte la liberación de las circunstancias humillantes de su existir (491). Para semejarse más a un ser humano desgraciado y en franca desesperación, comete suicidio porque ya no desea seguir viviendo su indignación y su vergüenza. Adquiere la estatura de un héroe trágico que, tras dar la batalla que sabe perdida de antemano, sucumbe ante su inexorable destino. Su humanización resulta magnífica y se convierte evidentemente en símbolo de la identidad nacional. En la relación toro-hombre es donde mejor se manifiesta el uso preciso de los recursos de la personificación y la animalización. Sin embargo, como habíamos mencionado, ésta es parte de una estética más amplia. Desde las primeras oraciones del cuento, podemos apreciar el uso consistente de estas figuras literarias, creando un universo poético paralelo en el que las personas, los animales y los objetos confunden sus rasgos: “el lomo negro del Farallón” (19), “la tierra virgen” (19), “una noche negra y hosca” (19), “el cuerno plateado de la luna” (19), “la enlutada veredita” (20), “crepúsculo tinto en sangre de toros” (23).

Por su parte, “Bagazo” es un cuento que pretende poner en primer plano la injusticia social, el discrimen racial y el dolor de la clase humilde y trabajadora representada por el negro Domingo. La palabra *bagazo*, ya nos sugiere el tema del cuento: al igual que la caña que ha dado su jugo, el negro Domingo fue desechado de la central por viejo e inútil. La descripción que el narrador hace de Domingo lo acerca a un animal de carga: “Contrae los abultados belfos y en rictus de desprecio escupe chorreante mascaúra” (25); “Y por vez primera en su vida mansa de buey viejo siente el rencor crecerle en el pecho como mala yerba” (25). Nuevamente, nos encontramos ante la identificación del jíbaro con la figura torina, pero, en este caso, no se trata de un padrote, sino de una bestia de yugo, papel que el joven Josco se niega a asumir. Domingo no

tiene otra salida que tragarse su hombría y su orgullo para que su familia no muera de hambre. Esta distinción acentúa el pesimismo del cuento, a diferencia de “El Josco”, donde el animal conserva su heroísmo trágico. Domingo sueña con la voz del mayordomo diciéndole: “Joiss, buey negro, tú estás viejo, tú no rindes promedio” (27). Deja de ser el hombre joven y trabajador para ser un viejo desplazado: “Ahora le lanzan al camino como perro sarnoso” (28). En este caso, el proceso de transformación es diferente al que se presenta en “El Josco”, el peón desplazado pasa por el proceso de ser un hombre a ser un animal (buey o perro) y termina siendo una planta (caña), peor aún, un desecho de ésta (bagazo). No sólo Domingo ha sido animalizado, sino también el insensible mayordomo: “La cara perruna del mayordomo le obsede” (26). Los sueños del pobre peón lo atormentaban: “El mayordomo se transforma en un perrazo blanco, que gruñe y le clava en las espaldas dos filosos colmillos” (27). Este sueño es un presagio de su triste suerte al final del cuento. La desesperanza de este pobre hombre lo lleva a exclamar amargamente: - “¡Perros blancos; asesinos!” (27) -seres pocos compasivos que se transforman en animales que se alimentan de la miseria ajena. Parece que este mayordomo = perro nos anuncia la plena realización del símbolo en “Los perros”, que veremos posteriormente. En la estética “zoológica” de Díaz Alfaro, el perro es un animal con una fuerte carga negativa, a diferencia de Luis Rafael Sánchez y su simpático Buddy Clinton.

La central azucarera participa, también, de este proceso: “La central cobra vida” (30). Sin embargo, esta vida no es humana, es una criatura temible que: “Le tiende un tentáculo viscoso” (30) y “su áspero y tremolante pito sacude el silencio” (26). Ante los ojos del peón ebrio, la central “es monstruo que quema en sus caldeadas entrañas, carne de peonaje, sangre y sucrosa” (30); y “[...] se yergue amenazante sobre el pueblo negro” (29). Es una figura terrible y pesadillesca, responsable de la desgracia del negro Domingo = caña. Como la caña de azúcar, el protagonista dará su jugo (= su vida productiva) al monstruo (= central) para luego convertirse en un desecho (=bagazo). “Bagazo” posee cierto paralelismo alegórico, ya que el cañaveral se humaniza, mientras Domingo se transfigura en caña. El cañaveral se humaniza ante el

sufrimiento del hombre: “Silba el cañaveral en flauta de guajanas su pena añeja” (25) y, del mismo modo: “Se quejan los goznes” (29). Esta transformación es inversamente proporcional con la del peón en caña de azúcar que, irónicamente, se vuelve amarga de llanto y dolor: caña = hombre = caña. El narrador nos relata de forma directa: “Se sintió caña que cercena el machete” (27). Como la planta, parecía hundirse en la tierra: “Los pies se le adherían pasados al rugoso camino” (27). En primer lugar, el negro Domingo embrutecido por el pesado trabajo se convierte en bestia de carga (buey); luego, al perder su juventud y su fuerza, torna a ser caña a la que se le ha sacado el jugo y, finalmente, se desecha por inservible (bagazo): “Ese soy yo, gabazo; dispué que me sacaron el jugo me botan” (30). En este cuento, el autor lleva los recursos de la personificación y la animalización hasta sus últimas consecuencias, creando así una transformación a la manera de las *Metamorfosis* ovidianas. Cabe destacar que, como en “El Josco”, el recurso literario central que da estructura al cuento, el hombre metamorfoseado en bagazo, se encuentra enmarcado en una serie de otras personificaciones y animalizaciones que lo complementan y lo realzan: “el corazón de la tierra” (25), “brazos de ébano” (25), “ojos venenosos de ira” (25), “vellosos graminales” (26) y otros.

“El fruto” es un cuento que le dedica el autor a la zona tabacalera desplazada por el auge cañero. Utiliza la técnica de unir animales, objetos y hombres/mujeres en una vorágine de pobreza y desesperanza. En primer lugar, personifica la tierra y la hermana con la mujer: “La tierra es como la mujer; para dar fruto hay que poseerla” (33). Es una hembra que aguarda a ser poseída: “Rueda el sudor a la sedienta tierra de labios partidos” (33). Tello debe “poseer” la tierra/mujer para que dé fruto/hijo. Sin embargo, esta posesión resulta violenta: “El arado rasga la entraña negra y pródiga” (33), produciéndose así: “la roja marejada de surcos muere junto a la cicatriz cancerosa de la quebrada” (33). Este doloroso padecimiento de la tierra/mujer resulta acorde con la terrible sentencia que Eva recibió tras desobedecer a Dios en el Antiguo Testamento: “Aumentaré mucho tu sufrimiento en el embarazo; con dolor darás a luz a los hijos” (Génesis, 3.16). El milagro de dar vida viene acompañado de dolor. No obstante, la tierra/mujer es fuerte y resiste:

“Las jembras semos más fuertes que los hombres pal dolor” (36). La personificación de la tierra = mujer/madre es el recurso literario que da cohesión y estructura a la narración.

El autor vuelve a crear un universo paralelo a base de personificaciones y animalizaciones que comparten el dolor de la tierra/mujer. Se representa, nuevamente, el recurso de la humanización de los bueyes: “Elevan al cielo las cabezotas y muestran el blanco de cascarón del ojo pardo en súplica” (33). La misma angustia la sufren los objetos que forman parte del ambiente: “Tras la quebrada el bohío entreabre somnolente el ojo obscuro en la faz amarillenta y triste” (33); “suelta los mangos del arado, que se abren en imploración al vacío” (34) y “se desangran los bucayos” (35). Otras personificaciones de figuras inanimadas le dan al relato un matiz evidentemente poético y sugestivo: “Duerme el tabacal” (36); “Le baila ante los ojos la luz flotante del quinqué” (37). El ambiente entristecido evidencia la tragedia y el tormento en las almas de Tello y Juana: “El cerro, el rancho, el bohío, se funden en una sola sombra espesa” (36). Tello sufre la pérdida de su segundo hijo por causa de la anemia y el hambre, así como los brotes de tabaco transplantado fueron marchitos por la sequía. Tello, lleno de amarga sabiduría campesina, asegura: “La tierra es buena como la mujer, pero el fruto cuesta mucho trabajo cuidarlo y después se pierde como el hijo” (35). Su hijo Fele y el tabaco se pierden sin que él pueda remediarlo: “Pa que después e criarlo se nos muera. Pa que le pase al igual que al tabaco que dispué de floreció se pierde” (36). Poco tiempo después, Juana vuelve a quedar embarazada. Tello se llena de pesimismo y alucinaciones perversas a consecuencia del alcohol y toma la terrible decisión de sacrificar a ese hijo sin futuro: “Otro hijo pa que se pierda; y si se logra, que tenga que llevar la vida de perro que e llevao” (37). Él no desea que se convierta en un “animal” sin voluntad, sin esperanza, como él. Al final, Tello recibe como revelación divina, plena conciencia de la sublime y estrecha relación entre mujer y la tierra: “La mujer es buena como la tierra y el fruto es de Dios” (38). El símbolo de la tierra identificado con la mujer le da un toque esperanzador al relato: como la mujer, la tierra tiene la capacidad de dar fruto, es decir, de contar siempre con la posibilidad de un nuevo comienzo.

“Los perros” es el cuento que, según Rivera de Álvarez, representa el más alto nivel artístico y literario de su autor (492), especialmente en lo que respecta al tratamiento del tema: el deteriorado Rucio que sucumbe ante la furia destructora de los canes. Decimos más, el Rucio es el más “humano” de los animales de Díaz Alfaro. Cabe destacar, el parecido entre este cuento y “El Josco” en cuanto al tema principal y simbólico: el acoso al que se ve sometido el puertorriqueño que poco a poco pierde su identidad y sucumbe ante fuerzas que lo llevan invariablemente a la destrucción de sí mismo. Sin embargo, este cuento supera el matiz político del anterior. El autor humaniza las criaturas de su cuento, de tal manera, que les otorga una dimensión espiritual y metafísica ausente en “El Josco”. Esta particularidad le da un carácter universal al relato. El Rucio adquiere características humanas desde el comienzo del cuento, ya que conoce bien el estado lamentable en el que se encuentra, pero le es indiferente. Reflexiona con actitud filosófica sobre la suerte de otros animales que se han suicidado o que han muerto jóvenes, sin considerar estas opciones para sí: “Sabía del suicidio de algunas bestias. El toro Josco se desnucó...de potro había visto sacrificar a más de un caballo de fina estampa...” (66) y decide: “morir en los caminos, lentamente, día a día” (66). Mientras el Josco muere con dignidad, el Rucio lo hace con estoicismo. Piensa aterrorizado en el ataque feroz de los perros y esta idea lo llena de coraje y rebeldía porque las fuerzas de la juventud lo han abandonado: “Los patearía como antes. Los dejaría tendidos en los caminos con las bocas espumosas...Los perros cobardes...” (67). La llegada del amanecer es un aliciente para el pobre animal debido al retiro momentáneo de sus atacantes.

La personificación de los seres inanimados se hace evidente: “...el silbar apacible de las guajanas...La luz era en la cumbre diáfana, bajaba del cielo cercano atenuada, amorosa” (67). La personificación de la naturaleza en estos cuentos es un aliciente para el lector que se encuentra profundamente afectado y conmovido con la narración. La luz bajaba como ángel/mujer protector para el adolorido animal. La cercanía de la jauría despiadada despertaba en el Rucio los recuerdos de una juventud vigorosa cuando sus ágiles sentidos adquirían características humanas: “Su cabeza se erguía entonces poderosa... Tascaba el freno con

rebeldía...Las orejas vivas...Los ojos, redondos espejos pardos tragándose el paisaje en jaquimón de soles rabiosos. Una escultura de músculos y tendones en voluntarioso trote” (68). El potrillo cerrero y el de silla le recuerdan su antiguo brío y esto lo entristece. Los perros adquieren facultades humanas, terribles y perversas, especialmente el perro negro que encabeza la jauría y, según el narrador, representa la muerte: “...se llamaban de batey en batey. Sentados en los cuartos traseros enfilaban al cielo las cabezas soñolientas en famélico conjuro. Se confabulan” (68). Tras la última embestida de los perros, el Rucio siente una fuerza misteriosa, como un jinete invisible, que lo guía hacia su meta: la cima del monte Farallón. Los canes lo acosan con mayor frenesí, causándole heridas dolorosas que lo hacen sangrar abundantemente; sin embargo, el Rucio ya no lo siente, su atención se centra en algo más allá: “Su cabeza parecía flotar ahora sin consistencia. Hinchía su pecho de alientos, de fragancias olvidadas” (74). El sufrimiento ha purificado al Rucio y lo ha llevado a un estado en que ya ningún mal puede alcanzarle.

El Rucio comienza a experimentar sensaciones cada vez más elevadas que lo alejan más de los frenéticos perros: “Se sintió poderoso sobre la cumbre, uncido a las nubes, desprendido de la tierra, fuera de su miseria, de su andar sin rumbo en los caminos” (75). Este valeroso animal llega a la cima del monte, a la realización de su postrera voluntad, a la cima del Farallón. El cuento no expresa una alegoría de la muerte, sino, más bien, una afirmación de lo espiritual y eterno que sobrepasa los obstáculos de “la jauría maligna y oscura”. Si el Josco muere despeñado, el Rucio muere en lo alto. La voluntad inflexible del Rucio vence a los perros, los representantes de la maldad. El heroísmo se destaca como elemento primordial del cuento. “Los perros” es el resultado de la maduración literaria del autor, pues revela una profunda significación temática, un estilo lírico magistral y un excelente manejo del recurso literario de la personificación.

Como hemos podido apreciar en estos breves ejemplos, la utilización de las figuras poéticas como la personificación y la animalización de seres animados e inanimados convierten los cuentos de Díaz Alfaro no sólo en la alegoría de la triste y amarga realidad del jíbaro

puertorriqueño, sino también en un profundo y hermoso poema lírico lleno de sentimiento y humanidad.

Bibliografía mínima

Cabrera, F. M. *Historia de la literatura puertorriqueña*. New York: Las Américas, 1956.

Díaz Alfaro, A. “Los Perros”. *Cuentos puertorriqueños de hoy*. Río Piedras: Cultural, 1990.

_____. *Terrazo*. Río Piedras: Librería La Biblioteca Inc., 1986.

Meléndez, Concha. *El arte del cuento en Puerto Rico*. New York: Las Américas, 1961. 190-217.

Rivera, Josefina. *Literatura puertorriqueña su proceso en el tiempo*. Madrid: Partenón, 1983.

Mención

La lectura como herramienta para desarrollar la imaginación

Por Natalia M. Pacheco Tallaj

El tema que se va a discutir en este ensayo es: la lectura como herramienta para desarrollar la imaginación. La lectura sí contribuye, de manera significativa, al desarrollo de la imaginación. Nos brinda una imaginación amplia, variada, universal... y mucho más, pues como dice el proverbio hindú: “*Un libro abierto es un cerebro que habla; cerrado, un amigo que espera; olvidado, un alma que perdona; destruido, un corazón que llora*”.

Por definición, la lectura es el proceso de recuperación y comprensión de algún tipo de información o ideas almacenadas en un soporte. Hasta su misma definición demuestra que la lectura es un medio de transmitir la imaginación y las ideas del autor al lector: Un libro es el fruto de la imaginación de alguien, y el lector se alimenta del jugo de esta fruta, es decir que, al leer, la imaginación de otros se suma a la nuestra, así contribuyendo a su desarrollo. Para sustentar esta idea se expone aquí la cita de Winston A. Hall: “*Podía imaginar animales y personajes de Dr. Seuss; sentir tristeza, empatía, felicidad y excitación hacia ellos, y visualizarlos en cada*

situación ”. La escritura está construida puramente de imaginación, y es puramente imaginación lo que brinda.

El leer en sí implica, además de alimentar la imaginación, utilizarla y ejercitar el cerebro debido a la ausencia de la imagen y el sonido. En cambio, actividades televisivas, que son por las que tendemos a optar en la época moderna, no estimulan la imaginación en el cerebro, ya que proveen el sonido y la imagen. Un hecho que apoya esta opinión, es un estudio de MRI, cuyos resultados demuestran que al leer, se construyen simulaciones mentales vívidas de lo que ocurre en la narración, que se actualizan y modifican según va cambiando la situación. En la televisión, todo esto, y el sonido, ya se brinda, por lo que el uso de la imaginación no es necesario. Pues, como dijo Groucho Marx: *“Considero que la televisión es tan educativa... que cada vez que alguien pone en marcha el televisor, salgo de la habitación y me instalo en otra para leer un libro”*.

La lectura permite darle nuevos matices a nuestro mundo. Un ejemplo de esto es el libro de Anna Quinden: *“Cómo la lectura cambió mi vida”*, narrando que *“la lectura es una especie de universo paralelo en el que todo puede pasar; un mundo en el que nunca somos extraños: mi mundo real y verdadero”*.

Con un libro en mano se puede convertir todo en nada y nada en todo. Tú determinas la importancia de las cosas en ese mundo fantástico que se te presenta y, lo que en el mundo real puede ser todo, en tu mundo puede ser nada. También, una experiencia lectora puede ser un evento que cambie tu vida. Esto conlleva a decir que estudios demuestran que las personas con capacidad de visualizar momentos felices en tiempos de miseria, tienen más capacidad de sobrevivir los tiempos difíciles.

En conclusión, un libro nos transporta a un universo distinto, de pura imaginación. Un universo donde todo es posible, que desarrolla nuestra imaginación. Tal cual dijo Luigi Settembrini: *“A menudo en tu vida te encontrarás con que un libro es mejor amigo que un hombre”*. Además, ¿alguna vez te has fijado en que un libro abierto parecen dos alas? Con un libro en mano tienes la capacidad de abrir tus alas y volar. Imagina...

REFERENCIAS

1. <http://www.proverbia.net/citastema.asp?tematica=38&page=1>
2. <http://es.wikipedia.org/wiki/Lectura>
3. <http://www.pensamientos.org/pensamientoslectura.htm>
4. www.roland557.com/ensayos/lectura_y_salud_mental.htm
5. <http://www.asurampage.com/2.11815/reading-fuels-imagination-1.1583388>
6. <http://www.brainy-child.com/articles/acquire-imagination-creativity.shtml>
7. <http://www.cognitionandculture.net/Olivier-s-blog/astounding-discovery-novel-readers-are-using-their-imagination.html>
8. www.amazon.com/how-reading-changed-my-life/dp/0345422783
9. <http://es.wikipedia.org/wiki/Imaginaci3n>

Escuela Superior Segundo Premio

Las piedras inmorales del mundo: *Critica a esta sociedad*

Por Miguel Barbosa Kortright

El mundo, cuna de la maldad, cuna del deterioro. Miramos todo, y todo se derrite. Nuestra esencia interna queda marcada por la herida moral, que nos causa el vivir cotidiano. Nuestros ojos se concentran en observar lo placentero, lo físico. Los oídos escuchan el reguero que consiste en sonidos sensuales y murmuraciones de sexo. Los labios son masacrados por lo que dice el corazón, quedan muertos. Vivimos por nosotros... ¿Por qué? Nuestros cerebros son imperfectos, nuestras razones de vida son diminutas, insensatas. Pensamos, pero son pensamientos erróneos. El armamento afilado penetra lentamente en el núcleo de una sociedad enfermiza. ¡Violentos somos! Violentos como animales incivilizados. El abismo del infierno nos espera con brazos

abiertos, con uñas afiladas que añoran raspar cada célula de vida, hasta despedazarlas. Nos insertan la aguja que deletrea la muerte dolorosa, lánguida. Líquido mortal que alimenta las locuras que arrebatan a la sociedad desviada. Tendremos que cambiar, tendremos que parar. Pero, ¿Cómo?

Las bebidas que pasan de boca a boca, usadas como puentes, concentradas en regar la enfermedad que quema a cada órgano que respira. ¿Qué vemos en el alcohol? ¿Qué vemos en las borracheras que podemos conseguir con unos simples dólares? La sociedad se ha convertido en un gigante de la bebida. Cualquiera menor consigue lo que quiere, es lo que el mundo enseña, y nosotros le creemos. Las gargantas inocentes se queman con el fuego que cosecha ese líquido transparente de maldades. Botella tras botella nos arrebatamos, ingerimos el veneno que promete la muerte. ¿Qué nos cuesta cambiar la botella de alcohol por la botella de agua? No perdemos nada en dejar las borracheras, pero te aseguro que si seguimos viviendo en ellas la mortalidad de nuestra raza aumentará.

¿Qué es el sexo? Muchos dirían que el sexo es la actividad en que los seres humanos incurren cuando estos se “aman”. Muchas parejas jóvenes no están preparadas para tener relaciones sexuales, pero usan la excusa del “amor” para participar en esas prácticas. ¿Cuál es el problema con esto? Además de ser prohibido por Dios y disgustado por el mundo secular, existen muchos riesgos de enfermedades transmitidas. Estas enfermedades consumen el espíritu de cada ser humano que se encuentra infectado. El mundo no aporta al crecimiento de la moralidad juvenil porque usan el sexo, práctica que debería ser sagrada para el matrimonio, como propaganda de productos que se usan a diario. La prostitución es presentada en los medios de comunicación como en las películas y en los programas de televisión. El sexo fuera del matrimonio es una piedra de pecado, un estorbo en el plan maestro de las fuerzas telúricas que intentan penetrar en los pensamientos del ser humano. ¿Cómo paramos? Tenemos que querer parar. El sexo es una adicción sumamente terrenal. La más difícil, la más que apodera, la más intensa.

“De la abundancia del corazón, habla la boca.” Los pilares de sabiduría, los ancianos, tienden a decirnos estas palabras. ¿Por qué no las aceptamos? Nos dicen esto y como quiera escupimos palabras de veneno, derramamos la esencia del pecado en pronunciaciones vocálicas. Estamos cargando las palabras de lo malvado al destino que éstas quieren llegar, estamos siendo parte de la desviación moral de nuestra raza. Cada vez que una palabra cortante penetra en mi oído, siento las cortaduras simbólicas creciendo y acorralándose a cada extremo de mi cuerpo. ¿Qué nos cuesta el hablar con propiedad? Nuestro nivel de intelecto aumentaría y sobrepasara el nivel de inmoralidad que existe en el hablar de ahora.

La violencia. Serpientes de armamento de todo tipo que flotan entre los cuerpos desmembrados del piso. Las cuchillas del globo terrenal depilan la piel irritada del ser humano, la convierte en pedazos de gritos ahumados con llantos de sangre. ¿Por qué matamos? ¿Quién somos para juzgar la vida de otros y quitarla? Tantos asesinatos por día, la visión se ahoga en muertes inocentes, en crímenes de desviación moral. ¿Por qué matamos? ¿Por restaurar honor? ¿Por venganza ajena a la moralidad aceptada? Hay que pensar antes de halar el gatillo que deletrea la inocencia violada, inmerecida. ¡Piensa! ¿Quieres bañarte en sangre de algún joven que tenía futuro? ¿Quieres matar la generación que se levanta a coger las riendas y a tratar de cambiar la locura que predomina en este mundo? Cambiemos, o nos pudriremos en el hueco del pecado que nos consume.

Crítica Contra La Violencia:

Querida sociedad:

¿Cuál es el extremo al cual hay que llegar para crear algún tipo de conciencia efectiva? ¿Qué tiene que ocurrir para que sus ojos se abran y decidan comenzar a curar al único mundo que tenemos? Tendrán que ocurrir los eventos perturbados descritos en este próximo poema para adquirir algún tipo de reacción real? Tendrá que pasar un acto que romperá nuestra unidad espiritual? (la poca que nos queda) Este poema

representa el futuro inevitable de la violencia, si no cambiamos. Es real. Piensen, reflexionen. Sufrí escribiendo la realidad porque no la quiero vivir. El miedo me arrebató cuando imaginé el futuro y leo este poema. Un pueblo sin Dios es como un pueblo sin núcleo:

Despiertan mis pupilas,
pampom, pampom,
palpita el corazón.
Pienso que hoy voy a asesinar.

Hola jeringuilla, amada droga.
Me inyecto con lo que quiero...
pura energía para matar, es lo necesitado.
Mi desayuno, todo amargo.
Uno, dos... nueve, diez tragos de alcohol puro.
Quiero saborear sangre de humano!
Agarro el machete...
a un día soleado le espera la muerte.

Tropiezo por la puerta y observo al cartero,
“Buenos días” me dijo el puerco,
muy feliz está este ser que vive...
levanto el machete y con una movida silenciosa
arrastro mi arma afilada
atravesando la carne
que sostenía a su oído.
La oreja cae al suelo
y la sangre se aferra a mi pelo.
Quiero más, quiero más, no quiero menos.
Hago una cortada horizontal en su estómago,
me robo el intestino guindante y lo guardo en mi bolsillo.
Salgo caminando, todavía añoro muertos.

Miro. Niños jugando. Se ven tan míseros...
me acerco a ellos con machete en mano.

Los miro con mirada de odio incesable.
Degollados los dos, fuentes de sangre
tocan mis labios, penetra en mis dientes,
mis encías se convierten en parte del pecado...
placer extremo es lo que se siente.
Todavía no he terminado el acto perturbado,
siempre morirán más inocentes.

Mujer hermosa de lejos, deseo su carne.
Placeres sexuales mezclados con muerte...
ayúdame tu gran machete.
No quiero que huya... no quiero que corra...
me acerco y soy yo el que le corta los pies,
ríos de sangre manchan las calles,
“Ahora serás mía mujer!” le grite.
Mientras en el acto violento me encuentro,
observo sus ojos... los quiero.
Le entierro mis dedos asquerosos en el cráneo
y le arranco sus perlas de lodo...
los guardo en mi bolsillo manchado.
Luego de satisfacer mí deseo de sexo
le entierro el machete en el pecho.
No, no he terminado, nunca termino.

Caminando por el barrio
veo una dulce egida solitaria...
qué asco me dan los viejos!
los voy a acribillar a todos.
Entro al lugar.
Con la peste a muerte en mí ser,
voy a descuartizar, pieza por pieza,
a cada bolsa de huesos...
están muy viejos para dejarlos
ahogados en su pudrición depresiva.
Con machete aguantado

ando por los pasillos...
riego la muerte, soy el que la produce...
las paredes se convierten en rojo.
Brazos mutilados amarrados a los abanicos...
uñas flotando en las sopas sangrientas de inocentes almas...
cabezas desfiguradas rodando por el piso de madera...
por ahora estoy satisfecho,
no crearé más muertos.

Arrastro el machete sangrado
por la acera de un mundo perdido.
Llego a mi hogar, me encierro en mi cuarto desolado.
Con marcas de sangre arrebatadas en la cama,
saco los intestinos del cartero, los uso
para hacer el nudo de muerte
que terminara mi existencia incomprensible.
Saco los ojos de la mujer hermosa...
los pongo encima del armario, sangriento como todo.
Ahora y por siempre tendré un testigo...
me cuelgo. Se riega mi pecado.

Cualquier hombre puede ser el cartero, cualquier mujer puede ser la mujer violada, cualquier hijo puede ser el niño jugando, cualquier envejecido puede representar a la égida.

Si piensas que esto no puede pasar, ciego tú eres. Si sabes que esto pasa y no haces nada, necio tú eres. Este es un extremo que no quiero ver en mi diario vivir, pero si nos seguimos hundiendo y no buscamos a Dios, esto y cosas peores van a ocurrir. Muchos piensan: “¿Cómo puede escribir algo tan morboso, tan violento, tan perturbado?” y mi respuesta es “Mira a tu alrededor, las noticias, el periódico. Algo de este calibre es imposible evitar al menos que cambiemos a la sociedad en su totalidad. No me digas que estoy incorrecto porque se sabe que muchos inocentes mueren a diario en Puerto Rico y el mundo.” Busquen a Dios, sino se quemaran en sus pensamientos y nunca serán sanos mentalmente porque

no vivirán en verdad, sino en mentira. No creo que se quieran convertir en una raza insensible al sufrimiento de sí mismo, no creo que quieran vivir en la sopa de violencia interminable que nos penetra hoy en día.

Aguja de depresión, de desespero, de líquido que amortigua el dolor por un segundo pero lo duplica en el próximo. La droga, eres el diablo oculto en el placer. Tú, destructor de los que apenas comienzan a vivir. Muchos te adoran, muchos te necesitan. Eres el custodio de las llaves del infierno. Abres el infierno a diario, quemas las almas inocentes que caen en tus garras. ¡Aléjate del mundo! ¡No te queremos más! ¿Qué beneficio sacamos de la heroína, la cocaína, el crack, las otras drogas que dañan? ¡Ningún beneficio alguno! ¿Placer? ¿Qué cosas te place, morir una muerte temprana con una vida incompleta en su propósito? ¿Vale la pena botar todo lo que eres por una simple aguja metálica que no promete absolutamente nada positivo para ti o para las personas que te rodean? Juntos podemos terminar con la existencia que nos tiene agarrados por el cuello como sogas de suicidio voluntario.

El mundo entero se hunde. Somos la causa de todo lo malo. Hay que cambiar todo, para poder vivir el futuro. Nos hemos sumergido en el agua helada del sufrimiento. Ahora queda el destino. ¿Cuál es nuestro destino? ¿Nos vamos a quedar como estamos y nos ahogamos con la muerte incoherente e innecesaria? ¿Nos levantaremos del balde de agua podrida y juntos lucharemos por el futuro que añoramos? Tenemos que hacer una decisión, por la vida del ser humano, por la vida del único planeta que tenemos.

Tercer Premio

¿Somos racistas?

Por Mariam Morales Soto

¿Somos racistas? Esta es sin lugar a dudas una pregunta que todos debemos hacernos. Una pregunta que cada uno puede contestar. La respuesta puede ser sí, como puede ser no. Todo depende de quién

realmente somos, de nuestros valores, de cómo nos criaron, en que creemos. La respuesta a esta pregunta depende de muchas cosas, factores e influencias. Pero si le hiciéramos esta clara y simple pregunta al gobierno, a los que escriben las leyes, a nuestros grandes líderes; ¿qué contestarían?, ¿somos racistas?, ¿sí o no?, ¿qué dirían?

En este papel y con este lápiz no puedo plasmar lo que ellos dirían, lo que responderían. ¿Por qué? Porque simplemente no lo sé. Mentiría si dijera que lo sé y por esto no lo haré. Pero lo que si puedo plasmar en este papel es lo que veo, lo que escucho, lo que sé y lo que siento. Puedo especular, deducir e inferir. Adivinar lo que piensan, lo que jamás nos dirían: lo que creen, y eso es lo que haré.

Es probable que nuestro gobierno y sus grandes líderes ante esta controversial pregunta; ¿somos racistas?, nos contesten: “Claro que no, hoy día todos somos iguales.” Pero, ¿es esto cierto?, ¿en realidad, qué es el racismo?, ¿todos somos realmente iguales? Estas son solo algunas de las muchas incógnitas que se forman en mi cabeza con tan solo escuchar esta respuesta vaga y memorizada. Esta respuesta vacía, sin sentido, ni razón, sin fuerza y sin fundamentos. ¿Por qué? Porque si esto es cierto porque se nos hace difícil creer, pensar, tan siquiera decir o considerar que un blanquito con pelo rubio y ojos azules es un criminal. Lo que si es fácil es criminalizar a un negro con nariz chata y pelo pasa, ni tan siquiera hay que escucharlo o interrogarlo, aunque éste grite a los cuatro vientos que es inocente; esto sí es difícil creerlo, ¿no? Aun así el gobierno, las autoridades y nuestros líderes nos dirán: “No somos racistas, todos somos iguales.”

El racismo es conferir cualidades de superioridad o inferioridad a individuos. Pero lo ridículo de todo esto es que en realidad, ¿quién es más que quién? Nadie. Nadie. Nadie. Ninguna persona es más que otra. La realidad es que todos somos iguales; lo que pasa es que, en la continua búsqueda del poder del ser humano, no somos capaces de ver esta realidad.

A todo esto, ¿cómo adquirimos el racismo? El racismo es un patrón de comportamiento aprendido. Los niños aprenden a utilizar las categorías raciales y a muy temprana edad nos enseñan a discriminar y ver el comportamiento racista como lógico y natural. Muchas veces

nuestros padres, madres, maestros, y las personas que nos rodean no hacen esto intencional o conscientemente porque, como mencioné antes, lo ven como un comportamiento lógico y natural. Pero para nada el comportamiento racista es lógico y natural. Nadie, nadie tiene el derecho de juzgar, perjudicar, tratar mal, o insultar a otra persona por su color de piel o por su raza.

Pelemos por las razas, por cuál es la mejor, cuál es la más poderosa, la más inteligente y la más hermosa. ¿Qué rayos es una raza? ¿Hoy día las razas son puras? El término raza ha sido utilizado a grupos de personas: origen o linaje común, o grupos de personas que comparten peculiaridades físicas. Hoy día, debido las migraciones y emigraciones, no hay una raza en el mundo que sea totalmente pura. Además, todos los seres humanos somos híbridos; lo que quiere decir que venimos de dos seres, de una combinación; esto por el simple hecho de que nacemos de una madre y un padre. Lo que quiere decir es que nadie puede asegurar que es totalmente blanco o totalmente negro, solo por el hecho del color de su piel. Nadie puede decir que es blanco o es negro por el hecho de tener más melanina que otra. La raza de una persona va más allá de eso. La raza de una persona tiene que ver con cómo se siente, a donde pertenece; tiene que ver con lo que realmente es: un ser humano.

Si piensan que el racismo solo es hacia las razas, se equivocan. El racismo va de la mano del discrimen y el discrimen no solo es hacia el color o la raza de una persona, sino también hacia la diversidad. Hacia la libertad de culto, de creencias, de vestir, de la música, hacia lo diferente, hacia lo poco común. Todos tenemos derecho a ser diferentes. Imagina un mundo donde todo es igual. Donde todos hacen lo mismo, se visten igual, escuchan la misma música, piensan igual, un lugar donde todo es blanco o todo es negro. Si, si así fuera el mundo en el que vivimos todo sería aburrido. Seguramente, si no hubiera diversidad, la primera causa de muerte sería la rutina y el aburrimiento.

Y entonces, ¿por qué atacamos la diversidad? La respuesta es fácil, obvia y sencilla: le tenemos miedo a lo diferente, a lo que consideramos que es poco común. Esto no debe ser así, lo diferente es bueno; es más lo diferente, es más que necesario para que la sociedad en la que vivimos se desarrolle y crezca tanto económico, social y culturalmente. Piensen, si

todos fuéramos iguales y la diversidad no existiera, muchas cosas no serían como son hoy día. Por ejemplo, probablemente no viviéramos en un país democrático, o la luz no existiría. Y esto ¿por qué? Porque si todos pensáramos igual y no hubiera nadie que pensara diferente, nunca se hubieran inventado y creado estas cosas. La diversidad, lo poco común es importante, necesario e indispensable.

¿Somos racistas? El gobierno nos dirá lo mismo: No, todos somos iguales, hoy día los blancos y los negros compartimos juntos. Parte de esto último es cierto, pero solo parte. Hoy es cierto que negros y blancos caminamos juntos en la calle, somos amigos, compartimos, somos amigos, pero ¿todos somos iguales? Esta dinámica no se ve en todos los niveles sociales. Si vamos a los peldaños económicos en la sociedad en la que vivimos, veremos la diferencia tan marcada que hay.

Si comparamos los niveles sociales y económicos con una escalera, en los primeros peldaños no notaremos la diferencia, el racismo, el discrimen. Pero sin duda, a medida que subimos en la escalera social y económica cada vez todo es más blanco, lo negro va desapareciendo, junto con ello también la diversidad, todo se va monopolizando. Y al fin, cuando llegamos al tope de la escalera social todo es blanco, igual, aburrido, nada es negro, diferente, poco común, divertido. Aun así el gobierno nos dirá: “No somos racistas, todos somos iguales.”

Es allí en la cima de todo donde podemos ver como los que tienen el poder manipulan las oportunidades de un grupo o individuos en función de su raza, de su beneficio, a su favor. ¿Qué raza? ¿A beneficio de quién? De ninguna, de nadie. Nos discriminan. No hay más que decir. Por el color de nuestra piel. Por la textura de nuestro pelo. Por el color de nuestros ojos. Por lo que creemos y por lo que luchamos. Por ser diferentes. Por ser como el salmón y no seguir a la corriente. Por ser quienes somos.

Esto no debería ser así. Todos, todos deberíamos respetarnos, amarnos, tratarnos bien. El discrimen, el rechazo y el racismo no deberían ser la ley, deberían ser la excepción. La norma es rechazar, pero ¿Por qué? Simple y llanamente porque los demás lo hacen, porque es lo que se espera. No se espera que alguien vea que esto está mal y lo

defienda, que luche para que no sea así. Porque cuando alguien hace esto lo llamamos “gallina”, pero la realidad es que esta persona es la única que realmente es valiente. Y es valiente porque contra todo y todos tuvo el valor de hacer la diferencia, tomó la iniciativa, se atrevió a hacer justicia. De estas personas debemos aprender, debemos valorarlas; no debemos insultarlas ni juzgarlas, mucho menos hacerlas sentir mal. Todo lo contrario: debemos hacerlas respetar y seguir su ejemplo.

En fin, la lucha contra el racismo y el discrimen solo se perderá si, como seres consientes que somos, creemos que ya no existe. Si nos hacemos de la vista larga ante este problema que aunque parezca increíble aún existe. Debemos tener en cuenta que solo y solo así el racismo y el discrimen ganaran la batalla. Amemos la diversidad, la diferencia, lo poco común, lo blanco, lo negro. Trabajemos para que realmente todos seamos tratados como iguales. Hagamos que esto se haga realidad. Utilicemos instrumentos de lucha contra el racismo y el discrimen como lo son: la educación y el rechazo social y moral en todas sus expresiones. Luchemos en contra de este mal. Permanezcamos unidos a pesar de las diferencias. Seamos todos iguales, seamos quienes somos. Vivamos juntos y en paz en este mundo. Seamos solo lo que somos y nada más. Seamos amigos, hermanos, compañeros, iguales. Seamos solo eso. Seamos humanos.

Mención

La crisis familiar en Puerto Rico

Por Kevin Matos

Durante las últimas décadas, los sociólogos se han dedicado al estudio de la familia. Su principal enfoque ha sido determinar si existe o no una crisis familiar. La familia es vista por los sociólogos como el grupo primario por excelencia. En ésta, el individuo tiene la oportunidad de afianzar su ego, expresar su personalidad total y forjar su propia

imagen. Es indispensable vivir en una familia, pues es donde empieza el proceso de socialización del individuo. Según la Real Academia Española, la familia se define como un grupo de personas emparentadas entre sí y que viven juntas bajo la autoridad de una de ellas. La familia puertorriqueña ha sufrido numerosos cambios en estos últimos años. Por tanto, es una que se intenta investigar y analizar si existe una posible crisis.

Es preciso analizar varias definiciones para explicar el concepto abarcador de familia. José A. Torres Zayas define los conceptos de familia nuclear y familia extendida, así también los de familia de referencia y procreación. Según Torres Zayas, la familia nuclear es una vivienda en la que residen padre, madre e hijos. “En la familia nuclear encontramos la convivencia de generaciones inmediatas, -padre, madre e hijos, o una variante de solo dos de ellos- separados de sus familias de origen, en una vivienda donde satisfacen las funciones esenciales primarias.” La familia extendida se refiere a la convivencia de generaciones inmediatas, dos de ellas de procreación (siendo ésta la que admite relaciones sociales de un parentesco que no están vinculados a lazos genéticos o sexuales, ya sea hijos de crianza o adoptivos) y una de origen. El autor explica que la familia de referencia “es la familia de procedencia de uno y otro cónyuge, en la que ellos figuran el rol de hijos”. Cabe destacar que el autor señala que en Puerto Rico hay una tendencia predominante hacia la familia de tipo extendida. Aunque en la actualidad se dan unas nuevas tendencias con la relación a la composición familiar.

Annie de Acevedo también habla sobre la familia y señala que la misma ha sufrido cambios significativos en los pasados veinte años. Muchos factores han incidido en estos cambios. Las diferencias más grandes en la familia contemporánea son: familias de pocos hijos, tasas de divorcios altas y por consiguiente, familias con un solo jefe de familia. De Acevedo expresa que algunas causas pueden ser el ajoro constante en el que se vive, provocando estar menos tiempo con la familia, como también los roles protagónicos de las mujeres. También se destaca el elemento social y económico que interfiere en el desarrollo y estatus pleno de la familia. Por tanto, encontramos familias disfuncionales y con características

distintas al modelo tradicional de familia que permeó durante muchos años.

Como bien antes dicho, la familia es el grupo o comunidad más pequeña de una sociedad. Es la base de una nación como dice Matienzo Cintrón: “Hoy Puerto Rico es sólo una muchedumbre. Pero cuando esa muchedumbre tenga alma, entonces será una patria.” Otras funciones de la familia, además de formar la personalidad del individuo, son regular la conducta sexual, reponer los miembros de la sociedad, socializar los hijos e hijas, cuidar y proteger sus miembros, proveer estatus social, proveer una educación, enseñar valores, creando familias ejemplares...

En el libro *La familia puertorriqueña: Ayer y hoy*, “La familia es la raíz del árbol de la sociedad. De la verdadera familia, el fruto es el amor, ingrediente necesario para un Puerto Rico mejor.” El autor indica que sí hay una crisis familiar y la adjudica a varias razones. En primer lugar a la ignorancia religiosa, pues al no haber una base religiosa, no se establecen ciertos valores (en algunos casos). En segundo lugar a la crisis de natalidad, abortos, disolución de la familia y autoridad. Muchas veces las familias se desvanecen por falta de autoridad en la misma. Los descendientes se convierten en los “jefes” del rol autoritario, debido a la falta de autoridad y responsabilidad de los progenitores. Otra razón es la división de clases y repartición de riquezas. El egoísmo domina la sociedad y abundan las drogas, delincuencia, perversión e inmoralidad. Esto se debe a una crisis familiar o disfunción familiar en sus antecesores y lo transmiten de generación en generación agravando cada vez más la llamada crisis. Otro aspecto es el régimen materialista. En muchas familias se dedica el tiempo paterno filial en brindarles cosas materiales a los hijos. Esto es una posible causa de la crisis, pues no se ofrece el tiempo prudente de padre e hijo y es imposible enseñar valores, tradiciones y ofrecer buenos ejemplos sin un contacto entre dichas partes.

Tres grandes causas de la crisis familiar en Puerto Rico son: los embarazos a temprana edad, la tasa elevada de divorcios y la crisis de pareja. Actualmente, se han hecho comunes los embarazos en la adolescencia. Se ve mucho “niños criando niños”. Esto es una gran causa, pues un adolescente es incapaz de criar efectivamente a otro niño,

pues éste aún no ha terminado de formarse a sí mismo. En ocasiones, surge el aborto, o simplemente los abuelos terminan criando a su nieto, haciéndole un gran daño inconscientemente. En otros casos, las madres terminan matando a sus hijos como se ha visto grandemente en los últimos días. Estos niños pueden también ser maltratados.

Con el paso de los años, la tasa de divorcios va en crescendo. Por tal razón, la familia queda en manos de un solo jefe, ya sea la madre o el padre. Esto crea una disfunción o crisis de autoridad. La mayoría de los casos, la madre es la encargada de dicho rol. Ésta se ve la única responsable y encargada de mantenerla estable. Los hijos muchas veces son privados de compartir con su otro progenitor, o el tiempo es exiguo y no se logra cumplir las funciones de la familia en su totalidad o no se logra brindar el cariño necesario para el hijo. En algunos casos, los niños presencian discusiones o situaciones difíciles entre parejas. Ahí entra la tercera causa: crisis de pareja. En ocasiones, esas discusiones terminan en peleas constantes e incluso en maltrato, alcoholismo... En estas situaciones el niño pasa a ser el mayor damnificado y la mejor solución es el divorcio. Se producen altos efectos emocionales en todos los miembros de la familia, especialmente en los hijos. Un divorcio puede implicar también pérdida del poder adquisitivo, cambios de residencia, a veces convivencia forzada...

Otra causa de la crisis es la economía, pues esto afecta emocionalmente la familia ya sea por un fracaso, pérdida de trabajo... las cosas cambian. Algunos tratan de conseguir el dinero de la manera menos indicada, afectando así a la familia entera y fomentando la crisis.

Ésta y otras razones provocan el surgimiento de familias disfuncionales que rompen con el modelo de familia tradicional que ha estado establecida por una gran cantidad de años en nuestra sociedad.

Hace unos años, la familia puertorriqueña se destacaba por su disciplina y numerosos hijos. El concepto familia se llevaba a cabo y cumplía la mayoría o todas las funciones. Aunque muchas familias no tenían abundancia en cosas materiales, tenían todo lo necesario para vivir bien. En la actualidad, la familia es una muy variada, pues rompe con la familia tradicional de hace unos años y se convierte en familias nucleares, extendidas, de referencia, de procreación y muchas otros tipos que con el

paso del tiempo se van haciendo comunes en la sociedad. Los divorcios aumentan, los valores decaen, las familias disfuncionales aumentan, cada día hay más niñas criando niños...

Para evitar agudizar una crisis luego del divorcio, es imprescindible analizar la relación con los hijos, los cambios que éstos puedan sufrir, las razones que tendrán que presentar a los hijos y que la decisión no afecte ni comprometa las necesidades básicas del niño. Es necesario el cariño, el cuidado, atención, apoyo, comprensión... Los padres se divorcian de su pareja de matrimonio pero no de pareja de padres para sus hijos. Otra necesidad de los hijos es alimentación, techo, cuidado, educación, vestimenta, atenciones... Los padres deben estar en las horas que se necesiten y no sólo en las horas establecidas. Las familias de padres divorciados tienen un reto mayor que la familia típica de madre, padre e hijos; pues todo “cae en manos de uno” y el otro debe fomentar su relación y cumplir su parte aunque no sea en el hogar.

Algo importante para eludir la tasa de divorcios, el número de violencia doméstica y otro tipo de familias disfuncionales, es llevando a cabo el concepto del noviazgo, que con el transcurso de los años perdió su significado y validez. En la actualidad, lo que algún día se llamó noviazgo es letra muerta. Muchas parejas no pasan el momento necesario para conocerse como requiere el “protocolo del noviazgo”. Otras basan la relación en el sexo en lugar de cumplir las otras características.

Es inútil evitar a estas alturas que niñas críen niñas, pues todo en la sociedad gira en torno al sexo, y se puede apreciar en los medios de comunicación. Es lo único que oyen los niños en su desarrollo y por consiguiente lo que aprenden. Cambiarlo es imposible. Sin embargo, con una familia fuerte, con autoridad y formalidad, se puede educar en valores y evitar éstos y otros asuntos que ayudan al crecimiento de la crisis, como la drogadicción, alcoholismo, violencia... Si hace unos años se pudo, ¿por qué no ahora? Si no se toman cartas en el asunto, la crisis seguirá aumentando. Como dice Matienzo Cintrón: “... Cuando esa muchedumbre tenga alma, entonces Puerto Rico será una patria.”

Estudiante UPPR

Mención

La codicia de ser feliz Por Jackeline Rivera Sánchez

“Buscamos la felicidad,
pero sin saber dónde; como
los borrachos buscan su casa
sabiendo que tienen una”.
- Francois Marie-

¿Por qué visualizamos la felicidad como un punto que se divisa a lo lejos y por más que avanzamos siempre resta el mismo camino por recorrer? Es esa intensa búsqueda atroz y desesperante la que finalmente devora la vida humana. El cansancio se adueña de todo espíritu que anhela encontrarla, entregando su todo para encontrar la nada. Nada surge de la nada con el propósito de que en ella no haya nada.

Solo el afán durante la búsqueda limita el desarrollo del entendimiento que explica la razón inexplicable de las emociones y los sentimientos. El motivo de esta búsqueda es creado por las ansias de lograr dar significado a la manifestación de algo que no es un estado común en el ser humano, un estado que trasciende los sentidos naturales, que abarca el más allá de las emociones y exalta la libertad de una expresión máxima. Esa exaltación produce infinidad de fórmulas que proveen un punto de partida individual para comenzar con la búsqueda que propone el sentido de aspirar a ser feliz. La humanidad formula un pensamiento que lleve el interior a través de caminos conducidos por el dinero, por la lucha de los ideales que conformen su vida o por un ser que sea el protagonista perfecto para culminar su búsqueda.

La búsqueda de un refugio indica la presencia del desamparo. El vacío que rige la noción del ser humano lo impulsa a desencadenar una furia que forma la creación del refugio más placentero. Sin nada que pretender recogen sus pertenencias, haciendo de ese refugio su hogar permanente. En ese refugio habita el dinero, cosa que muchos quieren y

muchos tienen. La adicción de cuando lo tienen transforma su visión de búsqueda en un espejismo que les hace pensar que la felicidad está más próxima a sus vidas. Ese espejismo se duplica en el interior de un ser para aparentar que está colmando el vacío que tanto procura llenar. Cuando se experimenta que finalmente el punto de la felicidad se divisa “claramente”, en ese instante, el vacío que se creía lleno vuelve a ser lo que siempre fue. La mente recoge la idea de que en algún instante se logró llenar, y es aquí donde llega la propuesta de tener más para llenar más los espejismos toman la habilidad de aparecer continuamente, provocando el deseo insaciable de adquirir lo que necesita un hombre materialista. “El dinero puede comprar una cama, pero no el sueño; puede comprar la medicina, pero no la cura; puede comprar una mujer, pero no una esposa; puede comprar una casa, pero no un hogar; puede comprar la comida, pero no el apetito.”

La tendencia a tener todo lo que la capacidad humana ha creado encierra la realidad oculta que explica el hecho de que las posesiones sólo son parte de la vida superficial, la cual no conforma las necesidades que verdaderamente procuran ser suplidas. Esta razón ausculta el verdadero sentido que se le arrebató a la vida. El enfoque de buscar lo esencial produce un giro inesperado. La profesión toma el papel principal ya que les suple todos los deseos en torno a las nuevas aspiraciones. Las familias que conciben se destacan como familias por cumplir con los requisitos que la sociedad establece para identificar que son un núcleo familiar. Todo queda como una máquina de feria que recorre una misma ruta... levantar y acostar, una rutina que domina sus vidas como un círculo que no tiene principio y final.

Las aspiraciones cumplidas pueden complementar la esencia de una vida feliz, pues como seres humanos, la capacidad está presente para proponer ideales que sean el centro de su evolución. Ese centro evolutivo toma dependencia de la clase de aspiración que se quiera alcanzar. No hay mejor camino a la pobreza que la codicia del dinero, pérdida de las riquezas del alma. El pasado de un hombre con alma empobrecida se define con esta frase: “Era tan pobre que no tenía más que dinero.” Ausencia de la riqueza interior es lo que predomina cuando

se vuelca la frase al decir que era tan rico que no tenía más que dinero... La necesidad abarca todo tipo de vida que se pretende vivir.

No todos los que en el mundo residen tienen al enemigo creado por el mismo ser: el dinero. Un tronco de campo, sin ser cuidado con los mejores tratamientos para su desarrollo puede ser una belleza natural, en cambio uno enriquecido con todo lo que se le pueda proveer puede no llegar a ser siquiera un árbol. La falta del dinero en la vida del ser humano no es un sinónimo para la infelicidad. “La sociedad está dividida en dos clases: las que tienen dinero, y las que no pierden las esperanzas de conseguirlo.” Las esperanzas de conseguirlo no se pierden para evadir el sentido posible de ser infeliz sin dinero. Un día de Navidad sin obsequios bajo el árbol, por la falta de dinero, no define la infelicidad. Un catorce de febrero sin los mejores presentes no sugiere desamor. La búsqueda de un ser sin los papeles verdes es de mayor intensidad, pues es enfocado por la ansiedad que le insta a buscar en su entorno y en el entorno de los que le rodean. Según lo que le rodee, le será hallado.

Los pensamientos propios proponen ideales que guían al mundo y establecen un estilo en la conducta humana. El estilo individual adjudica un propósito particular para ejercer la búsqueda de la felicidad según los ideales. Políticamente, el trasfondo de la felicidad, puede estar consumido por la impotente lucha que procura tener el ser humano a base de su pensamiento. Cuando se le otorga el más alto reconocimiento por la defensa de esos pasos idealistas es que comienza el proceso de “ser feliz”. Construye con sus ideales un camino de felicidad aparente. Lo deja todo para alimentar partidos que fraccionan la unidad del pueblo. Las campañas no se hacen esperar, el altercado no cesa, todos quieren obtener la victoria. El pueblo ejerce la “democracia” y finalmente un título enmarca su vida. El poderío que supone tener le hace pensar que está en la línea pertinente para ser feliz. El foco que alumbraba sus ideas ya solo forma parte de un pasado sin luz eléctrica, sin pensar que esa luz no tiene ninguna pertinencia. Cuando ya la electricidad no esté presente, seguramente correrá en búsqueda del foco interior. Mientras esa etapa de confusión con su propio interior logra intensificarse, desarrolla la idea de buscar otro medio que lo mantenga en

la posición de líder. No siempre recto y honesto, pero consciente del agujero que no llena, y que urge ser lleno de algún modo. En la constante búsqueda se aferra a lo oscuro, lo que no da una sensación limpia de lo correcto, lo que ensucia sus manos y junto con ellas el bienestar de un pueblo. Presenta propuestas que dibujan una sonrisa en cada ciudadano que deposita su confianza en él con la esperanza de ser feliz, en alguien que tampoco ha experimentado la felicidad y mucho menos procura encontrarla en un camino justo. La realidad de este estilo de búsqueda ambigua se condensa en que no todos los que luchan por el mismo ideal, obtienen el mismo resultado. Una lucha lleva consigo dos resultados: una victoria y una derrota. La experimentación de la derrota en un ser podría atacar su pensamiento frustrado para promover una culpa innecesaria que articule la idea de que es un ser incapaz. En este aspecto la incapacidad toma presencia cuando no hay capacidad de lucha. Solo la lucha misma, dentro de los que no logran vencer, formula una posible felicidad como resultado de aspirar y luchar por los deseos propios. Como dijo el escritor y filósofo español Miguel de Unamuno: “Una de las ventajas de no ser feliz es que puede desear la felicidad”. El no tener felicidad abre puertas a un mundo en el cual la vida misma es un aspirar.

No cesa la incansable búsqueda que enloquece al hombre. La locura automática interviene en una indagación aún más intensa que gobierna su razón humana, la cual no alcanza descifrar la fibra que provoca una evolución constante para tener nuevas ideas infundidas en la mística de la vida. Elevan su mirada ligada al rostro fijo en lo inalcanzable con voz de súplica para plasmar en lo invisible el refugio de la miseria de su alma y hallar la bonanza que anima al espíritu. El hecho de no ver lo existente produce una sujeción que configura el centro de búsqueda en un ser superior que pueda dar lo que tanto ambicionan encontrar. La convicción en este ser creador de todo lo visible e invisible incita a la humanidad a crear en sus vidas una certidumbre de que la felicidad está a las puertas. Se establece un nivel dogmático rígido que espanta a los que intentan encontrar el refugio que les pueda brindar un aspecto de mayor elevación para dirigir correctamente su búsqueda. Como establece Arturo Graf: “La religión debería servir más para dar

ánimos a los buenos que para aterrorizar a los malos”. Lo que realmente logra identificar o segregar la conducta humana entre el aspecto positivo y negativo es la dirección que da cada ser a su propio trayecto en busca de la felicidad. Esto define la prioridad de su espíritu para encontrarla de algún modo. Dentro de la tregua durante la búsqueda siempre aborda un sentido de esperanzas distantes que regulan el panorama vehemente para sentir la proximidad de ese punto. Tener certeza de lo que se espera y convicción de lo que se ve es el modelo máximo de una vida que no se rinde ante la búsqueda de la felicidad. Logran divisar su punto con la seguridad interior de que una oportunidad les hará frente para verlo, parparlo y alcanzarlo. Esas expectativas son las que conducen toda una vida de vivencias y ambiciones a la peregrinación arrebatada por la búsqueda propia.

La constante necesidad de saciar el estado solitario que en un momento dado invade al ser humano lo insta a desarrollar una estrategia de búsqueda en un ser que sea la propia personificación de su felicidad. Intenta acudir al modo más insistente que utiliza la humanidad para colmar el vacío que reside en el interior. Pretenden cubrirlo con personas que se encuentran en un mismo estado con el propósito de compartir el mismo vacío que defina a ese estado como uno natural que todo ser produce. Ese estado de falta, de necesidad, de inmersión sentimental y espiritual se acopla a la incesante ausencia de la felicidad. Carecen de lógica para comprender el estigma que queda cuando el aferramiento a otro ser procura crear una dependencia que lo ata con un desenlace que no está sujeto a cambios. Pretenden conducir su felicidad por la vía de otros, sin encontrar nada en su propia travesía. Le suplican a la vida que apresure el tiempo para verse al fin, para escucharse, abrazarse, besarse, decirse lo mucho que se aman y en ese instante sentir la “felicidad”. No ven la hora en que la pantalla de su teléfono indique una llamada de ese ser, un mensaje con un “te amo” y “te espero mañana en el mismo lugar, a la misma hora”. Se prometen el mundo entero con la frase de máxima utilidad: “te voy a hacer feliz”. El fenómeno de difusión de dos disoluciones (presencia de felicidad y ausencia de la misma) con concentraciones distintas no logra completar por medio de una membrana permeable (el ser humano) la transferencia para llenar la

ausencia de la felicidad, afirmando la imposible formulación que presenta el proceso de ósmosis en la transmisión de la misma. El amor, por el contrario, puede ser una de las enfermedades que contiene un nivel alto de contagio, pues es posible que debido a la transferencia de sus síntomas, logre expandirse y complementar la aspiración de ser feliz, sólo que para la cura de las heridas que provoca, hay un médico especialista sentimental, un anestesiólogo para los sentimientos y un enfermero que ayuda a dar seguimiento a los tratamientos: el corazón, el tiempo y el ser humano mismo.

El tiempo transcurre y como cambia el universo cambia la vida. El pasado se adueña de un presente invadido por las consecuencias que evidencian la búsqueda errónea que concibe el ser humano. No ven la felicidad donde creían hallarla y desisten de compartir o desperdiciar la vida que les queda junto a alguien que prometió algo que claramente no puede cumplir. La rabia aprisiona sus almas como un delincuente condenado a cadena perpetua y lo arriesga todo por escapar, aunque sea sin vida. El odio fomenta la maldad para impedir que ese ser que depende de sí, emigre. La dependencia se vierte prolongando la precaria situación que urge que sea terminada. La mujer se marchita como una flor que no siente un sol y nadie cuida al saber que su esposo ya no siente lo que anteriormente sentía y busca su felicidad en otra, por tanto, opta por no caminar en busca de una ruta distinta hacia la felicidad y se introduce en las garras del suicidio para ocultar el fracaso que cosechó su jardín al intentar ser feliz. El hombre recurre a los consejos del egoísmo, el cual le susurra que procure cerrar la puerta para que ella no escape, porque si no puede estar ahí, menos podrá estar afuera. Comienza a encontrar sólo pura demencia de su parte, sintiendo que cada día su ser satisface al sacudir su mano penetrante contra su compañera, utilizando su piel como papel fijo para dibujar toda especie de cardenal en distintas tonalidades. Finalmente un cuadrilátero de lucha indefinida abarca sus vidas infelices, esta búsqueda, con una vida que ahora reside en el más allá.

Como sed que nunca logra ser saciada, es la búsqueda de la felicidad para el ser humano. Se refleja como un hombre sediento en el

mar, rodeado de agua que no suple la necesidad que posee. El enfoque de la existencia humana consta en explorar y rebuscar en cada rincón del camino de la vida un rumbo que pueda proporcionar la “tan buscada felicidad”. Las ansias de encontrarla cada día, cada hora, en cada minuto y segundo provoca una significativa pérdida de las vivencias, sueños y situaciones que estimulan aspiraciones reales y presentes en la existencia de cada ser. Lo que mantiene una vida es el anhelo de aspirar y unir todo complemento que proporcione la más amplia gama de valores característicos de una vida con su propósito definido en la tierra. El empeño que rige las fuerzas de un ser que lanza su todo a la búsqueda de la felicidad, obstaculiza la oportunidad de vivir a plenitud, conforme a cualesquiera que sean las situaciones que contrasten su vida. La felicidad se hace presente cuando el ser humano es capaz de rechazar la tendencia a sentir la permanencia que los deslumbra, imposibilitando la aceptación propia de la realidad de sus vidas. No disponen de la lógica natural que explica la conducta perecedera de los acontecimientos inesperados, los cuales toman desaparecidos a los que mantienen el pensamiento de que todo en su entorno esta correctamente y nunca sufrirá cambios contrarios a los que se suponen. Como la Tierra se dispone a ejercer rotación sobre su propio eje, el ser humano debe girar sobre la realidad de su propio trayecto: su vida. La visión empañada que disminuye la calidad de imagen para permitir el más amplio acceso a cambios de las etapas vividas y por vivir es la que comúnmente segrega al ser humano de su mundo real y establece límites que evitan estar consientes de un hecho que los expulsa de todo irreal. La aceptación de cómo el ser humano se configura debe promover la disposición requerida para impactar a la realidad que toca ser vivida. Concebir la felicidad como las esperanzas que regocijan el espíritu formula la idea de que ciertamente puede ser experimentada por un ser.

La búsqueda de la felicidad abarca un trayecto sin destino fijo. La inmersión en la búsqueda promueve el olvido de la sustancia que sostiene la vida. Sin sentido se persigue una maravilla inalcanzable dentro de una búsqueda, alcanzable dentro de su creación; carece de un paradero, logra existir sólo cuando es engendrada. La búsqueda de la felicidad limita la oportunidad de vivir, como dijo Paulo Coelho:

“Mientras más felices pueden ser las personas más infelices se vuelven”, todo por derrochar la vida en ser los detectives de la felicidad. Ésta no proviene como un aspecto natural de la vida, sino como creación que naturalmente el ser espiritual desea, para descifrar el motivo que verdaderamente sostiene la existencia del ser racional. El arte de dibujar deseos, construir objetivos, pintar cada rincón de la vida, diseñar el plano de las aspiraciones y delinear en cada corazón el amor, la paz, el gozo, las esperanzas y el compromiso que pacte la unión suprema de brindar a cada día la pasión de sentir la vida, complementa una creación genuina de un estado de espíritu que sobrepasa los límites conformados por las ansias de vivir...la felicidad.

Otras Universidades

Primer Premio

**Las Antillas desmemoriadas: una visión de la muerte y la
esperanza en Haití
a partir de la novela Pérejil de René Philoctète**
Por Jessica Reyes Serrano

El historiador haitiano, Jean Casimir, expone que el origen de las desigualdades que existen en el Caribe se remontan a la época de oro de la plantación esclavista. Según él: “Desde entonces, el poder político determina la legitimidad de los mecanismos de diferenciación social y, en particular, los relacionados con los logros individuales. El control político forma parte de la lógica de desarrollo de las metrópolis, es decir, de sus culturas.”¹ No cabe duda que muchos países del Caribe han sufrido la marginación. El caribeño pertenece a la cultura del oprimido.

1 Casimir, Jean. La invención del Caribe. Río Piedras:Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1995.

Sin embargo, sólo un país ha vivido la peor masacre después de la colonización española: Haití.

En el año 1931 Rafael Leonidas Trujillo Molina tomó la presidencia de la República Dominicana. Fue en ese momento en que comenzó, para muchos dominicanos, una pesadilla que duraría treinta años. A esa terrible época se le ha llamado la Era de Trujillo. Durante este tiempo, Trujillo tuvo control absoluto sobre el país. Su dictadura se basó en la manipulación, el miedo y la tortura. A base de esto, logró controlar el aspecto político, el económico y, claro está, el militar. Entre sus proyectos se encontraba el “blanquear la raza”, por tal razón, en 1937 se inició una de las vivencias más terribles que ha sufrido el pueblo haitiano y también el dominicano: la matanza de haitianos. Sin compasión, Trujillo envió a sus tropas para que masacraran a más de 15,000 haitianos.

Juan Bosh, quien fue víctima de las injusticias de la dictadura y se tuvo que exiliar, comentó en el año 1959, antes del asesinato de Trujillo, lo siguiente: “Como jefe político, jefe militar y amo de la economía dominicana, Rafael Leonidas Trujillo tiene un poder casi omnímodo. Puede asegurarse que lo único en que su voluntad no es determinante en el país es en dar la vida, puesto que da la muerte, la riqueza y la miseria. Esta situación de señor único en el campo militar, en el político y en el económico, le confiere potestad absoluta sobre el pueblo dominicano.”²

Para Casimir: “La cultura oprimida se define como un aparato ideológico construido durante la sedimentación de grupos y clases sociales de una formación nacional, por una u otra de estas capas, situada en una posición que le permitió mantener la organización de su vida cotidiana y ciertas actividades de producción de la vida material (...)”³ A su vez, la cultura oprimida es una conciencia ubicada fuera de toda posibilidad de lucha institucionalizada.

El escritor haitiano René Philoctète (1932-1995) presenta la injusticia que vivieron miles de haitianos mediante la novela Perejil (1989).

2 Bosh, Juan. Trujillo causas de una tiranía sin ejemplo. República Dominicana: Editora Alfa & Omega, 2003.
3 Casimir, Jean. La cultura oprimida. México: Editorial Nueva Imagen, 1980.

El texto inicia con la aparición de un pájaro mudo que se mantiene dando vueltas en el cielo de Elías Piña, una pequeña población en la frontera dominicana. Inmediatamente, observamos la reacción de la gente del pueblo: “Se santiguan”.⁴ La sombra del pájaro, con sus alas desplegadas, dibuja una cruz sobre Elías Piña. Lo que se dibuja en el cielo es un “ave de malagüero”, es decir, la mala suerte. La superstición está presente en el pueblo haitiano. El escenario lúgubre es señal de que se avecina algo malo.

Más adelante un viejo cazador dispara al pájaro, sin embargo, este no tiene sangre. Luego de esta nefasta señal, el viejo cazador se suicida disparándose en la sien. Para el cazador era preferible morir a vivir y ver lo que se avecinaba. Con este acto se observa cuan fuerte es la superstición para el pueblo haitiano. Sin embargo, la gente del pueblo rescata lo que pasó a través de la literatura oral y lo ve como una maldición del “pájaro hechicero”⁵ Lo mismo le sucedió a un tal Pablo Ramírez, Sonia del Sol, Roberto Sánchez, Paco Moya, María la puta, José el poeta, Juan el campesino, De García el professeur entre otros. Atacar a “la cosa” era atacar al gobierno. Quien lo atacaba desaparecía. El ave es Trujillo.

Tal como expresa la novela, la muerte: “se instala en nuestra vida como un anuncio publicitario y la gente la agasaja.”⁶ Los personajes bailan con la muerte que se metaforiza con un ave. La ironía permea en la historia. Todo lo que sucede en la novela parece sacado de un sueño. El juego con la retrospectión y la psiquis de los personajes permite que el lector se meta en ese viaje agridulce con ellos. La muerte está al acecho, pero el recuerdo de la felicidad es más poderoso.

René Philoctète utiliza un discurso narrativo poético para ir describiendo el paisaje. En Perejil, los cinco sentidos alcanzan su mayor expresión. El lector puede percibir los olores calcinados a violeta, manzanilla y albahaca, a tierra, a sudor, a faena; a sangre. El lector observa el collar luminoso, el farol de hierro forjado a fines de siglo dieciocho; observa cómo corre la sangre. A su vez, puede escuchar al niño que berrea porque se ha mordido la lengua, las campanas, la

4 Philoctète, René. Perejil.

5 Ibid. Pág. 9.

6 Philoctète, René. Perejil. Trad. Mireia Porta. Ediciones Barataria: Barcelona, 2003.

melodía del Bello Danubio Azul, la radio y su ironía, la palabra imposible de pronunciar, la palabra muerte. El lector puede respirar la sangre. El lector puede tocar la flor amarilla pálida que Pedro estruja entre sus dedos que, a su vez, se le tiñen de rojo; puede palpar la muerte de una forma tangible. El lector acaricia la sangre. El lector logra saborear la fruta entre los dientes; puede sentir en su boca el sabor de la sangre.

En el año 1932 Luis Palés Matos expuso que: “Físicamente, las Antillas constituyen también una unidad: paisaje, clima y productos son los mismos; fauna y flora idénticas; núcleos de población semejantes. Económicamente, girando como giran en la órbita del industrialismo americano, corren iguales contingencias y hacia análogo destino colonial.”⁷ Por tal razón, muchas descripciones del paisaje y de los hombres y mujeres antillanos pueden ser iguales. Palés, coloca como ejemplo un ensayo del escritor Roig de Leuchsering en el cual describe el carácter cubano. Según él, esas descripciones pueden coincidir con las de un puertorriqueño, un dominicano u otro antillano. Las descripciones del paisaje las recoge, a su vez, Philoctète para resaltar que somos hijos de la misma tierra: “(...)Pedro mira sonrojarse a lo lejos la tierra haitiana. Se asombra de que sea tan bella, se maravilla de haber nacido de semejante maravilla, puesto que una y otra tierra son en sí mismas maravillas.”⁸

Sin embargo, anterior a Palés, a mediados del siglo XIX, existieron otros escritores y hombres ilustres que vieron esas similitudes y reconocieron a las Antillas como islas hermanas. Por mencionar algunos, Ramón Emeterio Betances tenía un compromiso con las Antillas y se observa en el texto Recuerdos de un revolucionario. Por otra parte, Eugenio María de Hostos afianza la identidad nacional sobre el concepto “antillanía”.

El mulato dominicano Pedro Álvarez Brito y la negra haitiana Adèle Benjamin son los protagonistas de la novela. Ambos olvidan sus nacionalidades e intentan vivir a plenitud su amor. Pedro intenta enseñar a Adèle a pronunciar la palabra “perejil”, pero la palabra se enreda y no puede decirla como un dominicano. Su negritud está presente en cada

7 Palés Matos, Luis. “Hacia una poesía antillana” Antología de textos literarios. Río Piedras: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1994: 116-22.

8 Philoctète, René. Perejil. Pág. 23.

letra de la palabra. Ambos saben que comenzará la masacre. La palabra clave es “perejil” y quien la pronuncie correctamente se librará de la muerte y no verá su cabeza rodar.

A partir del momento en que los personajes se enteran del plan de Trujillo, se acentúa el surrealismo en la novela. Los pensamientos se confunden con la narración. La retrospectiva se confunde con la poesía. La realidad se confunde con los sentidos. Cabe destacar que la producción surrealista se caracterizó por una vocación libertaria sin límites y la exaltación de los procesos oníricos, del humor corrosivo y de la pasión erótica, concebidos como armas de lucha contra la tradición cultural burguesa. Todas estas características están presentes en Perejil.

La pasión encarnada en Pedro y Adèle utiliza como fondo “una lluvia fina, azul de tan fina” que mágicamente limpia el horror y representa esperanza. Es una lluvia que acompaña su amor desde el primer día en que se conocieron. La narración de ese primer día es una larga oración que alcanza casi tres páginas del texto. Aflora la poesía porque renacen los recuerdos.

El humor corrosivo está representado por la aparición de los cortos espacios radiales. La voz del locutor que aparece en varias ocasiones demuestra gran ironía ante la situación que vive el País. Se presenta la noticia de forma cruel. También se observa la opresión que vive el dominicano que desemboca en un desgaste de los valores: “Novecientos ocho cabezas por minuto en la provincia de Azua (...) Aquí, en Elías Piña, teniendo en cuenta la lógica del entrenamiento, hemos comenzado por los niños: ciento veintiocho varones de ocho y nueve años, doscientas treinta y siete hembras de cuatro a siete años (...) La operación prosigue metódica... Progreso coherente...”⁹ Finalmente, mientras en la frontera de Haití están asesinando a miles de haitianos, el locutor culmina su boletín con un anuncio publicitario, como si nada pasara. ¿Quién puede pensar en una navaja Gillette o en beber Coca Cola? ¿A quién le importa qué películas se presentarán? El intercalar estos anuncios nos muestra que la matanza de haitianos ocurrió en un mundo mediático. Frente a los ojos ciegos de miles de personas.

9 Ibid. Pág. 65.

En Perejil la figura de Trujillo aparece desde su infancia. La voz narrativa va describiendo cómo “Rafaelito”, cariñosamente llamado, va cultivando el odio hacia los haitianos. Ese sentimiento llega a través de la literatura oral. Fueron las viejitas envueltas en mantilla negra quienes le contaban las historias de los soldados de Toussaint Louverture quienes se apropiaron de sus tierras. Fueron estas historias las que sembraron la venganza en él. A partir de ese momento “Rafaelito” realizó “El compromiso de la sangre.”¹⁰

De igual forma, las clases en la escuela, la religión, los medios de comunicación y las artes exaltaban el espíritu nacionalista dominicano y alimentaban las conciencias de rescatar sus tierras y odiar al haitiano. Es decir, un dictador no se forma de la noche a la mañana; es producto de su propio país. Gran parte de los problemas mundiales surgen como consecuencia de una pobre educación y, en la actualidad, los medios de comunicación son una parte importante en el desarrollo de los seres humanos. La postura enajenada con relación a Haití se debe, posiblemente, a todo aquello que nos han impuesto los medios: xenofobia, racismo, prepotencia. Las ideas de Betances, Hostos o Martí de ver las Antillas como un gran país, han ido mermando al punto de no sólo crear fronteras por el mar que nos separa físicamente sino, lo que es peor, fronteras mentales.

Cuando Pedro está montado en la Chicha Calma, la guagua que los lleva por la frontera, y piensa en todo lo que está sufriendo el pueblo haitiano hay una ruptura con la realidad. Pedro imagina la cabeza de Adèle rodando por todo el camino. “Por mucho que Adèle quiera retomar la cabeza, colocársela sobre el cuello, hundírsela en el cuello, clavarla, cimentarla, remacharla en el cuello, la cabeza cabriola, salta por encima de la valla de candelabros (...)”¹¹ Ese juego con la muerte es el momento de mayor surrealismo en la obra. La locura se apodera de la mente de Pedro, sin embargo, es algo necesario porque la locura es la única forma de sobrevivir.

10 Philoctète, René. Perejil. Pág. 29.

11 Philoctète, René. Perejil. Pág. 23.

Desde el inicio de la novela, Pedro establece que no quiere formar parte de la corriente que ovaciona a Trujillo: “Yo, Pedro Brito, me niego a incorporarme. Hay que lograr que todo se vuelva normal, humano.”¹² Adèle y Pedro son los verdaderos edificadores de la patria. Con su sudor, es decir, mediante el trabajo ambos construyen la libertad, la ciudad, la educación; la vida. El olor a faena se adhiere naturalmente a la memoria colectiva.

Por otra parte, para los haitianos que practican la religión vudú, la muerte tiene otro significado. El vudú es una religión traída por los esclavos africanos, específicamente de África Occidental. Con el tiempo estas religiones se sincretizaron con la religión Católica como sucedió con la Santería, el Candomblé, el Umbanda y muchas otras. Para las religiones africanas la muerte no es un suceso negativo. La muerte surge desde el momento en que emerge la vida. En el vudú los muertos forman una parte importante porque diariamente los vivos toman en cuenta el consejo de los muertos. Según el antropólogo social José F. Alegría Pons: “A través del culto a sus muertos, tanto el negro africano como el afroantillano llega a solicitar la muerte-la enemiga inmortal- a integrarla a su micro universo, a arrancarle parte de su poder y magia sobrecogedora, a “domesticarla” y en fin, hasta incluso someterla a su voz.”¹³ Los muertos son reincorporados a la comunidad como protectores. Mantener la conexión con los muertos equivale a establecer un vínculo con la naturaleza, la familia, su tribu, el clan y con la sociedad a la que pertenece.

La voz narrativa establece la conexión con esta práctica religiosa cuando afirma: “Somos un pueblo hechicero.”¹⁴ En esta misteriosa práctica del Vudú se combinan la magia negra con la magia blanca. La magia blanca se utiliza para los pedidos considerados positivos, como por ejemplo la protección del hogar, y por otra parte, la magia negra se utiliza para realizar un daño a alguna persona. En Perejil se presenta la receta para realizar un baño de la suerte en la cual el viento fue testigo. La naturaleza en el vudú es un elemento muy importante. Se trabaja con

12 Ibid. Pág. 33.

13 Alegría Pons, José Francisco. Gagá y vudú en la R.D., Santo Domingo:Ediciones El Chango Prieto, 1993.

14 Ibid. Pág. 160.

las energías y la inteligencia que se dirigen y se manifiestan de nosotros mismos y nuestro universo.

A su vez, el personaje de Pedro no entiende el por qué de la masacre. En un momento llega a pensar que todos están convertidos en zombis. Una vez más, los personajes buscan un escape en lo surreal ante lo que no pueden manejar. La ruptura con la realidad busca darle una explicación que satisfaga sus necesidades. Pedro se pregunta: “¿Zombi? ¿Yo? ¡Venga, ya, jamás de los jamases! Pero ¿por qué o por quién está nuestra gente atrapada en una trampa?”¹⁵ Lo que los tiene sumidos en la injusticia debe ser algo más fuerte que su religión. Alguien debe estar haciendo un hechizo, trabajo o poción para lograr su propósito.

La literatura, en su intento por rescatar la verdad y, tal vez, por sanar las heridas, se ha encargado de narrar las barbaridades cometidas por Trujillo. Las consecuencias que deja un dictadura son terribles. Todos esos cuerpos y sus mentes se convierten en seres marcados. A su vez, la literatura también ha quedado marcada porque el tema de Trujillo y sus abusos es uno constante en la narrativa dominicana. Judith Butler expone que: “(...) es una cuestión de poder leer un cuerpo marcado en relación a los cuerpos no marcados, en un ámbito donde los cuerpos no marcados constituyen la moneda corriente de la condición del blanco normativa.”¹⁶

Por otra parte, a pesar de las divisiones raciales que estableció el gobierno, la voz narrativa de la novela Perejil propone explícitamente la unión e igualdad de las razas. Ambas naciones tienen un pasado negro en común y un pasado colonial de opresión: “Tienen entre ellos tantas similitudes, heridas semejantes, tantas alegrías comunes que, de querer distinguirlos, se viola su acuerdo tácito de confundirse.”¹⁷

René Philoctète escribe un final feliz con la esperanza de lograr la unificación o la solidaridad entre la nación haitiana y la dominicana. Pedro, un dominicano, y Adèle, una haitiana, logran triunfar ante lo inminente. ¿Fue la ruptura con la realidad quien los salvó? ¿Fueron los baños de la suerte? ¿Fue el dios supremo de la religión vudú, Bon Dieu? Sin duda, fue el poder del amor. El recuerdo de la lluvia fina del primer

15 Philoctète, René. Perejil. Pág. 157.

16 Butler, Judith. Cuerpos que importan. Trad. Alcira Bixio. Argentina: Editorial Paidós, 2002.

17 Philoctète, René. Perejil. Pág. 211.

día en que se conocieron. La imagen, la palabra, la poesía, los olores, el trabajo; todo lo que forma un pueblo. Serán ellos quienes construyan: “una escuela para la libertad, un hospital para la comprensión, sindicatos para el trabajo, una iglesia para el amor.”¹⁸

Cuarenta años después el recuerdo del pájaro aún permanece en la memoria de los haitianos y los dominicanos. La propuesta de Perejil es difícil, sin embargo, para construir una nueva nación, no sólo los dominicanos y los haitianos tendrán que aprender a sanar sino que las Antillas tienen que volver la mirada hacia Haití. Sin duda, cualquier dictadura es injusta y deja huellas terribles, pero la indiferencia de los pueblos hermanos es más dolorosa.

No fue suficiente con los miles de asesinados en la matanza de haitianos para que los demás países hicieran algo. La tierra tuvo que temblar cuarenta años después para que el Mundo recordara su existencia. La tierra tuvo que temblar para que Puerto Rico, Cuba y otros países de las Antillas y el Caribe sintieran el llamado de la sangre. Sin embargo, hoy, la palabra clave para vivir o morir no es “perejil”; es “dinero”.

En la actualidad, Adèle y Pedro intentarían vivir su amor en los tiempos del cólera. Bajo ruinas y, una vez más, con millones de espectadores. Afortunadamente, como vemos en la novela, con miles de muertos como protectores, queda la esperanza de reconstrucción, de unión y de ser, ante todo, antillanos.

Segundo Premio

El viaje poético y musical entre lo culto y lo popular en José Raúl “Gallego” González

Por Marilí Rodríguez García

La ciudad según estudios sociológicos, historiográficos, arquitectónicos, entre otros, se define como puntos neurálgicos que forman un tejido complejo, donde se manifiestan diferentes expresiones culturales. Estas

18 Ibid. Pág. 211.

expresiones o manifestaciones, podríamos agruparlas en dos grandes grupos, las pertenecientes a la cultura popular y las pertenecientes a la culta. Sin embargo, el espacio citadino y sus “textos humanos” (De Certau, 104) junto con las prácticas cotidianas han permitido que las fronteras entre ambas culturas comiencen a desdibujarse¹⁹. Entonces, lo más importante no es definir o separar ambas culturas sino más bien entenderlas como culturas en contacto e interacción. Es decir, ambas expresiones se yuxtaponen y se complementan, por ejemplo, en la arquitectura y en la pintura, así como en la música y en la literatura, entre otras manifestaciones de lo cotidiano.

Esta contaminación²⁰ o influencia entre la cultura popular y culta se puede entender como un contacto o intercambio entre culturas y clases sociales. Esto se puede ver claramente en la poesía y en la lírica de José Raúl “Gallego” González²¹. La poesía y la música de éste autor en su libro *Barrunto* (2000) y en su disco *Mi Teatro del Barrio* (2007) presentan el viaje geográfico por la ciudad, la migración y la marginalidad del barrio o los barrios por los que transita la voz poética. En estos textos poéticos y musicales el “viaje, el tránsito, el deambular o noctambular” por la ciudad nos presentan la vida social, cultural, popular y política de un sujeto o voz poética que no se detiene, es decir, que está siempre en un continuo andar²². La voz poética en la poesía y la música de Gallego viaja por Santurce, San Juan, Puerto Nuevo y Nueva York. Como muy bien expresa Michel de Certau: “La historia comienza al ras del suelo, con los pasos. (...) Las variedades de pasos son hechuras de espacios. Tejen los lugares” (108). En este tejido o conjunto de puntos neurálgicos que componen la ciudad la voz poética de nuestro autor

¹⁹ Estas reflexiones son tomadas de la lectura de varios teóricos y estudiosos de la ciudad, el Caribe hispánico y su cultura, entre ellos: Néstor García Canclini, Juan Otero Garabís y Yolanda Martínez, entre otros.

²⁰ Entiéndase “contaminación” según utiliza el término Otero Garabís en su libro *Nación y ritmo* (2000).

²¹ José Raúl González nació en marzo, en el año 1974 en San Juan, Puerto Rico. Este joven poeta y cantautor de música urbana, mejor conocido como “Gallego”, en el mundo del “reggaeton” y del “hip-hop” se distingue por hacer una poesía y música de denuncia social y por ficcionalizar los espacios citadinos de los barrios o sectores de San Juan, Santurce, Barrio Obrero, Puerto Nuevo y Nueva York, tanto en su escritura poética como en su lírica musical.

²² Para el análisis y la interpretación de estos textos poéticos y musicales utilizaremos los conceptos de Michel De Certau: “prácticas cotidianas del vivir” que presenta en el libro *La invención de lo cotidiano* (2007).

inicia su viaje poético unas veces a pie y otras en algún medio de transportación. Como muy bien lo describe Mayra Santos en la contraportada de Barrunto:

José Raúl “Gallego” González echa mano a su amplio dominio de la poesía oral, al repertorio de la salsa vieja y la tradición de la poesía nuyorican y de la puertorriqueña de los cincuenta hasta el presente para enhebrar el tejido de imágenes que aparecen en su poemario. (...) su sistema de referencias siempre apunta a la ciudad poetizada sin dejar fuera la violencia, la basura, la soledad cotidiana (s.p.)

En su libro Barrunto (2000), “Gallego” nos presenta como puerta inicial al texto una dedicatoria, la cual está dirigida “al abecedario, a la música salsa. Al Barrio (a los barrios), a la gente de Caparra Terrace, Puerto Nuevo, Reparto Metropolitano caseríos cercanos” (Barrunto s.p.), entre muchas otras dedicatorias, a personalidades del mundo académico, musical, artístico, a su núcleo familiar así como al “que más palabras tenga”. Después de esta dedicatoria nos enfrentamos a tres epígrafes, el primero; tomado de la representación teatral de un poema en una obra del niuyorican Gilberto Hernández, el segundo; de una canción y el tercero; que titula su libro “Barrunto” de un poema canción compuesto por Willie Colón y Héctor Lavoe. Esta presentación-introducción del libro nos lleva por diferentes andares o desplazamientos, unos físicos, otros de género literario y creativo, y por supuesto, nos traslada a una especie de fisura o borde entre la cultura popular y la cultura letrada. El libro en su totalidad está dividido en veinte nueve poemas que llevan sus títulos entre paréntesis al final de cada uno. Casi todos los poemas están escritos en español aunque con títulos en inglés y viceversa. Muchos de estos títulos presentan características onomatopéyicas, cacofónicas, están tomados de estribillos de la música salsa y otros están escritos fonéticamente, es decir, según se pronuncian y no gramaticalmente según deben escribirse, por ejemplo uno de sus poemas se titula: “Nantan-Bai, Uno” (15), otros de estos: “De minin of the land-escape” (énfasis mío, 19). En el primer título, vemos un sonido cacofónico y en el segundo un juego con la fonética y la gráfica de las palabras

“meaning” y “landscape”. En otros ejemplos elige frases o títulos tomados de la música salsa como por ejemplo en “Ubadablu, uno (21)”. Se presenta desde los títulos hasta el contenido de los poemas características propias de la oralidad. Los poemas de este libro nos narran historias de vida, nos presentan espacios y barrios y nos traen a la escena la escritura como tema, la poesía en sí misma, es decir, el autor trabaja la meta poesía como estética literaria. También hay un constante diálogo con la música Salsa y el *Rap* como géneros musicales, la religión, la negritud, la percusión y las prácticas cotidianas que surgen en la urbanidad puertorriqueña y en la ciudad de Nueva York, entre otros temas. Sin embargo, en cuanto al análisis crítico sobre este libro es muy poco lo que se ha escrito, por lo tanto, esperamos contribuir con esta investigación al menos invitando a la crítica literaria a visitar a este autor. Sobre este libro se han escrito algunas reseñas cortas en “blogs” y en páginas en línea, por ejemplo sobre Gallego y su libro *Barrunto*:
His first publication *Barrunto* came out in 2000, which earned various national awards and accolades from the Latino literary community. *Barrunto* has found its way into literature curriculum in both U.S. and Puerto Rican Universities (Evan C. Gutierrez, *Gallego Biography*).

Juan Flores al final del ensayo “The Daispora Strikes Back: Nation and Location” (2007) presenta una mirada al “ir y venir” de puertorriqueños de Estados Unidos ha Puerto Rico y viceversa, es decir, para Flores esto se traduce en una “creolización de las diásporas caribeñas”. Este crítico se detiene a re-mirar la producción literaria de poetas como Tato Laviera, Víctor Hernández Cruz, Sandra María Estéves”, Mariposa y José Raúl “Gallego” González y concluye que ante la época de globalización y cambio continuo en el que vivimos (tanto en P.R. como en los Estados Unidos) estos poetas, antes considerados en unos casos “nuyoricans”, en otros “diasporicans” y “Gallego” como un poeta urbano, hoy en día forman parte de una mezcla cultural: “cultural mixing and blending in the transnational setting, what I have else where called “creolité in the hood” (215). Para estos últimos dos autores, Mariposa quien escribe en un verso de su poema “Ode to the Diasporican”: “No nació en Puerto Rico, Puerto Rico nació en mí” (*Centro Journal* 2000) y Gallego quien

constantemente dialoga con los escritores de la diáspora puertorriqueña, escribe en un poema inédito el siguiente verso: “No nací en Nueva York, pero Nueva York nació en mí.” Juan Flores nos dice:

And finally, so as to show that the translocal Puerto Rican imaginary works in both directions, there is the verse by the young, island based poet “Gallego” (José Raúl González), who recognition of all that he learned from the diasporicans, takes his cue from Mariposa... ” (216).

Entonces, podemos decir que tanto en la poesía como en la música que escribe y compone Gallego la identidad cultural no está anclada a un territorio sino que es nómada o “deambula” por la (s) ciudad (es), utilizando un término de De Certau, que está muy presente en la poesía de *Barrunto*. Para Otero Garabís en: “Esquinas y /o encrucijadas: una mirada al Caribe urbano en música y literatura” artículo publicado en la *Revista Iberoamericana* (2009) refiriéndose al la canción de música Salsa “Un verano en Nueva York” la cultura popular puertorriqueña:

...desfila, celebra y transita como si construyera sus historias en un quehacer constante en el que destacan la cotidianidad, la familiaridad, la música y la fiesta (...) para pensarse en términos más rizomáticos y nómadas, cuyas comunidades cargan su cultura y sus raíces y las reimplantan y reconstruyen en otros espacios (*Revista...* 969).

Este fragmento acerca de cómo se ve la cultura popular en la música Salsa también se puede utilizar para analizar la poesía de Gallego, pues sus conceptos de tránsito y movimiento por la ciudad son rizomáticos, callejeros, nómadas y andariegos. En este mismo artículo Otero Garabís se detiene a analizar el último y más conocido poema que aparece en *Barrunto*²³ “Chamaco’s corner” en el que como observa Otero la esquina se presenta como “un lugar de conflicto y violencia (978)”. En el poema la esquina es suya, es decir de “los chamacos” es en esta esquina que la voz poética se detiene a observar las movidas de la ciudad y sus cruces, paradas o pasadas por y en “la esquina”:

Los chamacos no se van de la esquina ni a tiros.

Los chamacos siempre están en esa esquina.

²³ La edición que utilizaremos es este artículo es la de Isla Negra Editores (2000).

Los chamacos se arrebatan en la esquina también.
Los chamacos hablan de política, de trucos, de salsa vieja, de nuevayol,
de
grafitis, de las mánises,
de los camarones que anoche
les violaron sus derechos.
Los chamacos hablan del bambalán
que les tumbó el quiosco, hablan del presidio,
de los socios ausentes que picharon pa' locos,
de lo triste que quedaron cuando se fue Paula C. (65).

En "Chamaco's corner" la voz poética pasea por la cultura popular y se mezcla con la culta, pues aparecen intertextos con la Salsa de Rubén Blades, con la cuentística y la novelística de Luis Rafael Sánchez, los vaivenes migratorios, la lucha de clases, el abuso policiaco y el mundo delictivo y de la droga. Sin embargo, en estos últimos fragmentos la voz poética ya no está en un tiempo presente ahora todo lo que se describe ya sucedió o no volverá a suceder.

Los chamacos se amanecían en la esquina
Celebrando la ocasión de aún estar vivos,
Hablan de sus biejas, de la raíz que tiene la noche,

(...)

Los chamacos hablaron de un subterráneo
en la esquina en donde se bailan
rumbas de alma adentro

(..)

y vacilaron pero siempre vacilaron.
Los chamacos calentaron el punto, están a fuego
y no piensan jugársela fría,
ni pa' dios.

En la escritura de Gallego como expresa Otero:

El lenguaje de *Barrunto* se distingue por su particular integración de la oralidad en la escritura, principalmente por construir hiatos de palabras separadas gramaticalmente, la incorporación del inglés y las apócopes entre otros giros de la lengua oral puertorriqueña (*Revista Iberoamericana* 979)

En su disco *Teatro del barrio* (2007) hay un diálogo con la urbanidad, el barrio, el Caribe y sus prácticas. Además de una presentación de los sujetos o personajes que componen ficcionalizan y llevan a cabo su “performance”, todo esto con un mensaje de crítica social y política, el tema del amor, la cultura popular y urbana, y el ‘vacilón’. En este disco de trece canciones se mezclan con gran armonía sus letras, los “beats” del reggaetón, el reggae y la salsa. Al respecto José Raúl “Gallego” expresa: "Soy básicamente un escritor, llevo 17 años en este oficio, mi base es la poesía pero creo que mis letras pueden llegar a la gente de otra manera con la música". Estas expresiones de Gallego nos permiten entonces entender mejor las fisuras o grietas que insisto existen entre la cultura popular y la culta. José Raúl González se reconoce “escritor” y es escritor de poesía, es decir, letrado, pero a su vez quiere que su letra llegue a la gente y entiende que lo logra mejor a través de la música. Entonces como expresa Otero Garabís en su libro *Nación y ritmo* (2000): Así como *las cultura* es producida por el contrapunteo entre *varias* culturas, el imaginario nacional está constituido por una yuxtaposición de discursos, de diversidad de imaginarios, cuya característica más insistente en el Caribe hispano contemporáneo, es la de representar la sociedad como el espacio del inevitable contacto entre discursos: populares, medios y cultos (*Nación...* 34).

Gallego construye o representa su “imaginario nacional” utilizando la letra y la música “contaminando” sus saberes populares y cultos transformando los discursos dominantes. Otero nos dice al respecto: “La esquina como los chamacos de su poema, le sirven para “estar parao’a” y para doblar en cualquier dirección, no hacia un solo destino: a veces canta para complacer y a veces canta y escribe para provocar el pensamiento (*Revista...* 979)”. La esquina, el deambular y noctambular

por la ciudad le permiten a la voz poética y lírica de Gallego “andar” entre fisuras.

Las letras de las canciones y los poemas de Gallego podemos leerlos como textos en que la voz poética y su identidad, siguiendo las ideas expuestas por Yolanda Martínez San Miguel en su libro *Caribe Two Ways* (2003), pasean por “múltiples desplazamientos internos en lo caribeño en el mundo globalizado (26)” en el que vivimos. En estos textos (poemas y canciones) de Gallego se marcan o identifican las particularidades y diferencias dentro de una sociedad de masas en la ciudad, tanto en su entorno físico como en las afueras (Nueva York, Jamaica, Santo Domingo, etc.). Michel de Certeau, crítica el concepto de urbanismo y espacio citadino como visión uniformadora de la ciudad y sus habitantes. Sin embargo, la música y la escritura de Gallego puede ser leída y escuchada tanto por la cultura popular como por la letrada, ya que sus referentes e imágenes van desde metáforas cotidianas hasta alusiones a la literatura y en ambas manifestaciones se mezclan las culturas. De Certeau mira la ciudad y sus prácticas desde los “haceres cotidianos” y desde “el andar”, es decir, desde la experiencia del desplazarse y moverse. El viaje se traduce en metáfora de la creación al igual que en la poesía y música de Gallego. Este transitar, viajar o trasladarse permite que los desplazamientos en la voz poética se transformen en metáforas y ejemplos de cultura popular intelectual. Sus canciones al igual que sus poemas nos permiten ampliar nuestras fronteras e imaginarios como plantea Martínez-San Miguel:

El Caribe, parecería, ha ampliado sus fronteras e imaginarios, y Nueva York es otra isla más de ese archipiélago que hoy conocemos como el Caribe insular Hispánico (*Caribe...* 37).

Gallego, en las canciones de su disco *Teatro de Barrio* (2007) nos va paseando por diferentes escenarios pero siempre andando, deambulando o viajando unas veces a pie, en guagua, en avión y otras en carro. La primera canción o más bien lo que él presenta como “Introducción” como explica Otero: “contrasta la su solicitud de entrada al Departamento de Drama de la Universidad de Puerto Rico con un “mundo real” al que paradójicamente él llama “teatro del barrio”

(Revista... 979). En otras palabras, más que una canción, es un relato-poema de su vida, su personaje de “Gallego” aludiendo al título de su disco. La segunda canción “La Calle” en la que se adentra en el ritmo del reggaetón en dúo con el reggaetonero “Arcángel” inicia con sonidos de casquillos de bala y la narración de una historia en voz de Gallego en la que “un domingo en el caserío un sobrino le pregunta al tío: “Oyé tío qué es la calle?. La calle es todo lo que tu quieres que sea, ríos de sangre o ríos de agua viva; tu no buscas la calle; la calle es la que te busca a tí”. Entonces comienza la lírica de la canción: “De chamaquito me gustó la calle...respeta la calle”. En estos fragmentos vemos un “caminante” pues está en la calle y vivió todo lo bueno y lo malo que existe en la calle, para luego decirnos que hay que estudiar para no terminar muerto o trabajando en un “fast food”. La voz poética en esta canción es pobre o lo fue, reconoce la importancia de educarse y de trabajar honradamente. De este “beat” reggaetonero pasamos a una tercera canción que es casi una fusión de ritmos caribeños, sin dejar de ser reggaetón: “Imagínate”. Este tema invita a la memoria, la poesía, la mirada y la ficción al viajar por la ciudad en guagua, a pie o en carro (como vemos en el vídeo) y a viajar por nuestra imaginación:

Imagínate que somos dos cocolías enamoraos hasta las encías
Imagínate que somos dos astronautas sin necesidad de favores ni pautas
Imagínate que somos dos cirujanos yo pongo el bisturí y tu pones las dos
manos

(...)

Imagínate que somos una coca y un rockero en Santurce buscando
progreso

(...)

Imagínate que somos dos puertorriqueños viviendo en gringolandia los
dos en busca un sueño

(...)

Imagínate que somos dos economistas al medio día en barrio obrero
almorzándonos una mixta

Este personaje soñador también está en movimiento se desplaza y viaja primero por la imaginación, luego por la luna, viaja por Santurce, Barrio

Obrero y hasta por gringolandia. En este viajar Gallego denuncia la necesidad económica, la diferencia de clases y mezcla conceptos de lo cotidiano con conceptos de la vida urbana, rural y culta. Al igual que en su poesía este autor sigue borrando las llamadas diferencias entre lo culto y lo popular.

En conclusión, al analizar estos textos de “Gallego” pretendemos cuestionar el valor del arte y la cultura. ¿Realmente existe una cultura popular en conflicto con la cultura culta o letrada?, o, estamos ante otro ejemplo de lo que prefiero definir como cultura popular intelectual. A usted lector le corresponde decidir o elegir si se adentra en un mundo exclusivamente culto o si empieza a disfrutar de la esa hibridez que nos corre en la sangre caribeña en la que no existen fronteras entre lo culto y lo popular si de deambular, caminar o recorrer cualquier esquina letrada o reggetonera que nos invite al “vacilón” se trata.

Bibliografía

Biografía de Gallego. “Gallego, el poeta del reggaetón”. En línea:

http://www.terra.com/musica/noticias/gallego_el_poeta_del_reggaeton/oci168040

Benítez Rojo, Antonio. La isla que se repite: el Caribe y la perspectiva posmoderna. Hanover, N. H.: Ediciones del Norte, 1989.

Certeau, Michel De. La invención de lo cotidiano: artes de hacer. México: Universidad Iberoamericana, 2007.

---. The Practice of Every Day Life. Translated by Steven Rendall Berkeley: University of California Press, 1984.

Gallego Biography. En línea: <http://artists.letssingit.com/gallego-39ccl/biography>,

<http://africandiasporastudent.wordpress.com/category/gallego-jose-raul-gonzalez/>, <http://www.mtv.com/music/artist/gallego/artist.jhtml>

González, José Raúl. Barrunto. San Juan: Puerto Rico. Isla Negra Editores, 2000.

---. Mi teatro de barrio. (Disco Compacto). Machete Records, 2007.

Lehan, Richard. The City in Literature an Intellectual and Cultural History

University of California Press, 1998.

Negrón Muntaner Frances (Ed.). .None of the above: Puerto Ricans in the Global Era. New York: Palgrave Macmillan, 2007.

Negrón Muntaner Frances y Ramón Grosfoguel (Eds.). Puerto Rican Jam: Essays on Culture and Politics. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1997.

Ortiz, Maribel y Vanessa Vilches (Eds.). Escribir la ciudad. San Juan: Puerto Rico: Fragmentoimán Editores, 2009.

Otero Garabís, Juan. Nación y ritmo: descargas desde el Caribe. San Juan: Puerto Rico, Ediciones Callejón, 2000.

Pratt, Ray. Rhythm and Resistance: Explorations in the Political Uses of Popular Music. New York: Praeger, 1990.

Revista Iberoamericana: Puerto Rico Caribe: zonas poéticas del trauma. (229: LXXV: oct.-dic.): 2009.

Tirado, Frances. Mundo Reggeatón. Primera Hora, 30 de enero de 2007. Vídeos en Youtube: <http://www.enlaorilla.com/video/gallego-en-vivo> (Gallego *Chamacos* lectura de poemas), gallego reggeatón: *Imagínate (video canción)*, gallego reggeatón

Arcángel Ft. Gallego *La Calle* me enseñó Prod Alex Gárgola Teatro del Barrio (Gallego *La Calle*).

Tercer Premio

Bocaza: Una historia de amor y placer al extremo.... con la Comida
Por Mayra S. Crespo

Primeramente, deseo plantear que escribo este ensayo para hacer una historia que muchas personas conocen por fragmentos pero nadie

realmente tiene una explicación completa en orden cronológico de cómo sucedieron los eventos. Ni tan siquiera yo, así que necesito condensarla exitosamente en varias páginas para poder tener una visión más amplia de cómo es que van los detalles. Este ensayo es de carácter autobiográfico y aspira a definir, describir y sintetizar por un medio escrito mi relación con la comida a través de toda mi vida. Esta apasionada relación de amor, un corto periodo de odio y más tarde amor de nuevo ha afectado en gran manera la persona que soy y las decisiones que tomo constantemente.

Creo fielmente que cualquier persona emparentada, aunque sea con lazos políticos, y específicamente criada por la diosa culinaria (como yo la denomino) Monserrate Rodríguez Pinzón está destinada a amar la comida. Todos los clientes de abuela Monsie mientras tenía la cafetería rodante, la Cafetería Peter, les pueden decir que ella ES la mejor cocinera del lado oeste de esta isla. Así lo pronunció el alcalde de Hormigueros múltiples veces. La mejor comida criolla del área oeste sin lugar a dudas. El punto viene siendo que en esta capital de sabor me crié yo. Desde que era una recién nacida con boca de coquí (según abuela era demasiado grande para mi cabeza) hasta la edad en que me sacaron del trono para mandarme a la escuela, tenía una cunita en la esquinita frente a la estufa en la cafetería. Si a este factor le añadimos el otro que se llama la cocina personalizada de Maria Francisca “Panchita” Laboy Medina, no es difícil de visualizar como es que llegué a amar la comida desde tan temprano en mi vida.

Yo era la mejor clienta de abuela Monsie y abuelo Pedro. Me levantaba a las 5 am todos los días con ellos a verlos pelar las papas y zanahorias, cortar los vegetales para la ensalada, poner a hacer el arroz, las habichuelas y los tres tipos de carnes particulares que conformarían el menú de ese día. Todo el proceso me parecía mágico; el hecho de que de unos ingredientes que uno ni se puede llevar a la boca en estado puro se conviertan en un manjar exquisito me intrigara hasta la muerte. Desde que tenía 4 años podía recitar el menú de cada día si alguien me lo preguntaba.

Cuando la comida estaba hecha alrededor de las 9 am ya me iba por el “láito” de Güelín a ver si me daba un plato de arroz,

habichuela y biftec encebollado de desayuno. Era mi comida favorita pero a veces comía un famoso sándwich de biftec de Pedro Bellido o pollo frito con galletas export sodas. Cualquiera era bueno a la hora que fuera. Pregúntenle a los que fueron criados en la casa Bellido-Rodríguez durante los cuarenta años del imperio de la Cafetería Peter como la mejor “guagüita de comida criolla” en Hormigueros, ellos le van a decir lo mismo.

Creo que no sorprendería a ningún lector saber en este punto que fui obesa mórbida desde la edad de 7 a 14 años. Luego de que limitaran mi estadía en Hormigueros a los veranos y me mudara a Yabucoa a los 4 años mi relación con la comida comenzó a deteriorarse al punto de convertirse en una obsesión enfermiza de mayor magnitud. Recuerdo ser adicta a la comida desde los 6 años. Todos los días el ritual era: desayunar en el comedor escolar; a las 9:30 un sándwich, tiburones de goma y un icee de merienda; a las 11:30 am el almuerzo en el comedor; a las 3 pm dulces de toda clase; a las 5 pm cuando nos venían a buscar a mi hermano y a mi parábamos en McDonalds a comprar comida para mi hermano que no había comido en todo el día por mañoso y yo me antojaba de algún combo, solo para esperar a ver que comían mis padres de cena y comer de eso también. Algunos días, cuando todos se iban a dormir me escabullía a la cocina a meterme todo lo que me cupiera en la boca y salir corriendo. Debo admitir que lamentablemente este mal hábito reaparece en cada temporada de estrés extremo.

Fui una niña afortunada, a pesar de que de vez en cuando me molestaron por mi peso, en general todo el mundo me tenía mucho aprecio en el Colegio Dr. Roque Díaz Tizol. Según mami me molestaron mucho y lloraba constantemente por eso, así que lo debo haber suprimido en el subconsciente o algo así. Solo recuerdo haber pasado una niñez dedicada a mis estudios, actividades cívicas, la literatura y la comida; sobre todo a la comida. Todo explotó cuando alcancé la pubertad y empecé a preocuparme por mi apariencia. De momento me topo con una persona de estatura 5'2" que pesa 220 libras y tiene un índice de masa corporal de 40.2. ¿Cómo no me había dado cuenta del estado tan espantoso de mi cuerpo? Realmente no tenía idea de la

combinación de factores que me habían llevado a ese estado así que culpe a la comida de todo. Decidí hacer esa cosa de la cual la gente adulta se pasa hablando, especialmente en esa época de enero a la primera semana de febrero cuando aun no se les ha olvidado las resoluciones de año nuevo; decidí “hacer dieta”.

Estuve dos años de mi adolescencia haciendo todas las dietas posibles para bajar de peso, intercaladas por periodos de atracones inmensos de comida. Estuve en dietas que comía solamente sándwiches de pavo (cada uno tenía 180 calorías) en las tres comidas, estuve días comiendo solo galletas de avena para todas las comidas, cocinaba para mi (en otras palabras aprendí a hacer una pechuga de pollo al sartén), hacia ayunos en los cuales me mantenía funcionando con agua solamente, etc. Recuerdo tener una bicicleta estacionaria en mi cuarto que usaba todos los días por más de dos horas furiosamente mientras las lagrimas bajaban por mi cara mezclándose con el sudor y repetía una y otra vez “Tengo que ser bonita. Me lo merezco” en una voz que era más suplicante que afirmante. ¿A quién le suplicaba? No sé.

Llegué a estar bulímica. De esta última etapa no mucha gente sabe. Aunque traté, nunca pude hacerme vomitar luego de atragantarme con comida un día que mi adicción pudiera más que yo, pero tenía una botella de exlax líquido que engullía como si fuera una caneca de chichaíto un jueves por la noche frente al Refugio. Cualquier tipo de purgación excesiva cuenta como bulimia y yo lo sabía. Me había convertido en toda una autodidacta y conocía mucho sobre pseudo-nutrición. Me escondí bajo el título de “health freak” para justificar mi anorexia y decir que no iba a comer X o Y comida porque tenía tales preservativos o tales químicos dañinos según cualquier libro extremista que me leyera. Quedé anémica. Me llevaron a un nutricionista, el Dr. Armando Álvarez. Al día de hoy es el ser humano que más admiro en el ámbito profesional.

Siempre me acordaré que en la primera cita con Armando, luego de hablar un rato miró a mis padres y les dijo que yo sabía más de nutrición que el resto de mi familia. El resto de las citas que tuvimos me explicó muchos términos y discutimos diversos artículos que habíamos

leído. Me apoyó en los ideales que tenía y me invitó a participar en su equipo de jiu-jitsu. Allí les dijo a su grupo que si en algún momento tenían una duda de nutrición recurrieran a mí. Esta eventualidad la recordé el día que estaba solicitando en el sistema de UPR y aunque estaba convencida de que estudiaría Estudios Hispánicos en el Recinto de Río Piedras, puse como mi segunda alternativa Nutrición; programa al cual me cambié el último día que tenía para cambiarme.

Desde que me alejé del grupo de jiu-jitsu hasta que estuve en cuarto año de escuela superior abandoné mis hábitos alimentarios y me di a comer todo tipo de comida chatarra posible, además de añadir alcohol a mi dieta. En este periodo aumenté 25 libras y en enero del 2009 entré en el programa de Jenny Craig por varios meses. Para aquellos que no están familiarizados con este tipo de programa, es sencillamente que el programa suple las comidas congeladas para una semana. Luego de estar dos meses en el programa comiendo las mismas comidas una y otra vez semana tras semana mi gusto se fatigó. El programa funcionaba pero me encontré un día extrañando con extrañeza el placer por comer. La comida se había convertido en una tarea en vez de un acto placentero, el mágico ritual de la preparación de alimentos se había transformado en la simpleza monótona de meter el plato en el microondas y esperar unos cuantos minutos. Por fin me di cuenta que hacía años había perdido de perspectiva lo que representaba en realidad la comida. Me salí del programa con una determinación increíble de disfrutar de la comida sin importar que. Sin embargo, en esta ocasión la comida y yo participamos de terapia intensiva para convertir a nuestra relación en una más saludable, en las cuales la calidad de alimentos y porciones importaban mucho más que el placer desenfrenado y sin consecuencias. De hecho consideré necesario estudiar cómo mejorar nuestra relación al punto de dedicar mi carrera universitaria a balancearla tomando Nutrición como mi primera concentración en la UPR de Río Piedras.

En mi primer año en la maravillosa Universidad de Puerto Rico me tocaron muchas vivencias inesperadas que me acercaron más a amar la comida. Al hospedarme por mi cuenta me resultó imperativo aprender a cocinar y aparentemente es muy cierto cuando dicen que el secreto

especial de una buena comida es una inmensa cantidad de amor. Sin saber cocinar (¿o será que en mi subconsciente se quedó grabado el ritual de las 5 am de Güelín?), lo que preparaba siempre quedaba delicioso y mis compañeras de apartamento lo disfrutaron.

En mi segundo semestre pasé por la experiencia de tomar la segunda parte de ciencias sociales con uno de esos profesores que todos desde lejos saben diferenciar que “ese da clase en la iupi”. Me asignó una monografía de 30 páginas para entregar en dos meses, con la condición de que si sugería un tema relacionado a mi concentración podía cambiar el que me fue asignado. Escogí el tema del nutricionismo en la sociedad, que no es otra cosa que la obsesión del colectivo con la nutrición, y a su vez cómo las compañías explotan las confusiones masivas para hacer del “negocio de la nutrición” uno billonario. Hacer esta investigación despertó en mí un asco profundo por como los medios se aprovechan de miles de personas que estuvieron en mi posición y del papel que los nutricionistas tienen en este desconcierto nutricional. Quise salirme de estudiar esta carrera que muchas veces profana el nombre de la comida, pone a sus pacientes a comer comidas innecesariamente sin sabor y hace que la gente sienta adversidad por las dietas o los nutricionistas como lo sienten por un horrible dentista. Fue una crisis de identidad muy fuerte. ¿Me iba a poner del lado de mi amada o del lado de los que quieren que me la coma baja en sodio, colesterol y alta en omega 3? El dilema no estaba fácil. No deseaba caer de nuevo en las garras de los que hacen ver el 90% de la comida como veneno.

Sin embargo, para finales de mi investigación descubrí una alternativa viable para que mis ideales y mi carrera no fueran incongruentes. Leí en uno de las referencias que utilizaba para la monografía algo sobre la cultura de los alimentos. Indagué en el tema y resulta que esto es una nueva disciplina que incluye miradas desde puntos antropológicos y sociológicos de cómo las sociedades visualizan la comida. Humanos interactuando con la comida en la forma más básica que existe, comiendo para sentirse bien. La sabiduría de los pueblos se refleja en el trato, los rituales y las tradiciones que tienen con la comida. Comer sin tener que tener a un nutricionista como mediador. Sonaba interesante. Y un poco más que interesante, era perfecto para mí.

Llevaba años atraída a la idea de estudiar cómo era la relación del resto de las personas con la comida.

Luego de defender mi propuesta heterodoxa frente a un público en total resistencia a ella, seguí investigando hasta que al fin encontré mi norte. Bueno, más bien encontré mi noreste; en una pequeña provincia de Parma, Italia. Visualicé mi meta académica más alta: estudiar en la Universidad de Ciencias Gastronómicas una maestría en Cultura de la comida y comunicaciones. Desde el día que me enteré de la existencia de este lugar, todos mis esfuerzos han sido dirigidos a llegar ahí. Como es imperativa una buena base de antropología para entrar a esa maestría, solicité una segunda concentración en antropología sociocultural.

Me parece increíble como la relación (en ocasiones enfermiza) que he tenido con la comida me ha guiado a tomar unas decisiones importantes en esta vida. Sinceramente creo, que todo el mundo debería aspirar a encontrar una pasión así de fuerte y hacer de ella toda una profesión. Todos deberían buscar su plato de arroz, habichuela y biftec a las nueve de la mañana y crear toda una vida sobre él.

Mención

La cotidianidad del uso de «malas palabras» en la sociedad puertorriqueña

Por Axel Rubén Casillas Silva

Comúnmente, lo que se prohíbe es lo que resulta más tentador, y de una manera u otra, se pone en práctica lo censurado o se dice lo que no es debido. Nosotros los puertorriqueños tenemos esas «cositas» que nos hacen únicos y diferentes a otros seres humanos, y casi siempre el decirnos que no hagamos, tomemos o digamos algo, es una invitación a realizarlo. El acto de identificar ciertas palabras como «malas» hace que las utilicemos, tal vez para resaltar algo u opinar sobre algún evento que pueda estar ocurriendo en la cotidianidad del día, empujándonos a inmutarlas.

En todo el planeta, ¿se puede contabilizar la cantidad dispersa de puertorriqueños? Somos muchos en realidad, y tenemos una

característica tan peculiar como la sazón al cocinar o el meneo de las caderas cuando de un buen baile de salsa gorda se trata: el ser revoltosos y dominar el difícil arte de ir contra las reglas. Si no nos hacen algo que queremos, nos «encojonamos» rapidito y «montamos trompa». Sin embargo, si no hacemos lo que nos toca hacer, resolvemos todo diciendo que el mandato no fue ejecutado simplemente porque nos «salió de los cojones» el no hacerlo, sin que importe la presencia de un niño, un reverendo o nuestra propia madre. El punto es que resolvemos muchos de nuestros dilemas con un clásico vulgarismo o, en palabras más simples, *hablando malo*.

Desde el momento de nuestra concepción, y durante toda nuestra infancia y pubertad, nos vemos bombardeados por gente que usa «malas palabras». Incluso cuando nacemos y, como es natural, comenzamos a adoptar los tan curiosos rasgos familiares, condecoran a nuestros padres diciendo: «Cabrón(a), se nota que es hijo tuyo», con mucha efusividad. Es increíble cómo se emplean estas adiciones lexicales para recalcar nuestros cambios físicos, y cuando entramos a la adolescencia, no tenemos más remedio que vociferar las palabras que de una manera nos inculcaron, pues el que diga que una palabra no tiene poder, no ha habitado el planeta Tierra. Somos tan puertorriqueños y tenemos tan arraigado el uso de palabras «fuertes», que en una sola oración al charlar con alguien, de quince palabras, siete son «malas». Podemos situarnos en otro ejemplo muy cotidiano.

Estamos en una fila para pagar los *billes* y de paso tratamos de averiguar el porqué de una factura tan alta, estamos predispuestos a utilizar la cortesía y la afabilidad para que todo salga bien y el proceso sea rápido. Aquí inicia una aventura que la mayor parte de la población ha experimentado: comenzar con un caluroso saludo a la persona que atiende desde el *counter* de servicio y que ni se molestará en responder, pues masca con tanta seguridad un Dentyne Ice que tiene miedo de perder la sincronía con que lo hace. Procedemos a establecer el problema que nos lleva allí y explicamos qué es lo que necesitamos para poder salir de ese aprieto. «Tiene que pagar lo que le vino en la factura, porque si en el papel está, es porque usted lo consumió». La bilis sube por la garganta dejando un sabor amargo y molesto, para darle paso a

que los pulmones se llenen súbitamente de aire y se vacíen de cantazo porque está «cañón» a lo que cotidianamente tenemos que atenernos después de tratar de crear un ambiente de paz y armonía. De inmediato meditamos en un espacio de tiempo de microsegundos para después volver a resoplar cual toro en una plaza de Sevilla, y como nos han tocado la fibra sensible de boricua, algo tiene que ser liberado. «Mira “mamita”, ¿cómo tú quieres que yo pague eso?, si en casa de mi mai’ todo siempre está apagao’. Yo ni prendo el aire». La empleada, pendiente al reloj para ponchar e irse a almorzar, la ignora y le repite la letanía del: «Si lo usas, lo tienes que pagar». Los buenos modales que nos habían inculcado, o bien no quisieron llegar hasta el famoso *counter*, o se quedaron abrazados con los pinches del «dubi dubi» que tan armoniosamente descansaba sobre el pelo de la fulana, quien por cierto ya para entonces ha abandonado su lugar en la fila y ha salido mascullando adjetivos contra la trabajadora, mientras le da gracias a nuestro Creador diciendo: «Gracias a Dios que me fui, porque si encuentro a la “pendeja” esa en la calle, jura’o que la meto dentro de un zafacón por “cabrona”. ¿Viste como masticaba el “jodío” chicle ese? Pa’ la próxima se lo hago tragar. Es que si me coge en mis tiempos... ». Es una retahíla única de aberraciones lingüísticas, fonéticas y vulgares, producto de una amenaza concebida en la imaginación.

Somos tan boricuas y nuestros rasgos son tan notables, que sólo nos otorgaron cien por treinta y cinco en una isla en el Caribe, porque si nos daban un poquito más, nos quedábamos con el mundo y le haríamos galardón al señalamiento de que somos un pequeño continente. Nuestro carácter al hablar es tan reconocido mundialmente que nos oyen en el extranjero y nos despiden diciéndonos: «Ese tipo es lo más humilde que hay, si el “cabrón” es boricua». Qué bonito es ser boricuas. Nuestro sentido patrio llega hasta el punto que aplaudimos al aterrizar en el aeropuerto Luis Muñoz Marín y matamos el momento vociferando: «Aquí lo que hay son boricuas, “coño”. Al fin en mi tierra». En este momento es cuando las malas palabras vuelven a nacer, pues así es como nos expresamos, nos descargamos emocionalmente, invocamos lo vulgar e incluso puntualizamos lo bien hecha que puede estar realizada una pieza. ¡Si tan solo basta con viajar en auto para escuchar diversas

expresiones sobre las canciones que reproduce el radio!, pues no falta el: «esa canción esta “cabrona”» o «ese tipo es un “caballo” escribiendo». También reina la ambigüedad, pues se nos presentan obras teatrales para fomentar el talento del patio y terminamos pagando una fortuna por escuchar vulgaridades y una colección ilimitada de «malas palabras», mas rechazamos lo educativo, aunque nos lo den a precio de dos por uno.

Como antes he mencionado, crecemos con este vocabulario y es parte de nosotros desde el momento cuando entramos a la escuela primaria, donde nos dijeron el primer día de clases: «No te dejes “joder” de otros. Le metes una pela que yo vengo a resolver después». Unos acatan la orden, otros no; la cosa es que crecemos así y nuestra generación de niños se expresa con obscenidades porque es lo que la sociedad le modela. De la misma manera la tecnología nos brinda un amplio acceso a los vulgarismos sociales y hace que se filtre nuestra jerga por toda red. Si nos corrigen el léxico, el crudo lenguaje o nos comentan lo que no queremos que se comente, se manda pa'l «carajo» a la persona y después se saluda en la calle como si nada hubiese pasado. Por otro lado, este ejemplo le da paso a una interrogante: si se le dice «cabrón» a una persona y muchos miran sin molestarse, ¿por qué en una pelea a los puños si se le llama «cabrón» a esa misma persona, arde Troya? En síntesis, percibimos que no nos podemos dejar ‘joder’ si nos dicen «cabrón» fuera del contexto del sobrenombre, y hay que seguir el mandato que nuestros padres nos dieron pues ante cualquier situación, estos vendrán a resolver.

Cuán cotidiano puede ser el uso de las malas palabras, si basta con encender la televisión para escuchar el mar de *beeps* en los *talk shows*, caminar por las tiendas de los pueblos leyendo dominós o *t-shirts* que dicen: «Coño despierta boricua» o vestigios de «Fuera la Marina de Vieques, coño». Todos estos ejemplos alimentan nuestra mente y nuestro autóctono español con vulgarismos. Pero si estamos fuera del pedacito de tierra que nos alberga y queremos sentirnos en familia (porque todos los boricuas “embarca’os” somos primos o hermanos), simplemente hay que buscar a una persona que esté yendo contra las leyes de tránsito o gritando junto al cartel que tan propiamente dice que se prohíben las tertulias: ése es de aquí. Si aún hay dudas sobre su

puertorriqueñidad, tiéntelo con los sabores de los exquisitos platillos puertorriqueños, y evalúe si al terminar de comerse el cerro de comida, exclama: «estaba ‘cabrona’ de buena». Pero para mayor confirmación de que es un boricua, basta con examinar si se queda con la pista de baile al mover las caderas ante el son de la salsa gorda de El Gran Combo, o si pide papel de aluminio para llevar comida luego de la fiesta, pues cabe decir: «soy boricua y no “jodan” conmigo».

El continuo uso de «malas palabras» no es malo, pero hay que saber cuando y donde emplearlas aunque sean muy nuestras. La cultura no las exalta y la literatura oral o escrita menos, pero viven en cada hogar puertorriqueño. También nos identifican, son parte de nuestra cultura y nuestra bandera ante el mundo. Las «malas palabras» no deben ser erradicadas, censuradas o sometidas a algún otro encarcelamiento, pero tampoco deben ser fomentadas, sino que hay que concederles un sitio en la sociedad pues al fin y al cabo, son denominadas vulgares y el diccionario de la Real Academia Española denomina lo vulgar como perteneciente a la ‘gente común’.